

¿Y si...?

José Carlos Canalda



ÍNDICE

| | |
|-----------------------------|----|
| PRESENTACIÓN | 2 |
| GOG Y MAGOG | 3 |
| PENA DE VIDA | 8 |
| LA SOLUCIÓN FINAL | 12 |
| EL TEMPLO DEL FIN DEL MUNDO | 16 |
| ESCRÚPULOS DE CONCIENCIA | 22 |
| ATRACCIÓN FATAL | 24 |
| MÁS VALE TARDE... | 27 |
| EL PARAÍSO PERDIDO | 29 |
| UNA VIDA MEJOR | 35 |
| VIVO EN UN CUADRO | 38 |
| SIMÓN Y LA SIRENA | 45 |
| EL JUEGO DE LA MATRIOSKA | 54 |
| INCOMUNICACIÓN | 69 |
| LA RATONERA | 73 |
| LAS ESPADAS MÁGICAS | 79 |
| EL CONCURSO DEFINITIVO | 81 |
| DELITO ECOLÓGICO | 85 |
| FECHA DE CADUCIDAD | 90 |
| SIR ROGER Y EL DRAGÓN | 92 |
| EL SEÑOR DE LAS BURBUJAS | 94 |

PRESENTACIÓN

Pese a que tanto por mi formación científica como por mi propia forma de pensar soy decididamente racionalista, a nivel literario siempre me ha atraído la fantasía o, al menos, algunos tipos de fantasía, tanto en mi faceta de lector como en la de escritor.

Y, aunque lógicamente no me creo ni lo que leo ni lo que escribo, limitándome a disfrutar de ello, en ocasiones no puedo evitar pensar, un poco a la manera de los gallegos con las meigas, *¿Y si a pesar de todo...?*

En cualquier caso, éstos son los relatos que he escrito, de temática más o menos fantástica, que no pueden ser encuadrados ni en las *Crónicas malditas* que, aunque también pertenecientes a la fantasía siguen otros derroteros más en la línea de las *Narraciones extraordinarias* de Poe, las *Leyendas* de Bécquer o los relatos de Lovecraft ni, por su extensión, en los ultracortos, sin que falte alguno en el que critico, en clave de sátira descarnada, algunos detalles poco agradables de la vida cotidiana como, por ejemplo, la telebasura o el capitalismo salvaje.

José Carlos Canalda

GOG Y MAGOG

Ocurrió hace dos años, con motivo de la celebración en Casablanca del Primer Congreso Mundial de las Ciencias Ocultas. En mi calidad de redactor especializado en temas esotéricos me encontré en Marruecos como enviado especial de mi periódico, un rotativo de carácter nacional; en aquel momento yo, un entusiasta de todo cuanto no encajara en los moldes de la ciencia clásica, abrigaba fundadas esperanzas de ampliar mis conocimientos en torno a tan espinosa faceta del conocimiento humano.

Pero la realidad resultó ser muy diferente a todo cuanto yo había imaginado. En primer lugar los investigadores serios brillaban completamente por su ausencia, y por el contrario pululaban por allí todo tipo de embaucadores, farsantes y elementos similares de la misma calaña. Aquello no era un congreso, sino una mascarada. Muy de buena gana me hubiera marchado de allí, pero tenía una obligación que cumplir con mi periódico, por lo que muy a mi pesar me vi obligado a aguantar hasta el final.

Lenta, tediosamente, se fueron desgranando los días. Era el quinto a contar partiendo de la inauguración y el orador de turno iba a disertar sobre *La influencia de los satélites jovianos en el carácter de los nativos de Aries*; ante tan estimulante panorama opté por instalarme lo más cómodamente posible en una de las sillas del vestíbulo de la sala de conferencias, esperando conseguir más adelante alguna reseña de tan interesante ponencia.

Llevaba ya un buen rato meditando sobre las cotas que podía llegar a alcanzar la estupidez humana, cuando observé que un hombrecillo de aspecto insignificante se dirigía hacia donde yo me encontraba, dando muestras evidentes de querer hablar conmigo.

-Buenos días -fue su saludo-. ¿No le interesa la conferencia? -se trataba, evidentemente, de una manera bastante vulgar de iniciar una conversación.

-¡Bah! -respondí ceñudo-. No son más que una sarta de charlatanes.

En aquel instante una ola de frío me recorrió el cuerpo. Si este hombre, al que yo no conocía en absoluto, era un asistente al congreso, cosa ésta más que probable, el patinazo había resultado descomunal.

-Bueno, lo que quiero decir es que carece de todo rigor científico -añadí en un torpe intento de enmendar el a mi juicio inevitable desliz.

Pero con gran sorpresa por mi parte el hombrecillo no sólo no se inmutó ante tan acerba crítica, sino que exageró aun más su ya de por sí artificial sonrisa.

-Así es, tiene usted toda la razón -afirmó con acento jovial, aunque no exento de patética amargura.

Le miré de hito en hito, perplejo por su inesperada respuesta. Intrigado, decidí echarle una mano.

-Al parecer, usted opina igual que yo. ¿Por qué no se sienta conmigo y hablamos de ello? -le dije, exhibiendo mi mejor sonrisa al tiempo que le señalaba un sillón contiguo al que yo ocupaba.

-Como usted desee -dijo, fingiendo una indiferencia que estaba muy lejos de sentir. Su interés en dialogar conmigo resultaba patente por mucho que intentara disimularlo.

-¿Asiste al congreso, o es periodista? -interrogué-. No le he visto en ninguna rueda de prensa.

-Ni lo uno ni lo otro -aquí volvió a exagerar su sonrisa-. Vengo por iniciativa propia como... digamos observador. He leído sus artículos, y francamente deseaba hablar con usted. A propósito -añadió sin pausa-: ¿cuál es su opinión acerca de las ciencias ocultas?

-Bueno -respondí tras digerir la inesperada pregunta-, durante mucho tiempo he investigado sobre este tema, pero me desagrada confesar que hasta ahora no he descubierto nada en absoluto que comportara la más mínima seriedad; lo de hoy, sin ir más lejos, es un claro ejemplo de ello. Empiezo a desesperar de poder hallar un fondo de verdad por pequeño que éste sea.

-Y sin embargo existe -me interrumpió.

-No le entiendo -respondí.

-Está claro. Yo le aseguro que al margen de estas lamentables mascaradas, las ciencias ocultas son, o mejor dicho fueron, unas disciplinas rigurosas y exactas.

-¿En qué se basa usted para afirmarlo?

-Bien, una civilización no tiene por qué recurrir necesariamente a una serie de medios técnicos para subsistir; podría desenvolverse perfectamente de otra manera distinta.

-¿Está insinuando acaso que la magia puede sustituir a la técnica? No lo creo posible.

-Sí que lo es, y aquí es donde reside el gran error de la civilización al creer que sólo con la tecnología se puede conseguir aquello que se desea. Lo cierto es que la magia no sólo sustituye, sino que incluso supera con creces a sus arcaicos y artificiales inventos de los que tan orgullosos están. Piense en una rama cualquiera de la técnica, en la electrónica por ejemplo: En un corto espacio de tiempo se han simplificado de forma radical los

componentes electrónicos, y basta con comparar un mastodónico receptor de radio de mediados del siglo XX con un circuito integrado actual; eso por no hablar, claro está, de la informática. Sin embargo, los principios físicos en los que se basan ambas piezas permanecen inalterables. Extrapolemos ahora la cuestión: ¿No se llegará a un límite en el que se obtendría el mismo o mayor rendimiento aprovechando a fondo las fuentes naturales sin necesidad de artificio técnico alguno? Eso sería, y de hecho lo es, la magia, la auténtica magia, que nada tiene que ver con la imagen clásica que se tiene de ella.

-Pero eso implicaría un conocimiento total de las leyes de la naturaleza, mucho mayor sin duda del conseguido por nosotros -objeté-. Sin embargo, la magia va indefectiblemente unida a períodos históricos de escaso o nulo nivel cultural, lo que ciertamente parece un contrasentido.

-Tiene usted razón, pero tenga en cuenta que sus conocimientos históricos son muy incompletos e incluso, equivocados. No sabe, por ejemplo, que hubo un tiempo, hace de esto miles de años, en que existió una civilización mucho más evolucionada que la actual, de la cual somos sus descendientes pero no sus herederos.

-Luego, ¿no somos los primeros?- interrumpí.

-¡Oh!, desde luego que no. Seguramente ni siquiera lo fueron ellos, ni sus hipotéticos antecesores. ¿Quién lo sabe? Lo cierto es que esta civilización se desarrolló y evolucionó de una forma mucho más integral y armónica que la actual, y además lo hicieron prescindiendo de todo tipo de técnica, que no necesitaron en absoluto; simplemente conocían a fondo su entorno y sabían utilizarlo para su provecho con unos medios que nos resultarían insólitos por su simplicidad.

-Perdone que le interrumpa. ¿Está hablando de la Atlántida?

-Bien, puede decirlo así si quiere, aunque en realidad no se trata sino de una mera aproximación. La Atlántida, efectivamente, formaba parte de dicha cultura, pero no era más que una... digamos provincia. La extinción física de esta isla, provocada por el final de la última glaciación hará de esto unos doce mil años, no provocó la desaparición de la civilización de la que formaba parte, aunque es cierto que aceleró su declive marcado ya con anterioridad por los inexorables designios de la evolución. No fue una decadencia súbita sino lenta y paulatina, pero inevitable.

»Al cabo de varios miles de años la situación había cambiado radicalmente. El hombre había caído en la barbarie, pero los descendientes de los científicos -o magos- de la era dorada habían conseguido preservar los conocimientos de antaño, transmitidos de padres a hijos en una casta cerrada como única manera de mantenerlos a salvo de la vorágine de incultura que había sacudido al mundo. Nada pudieron hacer por evitar la caída, pero sí podrían acortar en lo posible el período de oscuridad.

»Así lo hicieron, siendo tomados por seres sobrenaturales por sus incultos e ignorantes coetáneos. Poco a poco, pero de forma eficaz, fueron logrando su propósito a costa de un doloroso tributo: Conforme pasaba el tiempo su sabiduría se diluía siendo inexorablemente reemplazada por ritos espurios adoptados para contentar al populacho. Su imagen mítica se acrecentaba a costa de sus conocimientos, perdiéndose poco a poco su antaño perfecta preparación.

»Llegó un momento en el que de los magos tan sólo quedaba la imagen, pero no su perdido saber. Eran seres arteros que medraban a costa de sus ingenuos contemporáneos, viviendo de una fama que no les pertenecía y de unos pretendidos conocimientos que hacía milenios se habían perdido. Éstos son los magos clásicos, que cayeron en desgracia en cuanto la razón comenzó a anidar de nuevo en la mente humana.

»Pero no todo estaba perdido. Un pequeño grupo de la casta de los magos previó a tiempo el peligro, adoptando una postura pasiva. No revelaron sus secretos manteniéndose ocultos, consiguiendo de esta manera preservar sus conocimientos a través de los siglos esperando el momento en que volvieran a ser necesarios de nuevo. A pesar de los avatares de la historia, lograron preservar su identidad hasta el presente; yo soy uno de ellos.

-¿Usted? ¿Entonces, aquí? -musité perplejo.

-Estudiamos los últimos estertores de esta aberración como simple medida de precaución; pero son completamente inofensivos. Farsantes, por supuesto, pero inocuos. Mi labor aquí ha terminado.

-Un momento -interrumpí sintiéndome repentinamente incómodo-. Si su sociedad es secreta tal como usted ha afirmado, ¿por qué razón se ha dado usted a conocer? ¿Desean acaso romper su enclaustramiento?

-¡Oh no, en absoluto! Aun sin ser más que una mínima parte del saber existente en la Edad de Oro, nuestros conocimientos les resultarían muy difíciles de digerir hoy en día. En las circunstancias actuales sería una catástrofe darlos a conocer, por lo que es necesario que sigan estando ocultos.

-Luego entonces...

-No tengo ningún interés en que usted publique esta entrevista, pero tampoco se lo pienso impedir. Si quiere haga la prueba; nadie le hará el menor caso. Nuestro secreto está bien guardado aun cuando no sea tal secreto. Por otro lado, ya se lo he dicho antes, deseaba conversar con usted de una manera... particular. Me interesaba conocer sus ideas, eso es todo.

-Me gustaría conocerlos más a fondo -apunté.

-Imposible; usted no está preparado. Lo lamento, pero es así y así hay que aceptarlo.

-¿Y conversar más a menudo con usted? -insistí.

-Tampoco es posible. Es usted una persona inteligente y razonable, pero nuestros caminos se separan aquí. Lamento tenerme que despedir de esta manera tan brusca, pero créame que es necesario.

Y sin la menor pausa aquel extraño personaje, cuyo nombre no había conseguido conocer, se levantó y desapareció rápidamente, como lamentando su momentánea debilidad hacia conmigo. Sólo me resta decir que hoy, dos años después de ocurrido el suceso, sigo sin publicar la conversación que sostuve con mi enigmático amigo.

PENA DE VIDA

El pasado se repetía. ¿Por cuántas veces? No lo sabía. Nunca lo sabría. Y le aterraba comprobar la terrible magnitud que encerraba este adverbio. Una vez más la conocida, la odiada secuencia, volvía a tomar cuerpo en su mente. Lo recordaba de nuevo, lo sentía con la nitidez propia de los hechos vividos, pero al mismo tiempo lo rememoraba con la nebulosidad irreal de las pesadillas. Porque eso era ahora su mente, un crisol en el que se fundían lo real y lo imaginado, lo fantástico y lo racional, entretreídos en una única y fantasmagórica trama que constituía la única realidad tangible de su actual existencia; porque para él los límites físicos impuestos por la solidez de su caja craneal eran, al mismo tiempo, las barreras infranqueables que acotaban su restringido universo.

Nada existía para él más allá de su cerebro. Él, la persona que más poder había reunido en sus manos en toda la historia de la humanidad, se veía ahora reducido a un miserable estado en el que, privado de todo contacto físico con el mundo que le rodeaba, tenía limitado su campo de acción al mundo de sus recuerdos y de sus pensamientos. Había sido éste el cruel castigo impuesto por sus implacables verdugos: el autor del mayor crimen cometido contra la humanidad sufría ahora el mayor castigo jamás ideado por la mente humana... Era la vieja e inflexible ley de Talión llevada hasta sus últimos extremos.

Porque él había sido el *Gran Criminal*, el que había desatado sobre la humanidad la ciega furia del Apocalipsis, el que había inmolado a la mitad de sus súbditos en un loco afán de poder, el que había sacrificado miles de millones de vidas en aras de un insensato sueño de sangre y fuego.

Recordaba una vez más. Habían sido años de lucha, años en los que no era sino un insignificante dictador cuyo poder se extendía tan sólo por el interior de las fronteras de un pequeño país encuadrado en lo que Occidente denominaba con desprecio el Tercer Mundo; pero el destino le tenía reservada una misión mucho más trascendental, una misión que le elevaría a la cúspide del poder mundial por primera vez en la historia. Dotado de unas aptitudes fuera de todo parangón, en un plazo de tiempo increíblemente corto había conseguido dismantelar todos los esquemas impuestos desde hacía siglos por la política internacional consiguiendo contra todo pronóstico aglutinar bajo su mando a todas aquellas extensas regiones desheredadas del planeta.

Era ya el dueño de media humanidad, pero aspiraba a serlo también de la otra media; y no aguardó demasiado para conseguirlo. Convertido en un digno sucesor de Atila y de Gengis Jan, ante los ojos de una atónita Europa y una anquilosada América consiguió asimismo derribar todas las barreras políticas y culturales implantadas tras varios milenios de historia común. La todavía poderosa sociedad occidental, escindida como siempre en facciones dispuestas a no ponerse nunca de acuerdo, nada pudo hacer por contrarrestar

aquella heteróclita y abigarrada marea humana que inopinadamente se le vino encima... Y no lograron gran cosa lanzando bombas atómicas mientras sus ciudades caían, una tras otra, en manos de un infatigable enemigo que basaba en el inconmensurable número de sus integrantes la razón de su invencible fuerza.

La lucha fue necesariamente corta. Los europeos y norteamericanos, rebasados por un oponente al que no sabían ni podían hacer frente y totalmente exhaustos y desmoralizados, se rindieron al *Gran Conquistador*, que veía así realizado su gran sueño de poder terrenal. Quedaba ahora una labor no menos ardua, la consolidación de su ingente obra; y fue entonces cuando él, el *Gran Conquistador*, el *Gran Jerarca* y otras varias docenas de títulos más, acabó convirtiéndose en el *Gran Asesino*.

Toda violencia era ya completamente inútil en un mundo agotado que tan sólo pedía paz, pero la herencia cultural de las hordas que comandaba, teñida de odios y resentimientos de antiguas opresiones, hizo que la imprescindible reconciliación no fuera posible. Fueron años de represión, años de sangre y fuego, años en los que la muerte extendió su negro manto por la totalidad del planeta. La humanidad entera, olvidando una vez más el débil barniz de civilización que ocultaba sus más atávicos instintos, se vio sacudida por una irresistible oleada de violencia que le hizo reencontrarse con su más oscuro y sanguinario pasado.

Jamás nadie había acumulado en sus manos tanto poder de destrucción, y nunca nadie anterior a él, ni aun el más siniestro tirano, se habría atrevido a utilizarlo. Nunca sabría la cantidad de vidas humanas que por voluntad suya habían sido aniquiladas. Centenares, quizá miles de millones. Hubo quien le preguntó a quiénes gobernaría cuando el último de sus súbditos hubiera sido inmolado; pero él no quiso, o no pudo, detener la orgía de sangre, con lo que la terrible matanza siguió su macabro curso.

Pero con el tiempo vendría el principio del fin. Los primeros intentos por sacudirse el yugo, implacablemente abortados. Los primeros mártires de la libertad. La primera oposición sería a su omnímodo poder. Las primeras disidencias entre sus propias filas. La primera rebelión, en suma. Revivía de nuevo la época de las luchas, de los enfrentamientos, de las masacres. La unidad política del planeta, apenas consolidada, amenazaba con estallar rota en mil pedazos. Y sería él, el principal artífice de la misma, el único culpable de que así sucediera. Porque el mundo entero le rechazaba, horrorizado por su sangriento pasado. Mas a pesar de todo él, el *Gran Criminal*, era fiel a sus ideales. El principal motor de su vida había sido la creación de su gran obra política, de la que ahora él constituía el principal obstáculo. Tenía que decidir entre él mismo y la continuidad de su imperio, y no lo dudó un solo instante.

Derrocado y detenido por sus antiguos colaboradores, su único afán fue mantener íntegra a toda costa la comunidad mundial que tanto se había esforzado en crear aun al precio de su propio sacrificio personal. Y éste fue inmenso: Procesado como el mayor

genocida de todos los tiempos, se le condenó a una pena acorde con su delito, a un castigo infinitamente mayor que cualquier otro de los aplicados en toda la historia de la humanidad. Considerando sus jueces que ni aun la pena de muerte bastaría para castigarlo de una manera lo suficientemente ejemplar dada la magnitud de su culpa, decidieron por unanimidad que fuera condenado a vida.

Cual si de un nuevo y redivivo suplicio mitológico se tratara fue obligado a sufrir un castigo perpetuo, un castigo que duraría toda la eternidad sin que ni tan siquiera pudiera alentar un mínimo soplo de esperanza de que éste pudiera tener alguna vez fin. Porque él era ahora, gracias a los milagros de la ciencia, un ser inmortal, un ser que desprovisto de todos los posibles medios de comunicación con el exterior, incluyendo a sus propios sentidos, se veía abocado a vivir exclusivamente de su propio mundo interior... Un ser mantenido artificialmente con vida y condenado a ver cómo se desgranaban lentamente los siglos y los milenios sin poder abandonar la cárcel más segura que jamás hubiera podido soñar juez alguno: su propio cuerpo.

Él sabía que se encontraba sumergido en un tanque repleto de líquidos nutritivos que alimentaban por ósmosis su anquilosado y ya inútil cuerpo, y recordaba que había sido recluido en una cripta subterránea oculta en algún lugar del planeta. Había sido advertido de la naturaleza secreta del emplazamiento de su prisión, y era consciente de que nadie, ni aun sus propios carceleros, sería capaz de encontrarle nunca... Porque al igual que los faraones hacían sellar el secreto de su última morada con el sacrificio ritual de los constructores de la misma, sus verdugos se habían sometido a un proceso de amnesia parcial que había borrado de sus mentes todo recuerdo acerca de la ubicación de su cripta secreta. Absolutamente nadie en el mundo sería ya capaz de localizarlo como no fuera sino a consecuencia de una inverosímil casualidad, y aun en ese improbable caso resultaría prácticamente imposible que su hipotético descubridor se apiadara de él ayudándole a poner fin a su interminable castigo.

Ninguna esperanza le quedaba ya de poderse librar del cruel destino que, cual nuevo Prometeo, le mantenía encadenado a su perpetuo suplicio. La probabilidad de que la intrincada maquinaria que le mantenía con vida se detuviera algún día, bien por una avería en su mecanismo o bien por agotamiento de la fuente energética que la alimentaba, era tan remota que ni tan siquiera merecía la pena tenerla en consideración; ya se habían preocupado sus jueces de que esta circunstancia no se pudiera dar al menos en varios milenios. Nada le quedaba por hacer sino esperar... Dejar pasar los años y los siglos sin poder conocer jamás la evolución de la obra por la que había consagrado toda su vida, aquella que había sido su gloria y su desgracia, rememorando una y otra vez los recuerdos que constituían la única fuente de conocimientos que no le había sido vedada.

Pero él seguiría esperando la llegada de un imposible milagro. Aguardaría con la esperanza puesta en un imposible futuro en el que pudiera morir en paz. Aguardaría hasta el final de los siglos. Hasta el fin de la eternidad.

LA SOLUCIÓN FINAL

Entornando los ojos en un gesto reflejo, José abandonó su estrecho refugio recibiendo en su cuerpo la suave caricia del sol, de un sol que era el único amigo de su estirpe. Una vez acostumbradas sus pupilas al fuerte resplandor tropical reinante en el pequeño claro, José barrió con la mirada todo el perímetro en el que había tenido lugar la sangrienta batalla. Sabía que los soldados se habían ido y que no volverían hasta haber conseguido refuerzos; tenía pues tiempo sobrado para huir a su campamento, donde a buen seguro ya le estarían aguardando el resto de sus compañeros.

Con paso cansino pero decidido José se encaminó hacia un extremo del claro, allí donde la espesa vegetación brillaba más en una lujuriente explosión de tonos verdes. A mitad de camino a punto estuvo de tropezar con uno de los varios cadáveres que jalonaban su trayecto: era un soldado que todavía empuñaba el arma entre sus crispadas manos, surcado el rostro por un rictus que José conocía bien; a pesar de su edad era ya un veterano en la lucha contra el ejército del lejano, pero siempre hostil gobierno blanco.

Con un encogimiento de sus escuálidos hombros José continuó su camino. Ciudad de Guatemala estaba muy lejos y a él sólo le importaba su región, el Quiché. Tan sólo sabía que tenía que defender su tierra de la rapiña de los terratenientes guatemaltecos, y poco le importaban las noticias que difundía la radio sobre el último cambio de gobierno o sobre las promesas de una nueva reforma agraria; bien conocía su raza las verdaderas intenciones de los hombres blancos, patentes desde hacía siglos. Y José soñaba, como todos los de su estirpe, con la gloriosa época en la que los mayas eran los señores de toda la América Central.

Iniciaba el sol su ocaso cuando José alcanzó las estribaciones del campamento, apenas unas miserables cabañas escondidas en lo más frondoso de la selva. Sólo así habían conseguido sobrevivir los guerrilleros al acoso continuo del ejército gubernamental. Sólo así podían seguir alentando la esperanza de mantener intacta la herencia de sus antepasados.

El campamento estaba paradójicamente de fiesta, o al menos eso le pareció a José a juzgar por el estruendo que surgía del mismo, audible desde una larga distancia. Esto contravenía todas las medidas de seguridad adoptadas habitualmente por su grupo máxime cuando la anterior escaramuza había concluido en tablas, siendo pues más que probable que a esas horas el ejército gubernamental estuviera ya rastreando todo ese sector de la selva. Algo importante tenía que haber tenido lugar para que la habitual cautela de los indios hubiera cedido paso a esta desenfundada y, a juicio de José, suicida explosión de júbilo.

-¡Es José! ¡Ha vuelto José! -fue Andrés, un chiquillo amigo suyo, el primero en localizarlo cuando alcanzaba ya las primeras chozas.

-¡José! -ahora era un risueño guerrillero el que se dirigía a él tras cesar momentáneamente en sus disparos al aire-. Creíamos que habías muerto; todos nosotros volvimos hace ya varias horas.

-Mala hierba nunca muere -respondió el aludido con malhumor-. Quedé atrapado por el fuego cruzado y apenas tuve tiempo suficiente para refugiarme en un agujero que había en el suelo; al caer me golpeé en la cabeza y perdí el conocimiento. Cuando desperté todo había terminado.

-Me alegro, chico. Como ves, llegas en un buen momento. Ven con nosotros a celebrarlo.

-¿A celebrar el qué? -se extrañó José-. ¿Que nos hayan matado a varios compañeros?

-No hombre, no. ¿Cómo vamos a celebrar eso? -le interrumpió su interlocutor transfigurando momentáneamente su eufórico tono de voz-. Lo que festejamos es algo mucho más importante para nuestra raza: La vuelta de Kukulcán, el fin de la decadencia maya.

-¿Kukulcán? Tú deliras.

-No, José, es la verdad. El dios del aire ha anunciado su llegada dentro de poco. Vendrá aquí, al Quiché.

-Por Dios, no seas ridículo. Háblame de los gringos o de los generales, pero por favor deja en paz a Kukulcán. ¿Cómo puedes ser tan ingenuo? Ya no somos niños.

-Han venido en una nave voladora -consiguió decir al fin su compañero-. Y ahora están en el poblado.

-¿Qué?

-Que han llegado los emisarios de Kukulcán. Y están celebrando con nosotros su retorno.

Muy a pesar de sus iniciales prejuicios a José no le cupo otra opción que la de aceptar con todas sus consecuencias la veracidad de tan fantástica afirmación. Así, instantes después comprobaría cómo efectivamente un extraño aparato volador se hallaba posado en la plaza central del poblado; y no le cabía la menor duda de que no había la menor posibilidad de que se tratara de una añagaza gubernamental. Su extraña factura se alejaba por completo de cualquier tipo conocido de avión o helicóptero, siendo evidente que tal artefacto no podía haber sido construido en la Tierra.

Al pie del aparato, que tenía la forma de un disco lenticular de unos quince metros de diámetro, descubrió acto seguido a un grupo de gente enfrascada en una animada conversación: varios compañeros suyos rodeando a tres personajes ataviados con extrañas vestiduras, sin duda los tripulantes del vehículo.

-¿Te convences ahora? -le preguntó su acompañante en un gesto entre divertido e irritado-. Ahí tienes a los mensajeros de Kukulcán.

Pero José ya no le escuchaba, ajeno por completo a todo aquello que no fuera la contemplación de los enigmáticos enviados; y recordaba. Recordaba sus tiempos de niño, cuando abandonaba a sus compañeros para ir a visitar al anciano Tobías, el más sabio de su poblado. Cuando oía de sus labios fantásticas historias de guerreros y de dioses, de imperios y de reyes. Cuando se entristecía al escuchar el final de la Edad de Oro y el retorno de los dioses a sus lejanos lares, no sin antes prometerlos que algún día volverían. Cuando se indignaba con la llegada de los conquistadores blancos, que sellaría definitivamente el ya inevitable colapso de la civilización maya...

Pero eso había tenido lugar hacía ya muchos años, y José no era ningún niño, sino un hombre. Y sin embargo, continuaba soñando con una edad más justa en la que su pueblo pudiera vivir de nuevo de una manera digna acorde con sus milenarias tradiciones.

El momento había llegado al fin; José estaba plenamente convencido de que no podía ser de otra manera. Porque los visitantes no hablaban en español sino en maya, la antigua lengua sagrada de su pueblo. Y él les oía, al igual que sus compañeros, embelesados todos ellos por las buenas nuevas que ahora se les revelaban. Mensajes de paz, de justicia, de amor. De amor de un pueblo por una rama desgajada de su tronco que no había podido, o no había querido, avanzar. De una rama del gran pueblo maya que debía retornar a su solar patrio lejos del Quiché y del Yucatán, lejos de un planeta que había hecho de la violencia su modo de vida. De una rama que, una vez fallidos los intentos de colonizar una tierra hostil, debía reunirse con sus hermanos de raza más allá del sol, más allá de las estrellas; en un lugar en el que la justicia imperaba y los descendientes del gran Kukulcán reinaban en paz.

* * *

Interrumpimos nuestra emisión para dar cuenta de una última noticia en relación con la invasión de América Central por parte de objetos voladores de origen extraterrestre. Según nuestro enviado especial en Ciudad de Guatemala, estos objetos han abandonado en su totalidad la región en la que aterrizaron hace cinco días; aun cuando este punto no ha sido confirmado oficialmente, se cree que toda la población maya de Guatemala y el Yucatán ha sido embarcada en los citados vehículos,

aparentemente de una manera voluntaria. También nos comunican que las fuerzas aéreas de Guatemala han fracasado en sus intentos de interceptar el despegue de los mismos, mientras las tropas del ejército no han encontrado el menor obstáculo al ocupar militarmente el Quiché, que ahora se encuentra despoblado en su totalidad.

Recibimos un comunicado del observatorio astronómico de Monte Palomar. -interrumpió un segundo locutor- Según una información de última hora, la gran nave interplanetaria que hace una semana se estacionó en órbita alrededor de nuestro planeta ha partido en dirección de la constelación de Sagitario alejándose de la Tierra. A causa de la crisis creada por su irrupción no autorizada en nuestro espacio aéreo, el secretario de estado norteamericano ha mostrado el interés de su país por la creación de una comisión internacional encargada de dar una respuesta adecuada en caso de que tal situación pueda volver a repetirse en un futuro. Y ahora, señores telespectadores, les dejamos de nuevo con nuestra programación habitual.

* * *

Sentado frente a uno de los miradores de la inmensa nave, José meditaba con la vista perdida en el infinito universo. Una nueva vida se abría para su raza, olvidados ya los largos siglos de represión y decadencia. Para el pueblo maya brillaba de nuevo la luz de la esperanza, y aunque no dudaba que la adaptación a su nueva vida no resultaría fácil, José estaba seguro de que triunfarían en su empeño. Para la ya lejana Tierra, por el contrario, un nuevo misterio perpetuado en las ciclópeas ruinas de Chichén Itzá y tantas otras ciudades mayas vendría a sumarse a su tenebrosa e inquietante historia.

EL TEMPLO DEL FIN DEL MUNDO

Cuando, cernida sobre el ensangrentado horizonte del ocaso, surgió ante su vista la lejana silueta del Templo del Fin del Mundo, el peregrino exhaló un hondo suspiro al tiempo que se postraba de hinojos para entonar una plegaria de acción de gracias al Señor Todopoderoso que le había permitido llegar con bien hasta el remoto lugar en el que se alzaba su residencia terrenal allá donde el mundo terminaba y la vida no existía ya.

Porque todos sabían que al concluir la Creación Dios no había retornado a sus moradas celestiales sino que se había quedado en la misma tierra para vigilar el comportamiento de sus criaturas... Bueno, todos no, ya que estaban también los herejes celestias que afirmaban que Dios no había permanecido en la tierra sino que había retornado al cielo; pero los celestias nunca habían pasado de ser un pequeño puñado de locos a los que los continuos autos de fe acabarían erradicando por completo junto con sus pérfidas mentiras.

Sí, era evidente que Dios había permanecido en la tierra aunque, claro está, oculto en el lugar más remoto del orbe para poder así velar por los humanos sin que éstos advirtieran su presencia. Los celestias argüían que jamás nadie había conseguido encontrar la Casa de Dios o, si lo había hecho, no había comunicado a persona alguna su sensacional hallazgo... Y eso a pesar de los innumerables intentos realizados por los fieles a lo largo de los siglos, por lo que, concluían desvergonzadamente, tal lugar nunca había podido existir más que en la mente calenturienta de los creyentes más crédulos.

Pero el hombre es frágil, rebatían los doctores de la Iglesia, por lo que era lógico suponer que la mayor parte de los peregrinos hubieran sido incapaces de concluir el duro periplo volviéndose atrás sin haber conseguido alcanzar su destino o, en su caso, pereciendo en el camino. Y si a pesar de los graves obstáculos alguno de ellos había conseguido llegar por fin a la ansiada meta, hipótesis ésta admitida por la Teología oficial, no era de extrañar que no hubiera retornado al mundo de los mortales puesto que, sin duda alguna, Dios le habría recompensado con el disfrute inmediato de su gloria dispensándole de aguardar junto con el común de los mortales la llegada del Juicio Final.

Puesto que existían profundas razones teológicas para afirmar que la Morada de Dios se encontraba situada en el mismo Final del Mundo, bastaba pues con buscar éste para encontrarla, labor en verdad ímproba puesto que nadie sabía a ciencia cierta cómo se podía llegar a él. Eran muchos los escritos sagrados que trataban sobre este tema, y eran también numerosos los testimonios de los viajeros que, sin haber alcanzado su

destino, habían retornado después de atravesar extrañas y desconocidas tierras relatando curiosas leyendas recogidas en su camino que hablaban de la existencia inequívoca de la residencia divina.

Lamentablemente, la disparidad de las teorías propuestas al respecto era tal (disparidad referida obviamente a la ubicación del lugar, no a la certeza de su existencia que era considerada por la Iglesia un dogma de fe) que en la práctica resultaba imposible establecer una conclusión válida sobre la ruta a seguir a excepción de que el peregrino debería encaminar sus pasos hacia el Poniente siguiendo el camino que el sol moribundo trazaba en el cielo en su eterno discurrir hacia la noche... Camino interrumpido por toda una sucesión de desiertos calcinados, cadenas montañosas y estériles mesetas habitadas por infieles sanguinarios que hacían del viaje hacia las regiones crepusculares toda una aventura tan arriesgada como penosa.

El viajero conocía bien todas estas penalidades sufridas con crudeza en su propia carne. Veinte años de estudios exhaustivos le habían persuadido de la veracidad de la existencia del Templo del Fin del Mundo, y cinco de viaje le habían llevado al fin frente al ansiado edificio. Ahora daba por buenas las fatigas y perdonaba los sinsabores y los peligros que, con riesgo incluso para su propia vida, se había visto obligado a sufrir durante buena parte de su largo peregrinaje. Había merecido sin duda la pena.

El día se extinguía y la noche avanzaba tiñendo de negro la cristalina cúpula del firmamento al tiempo que comenzaban a despuntar tímidamente las primeras estrellas. A pesar de su impaciencia, el peregrino se convenció de la conveniencia de pasar allí la noche aguardando al día siguiente para realizar la última etapa de su largo periplo. Las horas nocturnas eran francamente peligrosas en aquellas remotas regiones como bien sabía el peregrino, por lo que hubiera resultado absurdo arriesgar la feliz culminación del viaje por no haber sido capaz de aguardar prudentemente unas pocas horas. Buscó pues un lugar que pudiera servirle de refugio encontrándolo no muy lejos al abrigo de unas rocas que se alzaban sobre el pelado páramo formando una concavidad natural suficiente para hurtar su cuerpo de la amenaza de las alimañas de dos y cuatro patas que pululaban por todas las Tierras Perdidas.

Sacando de su zurrón las últimas provisiones que le quedaban (unas pocas tiras de duro tasajo robadas a una tribu de nómadas salvajes y un odre lleno hasta la mitad de un agua fétida), el peregrino se dispuso a efectuar su última comida antes de penetrar en la Mansión Divina. Olvidando la repugnancia que le invadía cada vez que recordaba el origen impuro de la carne que constituía desde hacía semanas su único alimento, comió con avidez y casi con glotonería olvidándose del rígido racionamiento que se había impuesto hasta acabar con la totalidad de sus escasas provisiones. No importaba. Mañana ya no le harían falta puesto que dispondría a su antojo de los ubérrimos frutos

producidos por el Jardín Celestial, el parque privilegiado que a decir de los eruditos doctores de la Iglesia rodeaba la Casa de Dios.

Huelga decir que el sueño del peregrino fue sacudido por místicas visiones de la gloria que le esperaba allí, al alcance de su mano. Apenas había despuntado el día cuando, cargando con su zurrón y su cayado, emprendió el camino hacia las afiladas agujas que señalaban el lugar en el que se encontraba la tan ansiada meta. Eran tan sólo unas pocas horas de camino, apenas nada para alguien que llevaba caminando durante años, pero fueron sin duda las horas más largas en la vida de un mortal con un sol que parecía querer detenerse en su camino como lo hiciera por mandato divino durante la gloriosa batalla de Rolparán en vez de seguir su curso a través del terso y resplandeciente cielo.

Pero todo era imaginaciones suyas inducidas por la impaciencia que le embargaba. El sol ascendía majestuoso en el firmamento y las agujas del Templo aumentaban sensiblemente de tamaño conforme se iba acercando a ellas. Incluso el propio suelo que pisaba comenzaba a apuntar un esbozo de camino allá donde poco más atrás hubiera tan sólo un pedregoso y yermo páramo. Ninguna señal de vida, animal o vegetal, se apuntaba en la amplia perspectiva que abarcaban sus ojos, con el limpio horizonte tan sólo quebrado por la familiar silueta que le servía a la par de guía y de destino. Nada más, salvo el cielo y la tierra y un pequeño e inidentificable bulto oscuro que se apuntaba a la derecha del camino y que por primera vez veía en la lejanía.

No precisó de mucho tiempo para cerciorarse de que el objeto de su interés era un viejo erg acurrucado a la vera del sendero esperando sin duda la llegada de su cercana muerte. El peregrino conocía sobradamente las costumbres sociales de estos subhumanos salvajes, que acostumbraban a abandonar a sus viejos a la vera de un camino hasta que éstos morían de inanición o eran devorados por una alimaña, o por alguna de las hordas caníbales que pululaban por las Tierras Perdidas. Y, puesto que los pueblos civilizados no consideraban personas a los erg, no le prestó la más mínima atención cuando pasó por su lado a pesar de que éste se hallara a tan corta distancia del más sagrado de los santuarios del Orbe. Si, tal y como afirmaban las Sagradas Escrituras, el viejo erg carecía de alma inmortal, poco debía de importarle la cercana presencia de Dios.

Realmente, el viejo no prestaba la menor atención al cercano templo; pero cuando el peregrino pasó casi rozando los bordes de su andrajosa túnica abandonó la apática expresión de su rostro mirando con diabólica expresión al viajero que osaba alterar su reposo al tiempo que le increpaba en su primitiva y grosera lengua.

El peregrino, que conocía mejor o peor los distintos dialectos de las gentes de las estepas, se volvió sorprendido mirando con irritación a su interlocutor puesto que,

dentro de la jerga infernal que éste utilizaba, había creído entender una advertencia hacia los peligros que encerraba el edificio hacia el cual dirigía sus pasos.

-¿Qué dices, viejo animal? -le preguntó indignado- ¿Por qué no puedo ir al Templo?

-Porque no vas a encontrar lo que buscas. -respondió éste- Tu Dios ya no está allí, hace ya mucho que abandonó esta tierra. Allí sólo existe desolación y muerte.

El erg acababa de pronunciar, probablemente sin saberlo, la mayor blasfemia posible dentro del orbe civilizado. Y, aunque en esencia no se podía considerar como hereje a un ser que no sólo no profesaba la verdadera fe, sino que también estaba privado de la posibilidad de gozarla nunca, el condicionamiento religioso del peregrino era tan fuerte que reaccionó de manera instintiva, exactamente igual que lo hubiera hecho frente a un celestita confeso: asiendo firmemente su pesado cayado, dejó caer éste sobre la cabeza del miserable viejo, que cayó abatido con el cráneo abierto sin exhalar un gemido.

El peregrino era un sincero cumplidor de los preceptos religiosos, uno de los cuales prohibía todo tipo de violencia al tiempo que condenaba gravemente a los homicidas. Pero estos mandamientos afectaban únicamente a los humanos, y no a los animales semiinteligentes como el que acababa de matar, similares quizá en figura a los verdaderos hombres pero privados por completo del hálito divino que permitiría a éstos gozar de la vida eterna después de su muerte. Por este motivo no se inmutó en absoluto ante su acción, lamentándose quizá de haberse visto dominado por un arrebató de ira motivado, eso sí, por una pérfida blasfemia. Y así, recordando los escritos de los santos padres en los que se recomendaba prudencia frente a la provocación y fortaleza ante la blasfemia, continuó su camino gozoso de alcanzar al fin la meta de su largo viaje.

Declinaba ya el día cuando alcanzó las estribaciones del Templo pudiendo entonces comprobar lo ciclópeo de sus proporciones y lo sorprendente de su arquitectura, tan extraña y majestuosa como impresionante en su solidez. Ante él se alzaban los recios muros, rematados por mil esbeltas agujas cárdenamente inflamadas por los postreros rayos de un sol moribundo que parecía querer proclamar de esta manera la suprema gloria del Hacedor del Universo.

Pero por más que buscaba, no conseguía encontrar ninguna puerta o abertura alguna que le permitiera penetrar en el interior del recinto sagrado; probablemente, se dijo, el pórtico de acceso se encontraría en la fachada occidental, la que señalaba precisamente el final de la Tierra. Él había alcanzado el templo por oriente para recorrer en toda su longitud el muro que daba hacia el sur, por lo que no era de extrañar que no lo hubiera encontrado todavía.

Por fin el muro dobló bruscamente, dejándole en una amplia explanada en la que se alzaban varios edificios formando una plaza cerrada a la que remataba en uno de sus lados la fachada principal del templo, una obra maestra de la extraña arquitectura usada en este lugar por el Creador. Absorto como jamás lo hubiera estado en su vida, el peregrino contempló con arrobó las maravillosas esculturas, las filigranas pétreas violentamente iluminadas por las postreras luces del iniciado ocaso. Apenas quedaban unos instantes de luz, y ya los edificios fronteros aparecían sumidos en la oscuridad de la naciente noche. El peregrino decidió entonces penetrar en el Templo, consciente al fin de que sus penalidades habían llegado a término.

La entrada estaba guardada por unas enormes puertas de bronce a la sazón cerradas, sin que hubiera indicación alguna de la manera en la que éstas podían ser abiertas. Acercándose tímidamente a una de ellas, empujó con suavidad el batiente sin esperanza alguna de que cediera en lo más mínimo ante su débil esfuerzo. Pero para su sorpresa éste giró en silencio sobre sus invisibles goznes, invitándole a penetrar en el más sagrado de los recintos.

Inflamado por un arrebató del más puro fervor místico, el peregrino cruzó el umbral encontrándose en el interior de una amplia nave tenuemente iluminada por unas lámparas suspendidas de las paredes, las cuales difundían una luz cálida y opalina que daba a la atmósfera un ambiente irreal y fantasmagórico, propicio sin duda alguna para el estado de ánimo que embargaba al osado visitante.

Nada había en el vasto interior a excepción de los elementos arquitectónicos que daban razón de ser al mismo y las sempiternas lámparas que se extendían a todo lo largo de los muros. Nada de coros celestiales cantando la gloria del Señor, ni tampoco venerables ancianos saliendo a dar la bienvenida al nuevo bienaventurado. Nada pues, salvo el sobrecogedor silencio de los lugares prohibidos.

Dirigiendo sus pasos hacia la cabecera del Templo el peregrino alcanzó al fin el presbiterio, tan desnudo bajo la impresionante cúpula que lo remataba como el resto del vasto edificio. Y allá, en el lugar en el que debería haber estado el altar mayor, alcanzó a descubrir una inscripción escrita con grandes letras en el lenguaje sagrado, restallante de fuego contra la pétrea inmutabilidad del muro:

ESPERÉ, ESPERÉ Y NO LLEGASTEIS

SOIS TODOS INDIGNOS DE MÍ

Había llegado tarde. Lo comprendió con esa certeza absoluta que sólo es capaz de alcanzarse en muy pocas y transcendentales ocasiones. Los celestias tenían, a pesar de todo, razón, y también el viejo salvaje que había matado con su cayado. Todo su mundo se había derrumbado en un instante, y nada de lo que había hecho durante toda su vida tenía el más mínimo valor ya. Cuando el frío suelo acogió a su cuerpo desmayado, casi envidió la fortuna de todos aquellos que no habían conseguido llegar hasta el final.

Estaba decidido. La Iglesia prohibía el suicidio, pero algunos escritores sagrados afirmaban que no era pecado dejarse morir cuando no existía posibilidad alguna de preservar la vida por medios naturales. Pero él carecía por completo de alimentos y jamás conseguiría volver a un lugar habitando antes de morir de inanición. Podría cometer el nefando pecado de comer la carne de su víctima disputándosela a los carroñeros, pero con eso tan sólo conseguiría prolongar un poco más su agonía. Y, puesto que no tenía salvación, prefería morir justo allí, al pie de la inscripción, para que su descarnada osamenta sirviera de prueba para que las generaciones venideras pudieran saber que él había llegado hasta el final, aunque su esfuerzo hubiera resultado vano.

Amanecía. En el interior del Templo tan sólo existía ahora un cadáver. Dios había sido, pese a todo, misericordioso con el peregrino.

ESCRÚPULOS DE CONCIENCIA

No sé que es lo que me ocurre; soy un auténtico privilegiado, una de las escasísimas personas seleccionadas de entre toda la humanidad para desempeñar una labor tan fundamental como básica en el devenir histórico de la misma. Soy consciente asimismo de la importancia de mi misión en la vida, y ciertamente la asumo con orgullo y satisfacción... Pero, ¿qué es lo que me pasa?

Cierto es que no tuve la posibilidad previa de optar libremente, pero no menos cierto es también que podría abandonar en cualquier momento con sólo decidirlo así... Sin represalias ni reacciones de ningún tipo por parte de Ellos, simplemente con los recuerdos borrados en lo que respecta a la etapa de mi vida pasada aquí. Ellos nos han dicho infinidad de veces que comprenden perfectamente esta decisión y que respetan plenamente la voluntad de aquéllos que optan por ella; de hecho, más de la mitad de los seleccionados deciden abandonar tarde o temprano. Son muchos, pues, los hombres y mujeres de todas las edades que han visto discurrir sus vidas con toda normalidad sin que llegaran a sospechar siquiera que tuvieron en sus manos la posibilidad no ya de pasar a la historia, sino realmente de hacerla.

Esto es algo que se dice muy fácilmente, pero a la hora de la verdad pesa realmente la responsabilidad adquirida hasta alcanzar unos límites que muchos, por no decir la inmensa mayoría, son completamente incapaces de asumir sin caer en la desesperación o, incluso, en la locura. Y sin embargo el sistema resulta, y lo hace hasta el punto de permitir que la humanidad haya sido capaz de dejar atrás la larga y oscura etapa en la que el mayor avance tecnológico era el hacha de piedra mientras que el más sublime pensamiento no iba más allá de una confusa y desdibujada creencia en una vida más allá de la muerte.

¿Qué hubiera sido de la civilización sin nosotros? Probablemente nada. Es un hecho comprobado que la sociedad, cualquier sociedad, se mueve por su propia inercia mientras que, paradójicamente, es suficiente con una serie de pequeños -pero intensos- impulsos puntuales para que la misma se mueva en la dirección deseada; es, en definitiva, algo similar a una jugada de billar en la que basta con que un jugador experto dé el impulso correcto a su bola para que los movimientos de todo el conjunto se desarrollen conforme a la estrategia planeada. Ahora bien, son muy pocas las personas poseedoras de esta sutil habilidad y, por si fuera poco, muchas de ellas resultan a la larga incapaces de ver aplicadas sus aptitudes a la realidad.

Y he aquí mi gran duda: Sé positivamente -Ellos jamás se equivocan- que soy uno de los elegidos, uno de los pocos capaces de orientar realmente el curso de la historia. Conozco también, con todo lujo de detalles, el papel que me corresponde desempeñar en la misma; el único, por cierto, que cuadra con mis características personales y con el período

histórico en el que por azar me correspondió nacer, época a la que habré indefectiblemente de retornar tanto si asumo mi responsabilidad -y acepto, por lo tanto, mi papel en la historia- como si renuncio resignándome a ser tan sólo un simple y oscuro individuo que vivió y murió sin pena ni gloria en cualquier etapa de la civilización humana.

Porque Ellos, con todo su poderío, tienen también sus limitaciones y no pueden, o no quieren vaya a saberse por qué desconocidos designios, alterar ciertos principios básicos que condicionan drásticamente la situación particular de todos y cada uno de los elegidos: Así, ninguno de nosotros puede cambiar de época viéndose constreñido a aquélla que, dorada u oscura, excitante o deprimente, le tocó en suerte por nacimiento, y lo mismo se puede decir de su lugar de origen dentro de toda la extensión del planeta... Se trata de una limitación paradójica, máxime si tenemos en cuenta que en esta (llamémosle así) escuela de aprendizaje, ubicada en algún mágico lugar situado más allá del espacio y del tiempo, estamos mezclados en franca camaradería un sinfín de personajes que el tiempo tachará de famosos, originarios de todas las épocas y de todos los lugares. Yo no acabo de comprender el por qué de si soy aquí capaz de codearme con gentes de un milenio antes o un milenio después de mi propia época, si soy perfecto conocedor -al menos mientras permanezca en este lugar- de todo el devenir histórico de la humanidad desde que prendió en ella la primera chispa de inteligencia hasta que tuvo lugar la extinción de su último representante, me veo no obstante obligado a resignarme a desempeñar el papel que por azar -al menos así dicen Ellos- me tocó en suerte.

Y es que, aunque Ellos afirman una y otra vez que absolutamente todos los papeles son igual de importantes y -y aquí insisten una y mil veces- exactamente igual de respetables, yo no acabo de resignarme a aceptar el avatar que la suerte me ha asignado; pese a todo no puedo evitar mirar con envidia a algunos de mis compañeros agraciados con un papel histórico infinitamente más afortunado -aunque en ocasiones también más trágico- que el mío. Yo quisiera ser Alejandro o Julio César, Carlomagno o Napoleón; pero me guste o no, me ha correspondido ser el reverso de la moneda, el no menos necesario pero también oscuro envés de las páginas de la historia, el contrapunto imprescindible a los episodios brillantes de una humanidad de la que, pese a todo, yo también formo parte.

No quiero ser Atila, no quiero ser El azote de Dios; porque, aunque mi importancia histórica sea parangonable a la de Pericles o a la de Trajano, aunque mi devenir histórico sea fundamental para establecer los sólidos cimientos de la cultura occidental, yo seré siempre recordado con odio, cuando no con temor, por todos aquéllos a los que paradójicamente contribuí a salvar. Así es el destino; unos nacemos para héroes y otros para villanos, sin que en el fondo exista entre todos nosotros mayor diferencia que la derivada de los distintos papeles que nos ha correspondido desempeñar. Pero esto, lamentablemente, tan sólo lo sabemos unos pocos.

ATRACCIÓN FATAL

Tener novia supone, ciertamente, disfrutar de unas innegables ventajas; pero al mismo tiempo, implica toda una serie de inconvenientes e incomodidades que forzosamente te hacen añorar la libertad perdida y envidiar a los solterones de tu edad libres de todo tipo de ataduras. Esto es algo que muy pocos llegan a comprender con la suficiente profundidad -aunque sí a intuir-, para desesperación suya y para suerte de una humanidad que, de no ser así, podría llegar a correr un grave riesgo de extinción como especie animal diferenciada.

Pero vayamos al grano. A Olga le gustaba o, por mejor decir, le entusiasmaba, todo aquello que constituía la faceta frívola e intrascendente de la vida, justo lo que a mí me resultaba cuanto menos incómodo y cuanto más desagradable. Cómo dos personas de gustos y aficiones tan dispares habíamos podido llegar a juntarnos es algo que sólo Dios puede saber; el amor es ciego, dicen, y yo añadiría además que sordo, mudo, manco e imbécil... Pero no nos dejemos perder en digresiones filosóficas que, por lo demás, son tan viejas como la vida misma.

Olga y yo nos queríamos, supongo, ya que no nos llevábamos mal o, cuanto menos, no peor que el común de las parejas que conocíamos; y eso era ya algo. Claro está que yo tenía que condescender ante todas esas manías estúpidas e intrascendentes a las que tan aficionadas son la mayor parte de las mujeres... Pero ella condescendía asimismo -aunque no tan a menudo como yo quisiera- en otras cuestiones diferentes que para mí sí que eran verdaderamente importantes; y así, íbamos tirando.

Un buen día se empeñó en ir al parque de atracciones. No hay cosa que más odie en este mundo que las grandes aglomeraciones, y especialmente las evitables; con lo fácil que es ir al cine o quedarse tranquilamente en casa, donde además se pueden hacer cosas más íntimas y gratificantes... Luché, pues, por convencerla esgrimiendo todo tipo de argumentos tanto racionales, a los que era absolutamente refractaria, como irracionales a los que no lo era tanto; mas no hubo manera humana de convencerla de lo inconveniente de sus deseos. Ella estaba completamente empeñada en ir a ese maldito lugar de tortura de masoquistas urbanos, y nada en este mundo hubiera sido capaz de disuadirla al tiempo que, justo es reconocerlo, ella sí que conocía perfectamente la forma de disuadirme a mí. Así que, no me cupo otro remedio que beber del amargo cáliz y resignarme humildemente a acompañarla.

Ese día era sábado y el parque de atracciones estaba literalmente a tope, mucho peor aún de lo que yo había imaginado. Aquella babel en miniatura era capaz de crispar los nervios al más templado y, a los diez minutos escasos, ya estaba yo invocando mentalmente tanto a Herodes -al que mi imaginación elevaba respetuosamente a los altares- como a los para mí respetabilísimos inventores de las eficaces cámaras de gas,

lamentándome asimismo amargamente de que Atila, Gengis Khan, Torquemada o Iván el Terrible pertenecieran ya a un extinto e irrecuperable pasado. Y, por supuesto, comencé a envidiar con todas mis fuerzas a los sordos. Olga, por su parte, estaba más estúpida e impertinente que de ordinario, lo que contribuía aún más a rematar la faena.

Tras cumplir con el inevitable ritual en lugares tales como la noria -desgraciadamente no se fue la luz estando arriba-, la tómbola -treinta euros para ganar un mísero cenicero que valía apenas la décima parte y que además me tocó llevar a mí-, la caseta de tiro al blanco -dos botellitas miniatura a cinco euros ejemplar y eso porque las tiré yo-, el maldito barco vikingo -mareo garantizado- y los coches eléctricos -una semana con dolor de espalda por culpa de un cretino empeñado en emular a los campeones de Fórmula Uno-, tuvimos la mala suerte de pasar por delante de la atracción estrella del parque, un carrusel al que unos chillones rótulos luminosos anunciaban con el pomposo y ridículo nombre de El Audaz. Verlo Olga y emperrarse en montar en él fue todo uno. De nada sirvieron mis angustiados argumentos de todo tipo, desde las largas colas hasta la posible peligrosidad del artefacto; Olga montaría y, con ella, el idiota que la acompañaba.

Media hora más tarde y veinte euros menos en el bolsillo -el trasto era algo carillo-, me acomodaba por fin junto a Olga en uno de los asientos de la barquilla, un recinto oblongo en el que estaban instaladas un total de sesenta butacas distribuidas en diez filas de seis. Todas las butacas estaban provistas de un a modo de arnés individual que sujetaba perfectamente al viajero una vez sentado éste, precaución muy necesaria teniendo en cuenta que la barquilla describía un giro vertical que llegaba a ponerla completamente invertida.

Llena completamente la barquilla y cerciorado el acomodador de que todos los arneses estaban convenientemente sujetos en sus enganches, el maldito aparato comenzó a describir un movimiento pendular primero con lentitud para ir adquiriendo cada vez más velocidad y, lógicamente, una mayor altura. Yo soy, afortunadamente, bastante resistente al mareo, lo que no quiere decir que me resulte agradable sentir el estómago en los talones; mi rostro, pues, se volvió aún más crispado si es que esto era posible a estas alturas; y eso que lo peor estaba aún por venir. Olga, por su parte, reía y gritaba como una perfecta imbécil.

Por fin la barquilla acabó llegando al punto más alto de su trayectoria circular describiendo varias vueltas completas a toda velocidad antes de dejarnos colgados como murciélagos, boca abajo y a más de treinta metros de altura sobre el suelo. Había llegado el momento álgido de la atracción, hecho evidente aún por el más ignaro dado el silencio sepulcral con el que el pasaje acogió tan incómoda situación. En lo que a mí respecta, un sudor helado comenzó a inundarme la totalidad de mi cuerpo.

En la parte delantera de la barquilla -la proa, si se me permite utilizar este símil náutico- se iluminó bruscamente una pantalla por la que comenzó a desgranarse con lentitud una serie de números que iban desde el uno al sesenta -justo el número de asientos con que contaba el carrusel- para volver a iniciar el ciclo cada vez a una velocidad superior.

Un minuto más tarde era tal la rapidez con la que alternaban los números, que mis ojos eran completamente incapaces de seguir, siquiera fugazmente, el veloz destello de esta lotería demoníaca que, por otro lado, me mantenía completamente hipnotizado al igual que al resto de mis cincuenta y nueve compañeros incluyendo a la superficial Olga.

De repente un número quedó fijo en la pantalla: El veintiocho. El azar me había colocado en el número veintisiete, y mi suspiro de alivio, un grito salvaje casi, se confundió con el emitido por otras cincuenta y ocho gargantas; todas excepto la de Olga, sentada a mi derecha justo en el asiento número veintiocho, el elegido en esta ocasión por la suerte.

El resto fue muy rápido. Con un chasquido siniestro, el arnés que sujetaba a mi novia se abrió de forma automática sin que sus desesperados esfuerzos por asirse a cualquier lado -yo mismo tuve que apartar de un manotazo una de sus trémulas manos- sirvieran para evitar que se precipitara al vacío.

Cuando segundos después la barquilla bajó al suelo y pudimos apearnos de ella los cincuenta y nueve afortunados -me desagrada decir supervivientes-, el cuerpo quebrantado de la que fuera mi novia había sido ya retirado y la sangre -no demasiada, me dijeron; había sido un golpe limpio- había sido hecha desaparecer en la arena que constituía el área de impacto, lo que constituía ciertamente todo un prodigio de efectividad. Más desagradables fueron los trámites subsiguientes, por mucho que éstos estuvieran agilizados al máximo; aunque antes de montar todos los usuarios éramos obligados a firmar un documento en el que asumíamos toda la responsabilidad en el caso de que fuéramos los señalados por el azar -y conste que siempre caía una persona en cada viaje-, no por ello quedaban ya resueltos todos esos desagradables trámites que vienen asociados a una defunción. Afortunadamente, éstos estaban muy simplificados y me pude ir a descansar tranquilamente a casa apenas media hora después de ocurrido el óbito.

Han pasado seis meses desde entonces y desde hace casi tres vengo saliendo con Inés, una preciosa rubia con la que me entiendo perfectamente dado que siempre o casi siempre acepta hacer aquello que yo propongo... Amén de que, y esto no deja de ser una gran suerte, no manifiesta el menor interés por las atracciones de feria.

MÁS VALE TARDE...

Juan García había sido toda su vida muy presuntuoso. Siempre le había gustado destacar en cualquier cosa, fuera ésta importante o nimia, y ya desde muy pequeño había procurado por todos los medios a su alcance llamar la atención de la manera que fuese, sin parar en mientes acerca de sí, como afirma el refrán castellano, daba en el callo o en la herradura... Porque el bueno de Juan, tosco hasta la exageración, no era precisamente un Petronio en lo que a la finura de su comportamiento social se refería.

¡Qué se le iba a hacer! El pobre no era consciente -o si lo era procuraba ocultarlo celosamente- de que, antes que un gracioso, era tan sólo un pobre patán que espantaba indefectiblemente a todo aquél a quien pretendía atraer. Y, claro está, se quedaba con treinta y una de mano en todo lo referente a sus desesperados intentos de ser el centro de atención de su entorno.

Como además de su falta de ingenio y de modales Juan nunca llegó a descollar ni en el trabajo ni con los amigos, no es de extrañar que el pobre acabara completamente frustrado. En compensación a estas carencias era, eso sí, bastante lanzado, por lo que un buen día se lió la manta a la cabeza, rompió con todo lo que había sido hasta entonces su vida, y se enroló en un barco mercante del cual ignoraba nombre y destino.

Durante varios años vagó por medio mundo razonablemente satisfecho de su nueva vida; y es que, en medio de un ambiente tan tosco como en el que ahora se movía, no es decir que llamara la atención, eso no, pero cuanto menos no desentonaba demasiado... Y ya era algo.

No obstante, seguía sin estar satisfecho. Así que, tras una noche de borrachera, decidió no volver al barco marcando así una nueva etapa en su vida. Quiso el azar que se encontrara en Port Moresby, la capital de Nueva Guinea, al igual que podría haberle ocurrido en Valparaíso, Ciudad del Cabo o Shangai... Que estas son las ventajas de todo aquél que obra sin pensar frente a los que, por el contrario, meditan antes de adoptar cualquier decisión.

Port Moresby no era el mejor lugar del mundo, pero tampoco necesariamente el peor... Y contaba además con una nutrida población indígena, muy poco moldeada todavía por la cultura occidental, ante la que Juan podría lucirse mucho más de lo que consiguiera frente a sus antiguos compañeros. Estaba satisfecho, sí, pero...

Su siguiente arrebató le llevó al interior de la isla en busca de indígenas sin civilizar ante los que pudiera destacar todavía más, ya que los aculturados papúes de la costa todavía se le antojaban demasiado sofisticados para su reducido intelecto. Partió, pues, hacia las

remotas y casi inexploradas comarcas cubiertas de selvas vírgenes entrando finalmente en contacto con una tribu primitiva que le acogió dispensándole honores divinos.

Había triunfado al fin; lo malo, fue que estos aborígenes resultaron tener un concepto de la divinidad bastante peculiar que a Juan no acabó de convencerle del todo... porque sus fervorosos fieles, impacientes por poder disfrutar de los dones emanados de su benéfica protección, decidieron no esperar a que su nuevo dios falleciera de muerte natural, *ayudándole* en el gozoso tránsito para poder así rendir culto a sus sagradas reliquias de forma inmediata.

De esta manera, y durante muchos años, el cráneo del infortunado Juan, engarzado en el ápice de un tótem ritual primorosamente labrado, fue objeto de piadosa veneración por parte de sus adoradores, llegados incluso desde remotas tierras al reclamo de su bien merecida fama de santidad. Era para estar orgulloso de su triunfo, como todavía lo fue más que, tiempo después y merced a los buenos oficios de una prestigiosa expedición científica, el citado tótem, con la calavera divina incluida, pasara a ocupar un lugar de honor en las vitrinas del Museo Etnográfico de París, uno de los más prestigiosos de todo occidente... porque ya no eran salvajes melanesios los que rendían culto a Juan -a lo que quedaba de él-, sino refina dos europeos los que se admiraban ante la gran valía artística del preciado objeto, convertido desde el mismo momento de su llegada en la joya del museo; ciertamente, nadie podría haber esperado más. La pena, es que tal reconocimiento universal le viniera al pobre un poquito -sólo un poquito- tarde.

EL PARAÍSO PERDIDO

Aquel día era uno más para Pablo R... Exactamente igual que todos los anteriores, exactamente igual que todos aquellos que le sucederían. Porque para Pablo R. la monotonía era la constante básica de una vida, la suya, en la cual nunca acontecía nada que le permitiera huir, siquiera momentáneamente, de la aterradora rutina que le atenazaba.

Sin embargo, no siempre había sido así. Un día lejano, perdido ya entre las brumas de sus semiolvidados recuerdos, algo se había roto en el interior de su mente, algo que habría de cambiar su vida por completo. Pablo R. recordaba vagamente años de hospitales, de tratamientos médicos, de peticiones de tranquilidad y paciencia... Porque Pablo R. se había vuelto loco aunque su mente desquiciada fuera entonces incapaz de comprenderlo.

Tras un largo interregno durante el cual se fueron reorganizando trabajosamente los dispersos fragmentos de lo que había sido su antigua personalidad, Pablo R. fue considerado curado... Lo cual era ciertamente relativo, ya que su cerebro distaba mucho de ser el de antes. Pero Pablo R. había alcanzado el máximo nivel de recuperación previsto por los médicos y era capaz de llevar una vida razonablemente normal mientras se medicara convenientemente, por lo cual fue enviado a casa.

Pablo R. ya no estaba loco, pero su mente era incapaz de alcanzar sus antiguas cotas de pensamiento... Y lo sería para siempre, aunque lo peor de todo no era eso sino la conciencia que Pablo R. tenía de ello.

Realmente las capacidades intelectuales de Pablo R. no eran ahora demasiado diferentes de las de una parte significativa de la población, de esa población que está sólidamente asentada en una cómoda mediocridad siendo feliz con ella al resultarle relativamente fácil satisfacer sus siempre simples inquietudes.

Si Pablo R. hubiera sido uno de ellos nada hubiera echado de menos en su nueva vida, ya que ésta en nada se diferenciaba de la que resultaba habitual para la mayor parte de la gente. Pero la tragedia de Pablo R. consistía en que él había tenido acceso privilegiado a esos niveles del intelecto que el destino reserva tan sólo a unos cuantos elegidos. Pablo R. había sido escritor, un afamado escritor que había alcanzado un apreciable reconocimiento por parte de una sociedad que menospreciaba, o cuanto menos ignoraba, a los creadores y a los intelectuales.

Aunque Pablo R. no había conseguido llegar a vivir exclusivamente de la literatura, sí había logrado publicar un considerable número de obras, relatos y novelas fundamentalmente, que le habían ganado el aprecio de sus lectores. Celebrado por la crítica como uno de los escritores más originales de los últimos años y estimado por un público

que agotaba las ediciones de sus libros, Pablo R. había dejado de ser una firme promesa para convertirse en una espléndida realidad.

Y lo mejor estaba aún por llegar en opinión de todos los entendidos; con cada nueva obra Pablo R. superaba el listón fijado por él mismo, por lo que dada su edad (poco más de cuarenta años) y lo regular de su producción literaria cabía esperar que en un futuro pudiera llegar todavía más lejos.

Por desgracia para todos su carrera se vio truncada un mal día, queriendo el azar que la mente de Pablo R. fuera arrasada por un vendaval que llegó a destruir casi por completo su conciencia. Convertido prácticamente en un vegetal, con su actividad cerebral reducida a poco más que las funciones puramente fisiológicas, se podía afirmar que el Pablo R. que habían conocido todos ya no existía y que su cuerpo, a modo de cascarón vacío, era tan sólo el triste cenotafío que recordaba lo que antaño fuera.

Oficialmente curado, con una baja médica total y la economía razonablemente resuelta (la pensión de invalidez y los derechos de autor le permitían mantener un discreto nivel de vida) Pablo R., que no tenía familia que mantener, podría vivir sin preocupaciones y sin problemas y, por vez primera en su vida, siendo dueño absoluto de su tiempo. Durante muchos años, prácticamente durante toda su vida, Pablo R. se había lamentado amargamente de tener que malgastar buena parte de su tiempo disponible en la mercenaria tarea de ganarse un sueldo que, si bien le garantizaba los ingresos necesarios para vivir, le menoscababa en gran medida la dedicación a su verdadera pasión, la literatura. Nada irritaba más a Pablo R. que comprobar cómo se le escurrían entre los dedos, si no las ideas fundamentales de sus relatos, sí aquellas imágenes que, entrevistas fugazmente en un momento de inesperada e incontrolable lucidez, eran ya opacas y anodinas cuando le resultaba posible plasmarlas en un papel. Nada le hubiera gustado más a Pablo R. que poderse dedicar de forma exclusiva a la literatura como y cuando mejor le pluguiera; y ahora, por fin, podía hacerlo.

Pablo R. lo intentó con una tenacidad que nada tenía que envidiar a la que poseía antes de su accidente, pero por desgracia para él su mente ya no era la misma y esa esquiva y veleidosa habilidad mental que habitualmente es conocida con el nombre de inspiración, parecía haberle abandonado por completo.

En un principio este inconveniente no le inquietó demasiado; de sobra sabía que su creatividad no era constante sino intermitente y, además, caprichosa. Los períodos de sequía intelectual no le resultaban extraños, por lo que teniendo en cuenta la trabajosa reconstrucción de su mente acaecida en los últimos años era lógico esperar que la inspiración literaria se le mostrara esquiva.

Paciencia: Esa era la palabra clave. Pero la inactividad de consumía. Intentó escribir cosas sencillas, apenas unos divertimentos comparadas con sus anteriores creaciones; pero

cuando en el periódico en el cual había sido un afamado colaborador durante años le rechazaron sus artículos recomendándole amablemente que se tomara un descanso, comenzó a temer que ya nada volviera a ser igual que antes.

La sociedad siempre ha sido ingrata y olvidadiza, y el vacío que Pablo R. dejara en sus actividades públicas (periódicos, tertulias, entrevistas...) había sido cubierto rápidamente por unos recién llegados que ahora se resistían a hacerle un hueco entre ellos. Bien, esto era de esperar; pero aunque nadie o casi nadie se acordara ya de él, debería haberle sido relativamente sencillo reivindicar su antigua posición esgrimiendo como irrefutables argumentos sus pasados y brillantes logros.

Pero no fue así. En realidad todos le dieron buenas palabras, pero la propuesta unánime fue, con distintos matices, que se lo tomara con calma aguardando a que su recuperación fuera total. Este rechazo generalizado acabó irritándolo, convencido como estaba de que todo se debía a que sus colaboraciones habían pasado de moda. Sin embargo sus amigos, los escasos amigos que habían sobrevivido a su naufragio, intentaron convencerle de que no les faltaba razón a quienes le habían rechazado.

Sus nuevos artículos, le dijeron, eran correctos y traslucían el buen oficio que siempre le había caracterizado; pero por desgracia carecían de esa chispa suya que los diferenciaba del resto de los publicados por otros escritores. No estaban mal del todo, insistían sus amigos intentando quitarle hierro al asunto, pero resultaban anodinos y carentes de originalidad. En otra persona habrían sido aceptables, pero en él... Pablo R. no se podía permitir el lujo, concluían, de reencontrarse con sus lectores sin antes haber recuperado su antiguo nivel.

A regañadientes, y forzado por las circunstancias, Pablo R. aceptó las críticas renunciando por el momento a continuar con su faceta periodística. Pero como para él no poder escribir era como no poder ver, abordó la redacción de una nueva obra, la primera que escribía desde su accidente.

En realidad ya la tenía esbozada cuando ocurrió éste, por lo que le bastó con buscar los borradores -apenas unos bocetos- y releerlos para intentar retomar la narración. Ciertamente era que había pasado mucho tiempo -varios años- desde que se viera forzado a abandonarlos, tiempo durante el cual bastante había tenido que luchar denodadamente por salvar su mente del caos; pero estaba acostumbrado a dejar trabajos inconclusos por una falta momentánea de ideas para retomarlos más tarde cuando éstas volvían a surgir en su cerebro.

Leyó, pues, detenidamente los bocetos estudiándolos casi, repitiendo varias veces la lectura en busca de la inspiración perdida. Intentó, incluso, completar alguno de los fragmentos más desarrollados, pero todo resultó completamente inútil. Simplemente, no podía. No era que no le salieran bien las cosas, ni tampoco que quedara insatisfecho de lo

escrito; en realidad, le resultaba imposible redactar algo que no fuera medianamente comparable con todo lo que escribiera con anterioridad a su accidente.

Rabioso y desesperado visitó a los médicos que le habían tratado, esos mismos médicos que le dieran el alta al considerarle curado. Éstos le explicaron muy amablemente que era normal que su cerebro arrastrara todavía alguna secuela aunque, añadieron con satisfacción, éstas habían resultado ser tan insignificantes que no le impedirían llevar una vida completamente normal. Sí, sabían que él había sido un conocido escritor, y suponían que la imposibilidad de continuar con su carrera literaria, irrelevante para la inmensa mayoría de las personas, para él podía resultar un grave inconveniente; de hecho, su caso no era muy diferente del de los deportistas de élite que tras sufrir un grave accidente se veían obligados a abandonar las competiciones, lo que no les impedía continuar practicando su afición en privado. ¡Qué se le iba a hacer! Al fin y al cabo, debería estar satisfecho por haberse recuperado de forma tan completa, ya que otros muchos no habían tenido la misma suerte que él.

A su pregunta, casi una súplica, acerca de si podría acabar recuperando plenamente sus facultades en un futuro, la respuesta fue tan ambigua como pragmática: La medicina no era una ciencia exacta y cada persona era diferente del resto, por lo que no se podía saber si la recuperación de su cerebro continuaría aún o si, por el contrario, no pasaría nunca de allí. Los estudios realizados indicaban que su cerebro había sufrido daños irreversibles, aunque limitados; pero se trataba de un órgano muy flexible en el cual era relativamente factible que las funciones desempeñadas por las áreas dañadas pudieran ser asumidas por otras sanas tras un tiempo de adaptación, por lo que la posibilidad apuntada existía aunque no se pudiera cuantificar.

La posibilidad existía... También entraba dentro de lo posible que le tocara la lotería, y nunca había pasado del reintegro. Además, esa vaga esperanza no le satisfacía. Él quería escribir, quería volver a ser el que fuera antes; hubiera preferido mil veces quedar inválido, ciego incluso... Todo antes que perder su capacidad creativa.

No se resignó, puesto que en ello le iba la única motivación verdadera de su existencia. Visitó a varios neurólogos, consumió prácticamente la totalidad de su cada vez más exiguo patrimonio, cosechó una colección de promesas piadosas y de dudas impotentes... Sin conseguir en ningún momento lo que deseaba. Al parecer el destino había querido que el Pablo R. escritor muriera mientras el Pablo R. persona sobrevivía, ya que todo parecía indicar que esta situación habría de ser irreversible.

Fue necesario que transcurrieran varios años para que Pablo R. se resignara. Seguía existiendo una remota posibilidad, en ello habían coincidido todos los médicos consultados, pero a él esto no le servía de consuelo. Sabía que ya nunca podría volver a escribir como antes, y eso era suficiente para él.

Intentó entonces adaptarse definitivamente a su nueva vida convirtiéndose en uno de tantos mediocres que constelan y conforman a cualquier sociedad, pero fracasó estrepitosamente. No podía ser de otra manera; un ciego de nacimiento nunca podrá añorar realmente la visión de la que no ha disfrutado nunca, pero cosa muy distinta era cuando una persona adulta la perdía de forma definitiva. Éste era el caso de Pablo R.: En un mundo en el que todas las personas carentes de creatividad (es decir, la mayor parte de la población del mismo) desconocían su limitación o, si lo eran, no pasaban de tener una difusa conciencia de ello, Pablo R. había tenido la desgracia de haber perdido su clarividencia siendo dolorosamente consciente de ello. Y Pablo R. lloró, lloró como nunca en su vida lo había hecho, como nunca imaginara que pudiera llegar a hacerlo.

Un día, cuando paseaba en solitario por un parque, un desconocido se acercó a él identificándose como un admirador de sus libros. El incidente no acabó en la comisaría gracias a que esta persona fue sensata y comprendió rápidamente que algún tipo de desgracia desgarraba a su atribulado espíritu, pero desde luego su comportamiento hacia ella no había podido ser más descortés. En otra ocasión destruyó, en un arranque de desesperación, todos los ejemplares que poseía de sus libros haciendo lo mismo con los originales y hasta con las mismas copias de ordenador... Presa de una repentina furia iconoclasta intentó hacer lo mismo con las bibliotecas de sus amigos, llegando incluso a exigir a la editorial la retirada de todos los libros suyos que aún estuvieran sin vender. Sus amigos fueron condescendientes limitándose a responderle con mentiras piadosas, pero la editorial tuvo que amenazarlo con una querrela por daños y perjuicios para conseguir que desistiera de sus propósitos.

Una nueva visita, esta vez forzada, a los médicos y un cambio en la medicación le devolvieron aparentemente a la normalidad, pero... ¿merecía realmente la pena?

* * *

NOTA DEL EDITOR

Aquí acaba el relato inconcluso de Alberto Humanes, publicado ahora por vez primera cinco años después de su fallecimiento. Puesto que son sobradamente conocidas las desgraciadas circunstancias en las que se desarrolló la enfermedad mental que le condujo finalmente a la muerte, renunciamos a reflejarlas en detalle aquí; sin embargo, la sorprendente coincidencia del relato con lo que realmente le ocurrió años después a su autor merece ciertamente una reflexión.

Alberto Humanes comenzó a escribir *El paraíso perdido* apenas unas semanas antes de sufrir el infarto cerebral que le provocó la demencia que habría de arruinar irreversiblemente su carrera literaria. De hecho, estaba escribiéndolo cuando se produjo el accidente, razón por la cual este relato que no pudo ser terminado ha de ser considerado como su obra postrera.

Por increíble que parezca el desarrollo de la enfermedad mental de Alberto Humanes resultó ser totalmente similar al descrito en el relato, tal como si una extraña premonición le hubiera advertido de la tragedia que le iba a acontecer en un futuro inmediato. Fuera como fuese, lo cierto es que Alberto Humanes logró recuperarse de su grave enfermedad pudiendo incluso llevar una vida relativamente normal. Sin embargo, y según testimonios de personas allegadas a él, fracasó en todos sus intentos de retomar su actividad literaria, hecho que le causó una profunda frustración que acabó convirtiéndose en depresión.

En cuanto a la muerte de Alberto Humanes, nada podemos afirmar en concreto. Parece indudable que la depresión que le produjo saber que nunca más podría escribir tuvo mucho que ver en su estado anímico, pero resulta imposible saber si Humanes se suicidó o si, por el contrario, se trató tan sólo de un desgraciado accidente favorecido por la abulia que le invadió en los últimos años de su vida. En cualquier caso, es evidente que Alberto Humanes había perdido ya todo interés por vivir.

Para terminar, no podemos ignorar las circunstancias casi rocambolescas por las que el original de este relato se salvó del auto de fe mediante el cual Alberto Humanes destruyó todas las obras que tenía en su poder apenas unos días antes de su fallecimiento; se trata de una coincidencia más con el imaginario Pablo R., aunque aquí cabe la posibilidad de que Humanes leyera el manuscrito inconcluso al intentar terminarlo, inspirándose en él para imitar la iniciativa. De un modo u otro, lo cierto es que Humanes destruyó no sólo todos los originales de sus libros, copias informáticas incluidas, sino que también hizo desaparecer, y esto fue mucho más grave puesto que se perdieron para siempre, los borradores de sus obras inéditas. Sólo el azar quiso que Humanes, que tenía por costumbre no dar nunca a conocer sus relatos antes de que éstos estuvieran totalmente terminados, remitiera a un amigo por error un disco que contenía la copia inconclusa de *El paraíso perdido* que ahora publicamos.

La pregunta inmediata que se nos plantea ahora es cual final hubiera dado Humanes a su relato de no haber sufrido la enfermedad mental; aquí únicamente podemos especular, pero resulta tentador suponer que, de haber podido hacerlo, Humanes habría dado a su personaje un fin similar al que sufrió él en realidad, llevando así la dualidad Pablo R.-Alberto Humanes hasta sus últimas consecuencias. En cualquier caso, lo que resulta evidente es que *El paraíso perdido* es una de las raras obras literarias en las cuales la realidad y la ficción se funden de forma tan increíble como turbadora.

UNA VIDA MEJOR

Desde hace siglos, por no hablar de milenios, es mucho lo que ha discutido la humanidad acerca de la existencia o no de la reencarnación, normalmente de forma excluyente y rotunda. Así, mientras las culturas orientales (y en especial el hinduismo o el budismo) convertían la reencarnación en uno de los pilares básicos de su fe religiosa, las iglesias surgidas del tronco común del judaísmo (cristianos, musulmanes y los propios judíos) la negaban tajantemente sin que ni una sola de sus numerosas ramificaciones llegara jamás a aceptarla. En cuanto a las demás religiones, tanto vivas como extintas, todas ellas han tomado siempre partido por una u otra opción sin dejar el menor resquicio a la ambigüedad.

Resulta evidente que aceptar o negar la reencarnación acarrea graves consecuencias no ya teológicas sino inclusive filosóficas, las cuales afectan de modo radical a las creencias de cualquier persona en el Más Allá. Conviene no olvidar que el ateísmo absoluto, el cual no ha de confundirse ni con un escepticismo más o menos profundo, ni con el mucho más intelectual agnosticismo, es algo que en la práctica resulta ser virtualmente inexistente, ya que en estos temas la mente humana acostumbra a experimentar un insufrible *horror vacui* que precisa salvar de alguna manera sin distinciones ni de credo ni de cultura. El hombre, en definitiva, puede ser capaz de creer en multitud de cosas diferentes, pero lo cierto es que siempre necesitará creer en algo.

Pero conviene no desviarse demasiado de nuestra disquisición inicial. La creencia en la reencarnación condiciona no sólo las convicciones más profundas de cualquier sociedad, sino también su propio modo de ver la vida. Téngase en cuenta que, mientras para un cristiano su vida es una ocasión única e irrepetible para conseguir la salvación de su alma, para un hinduista no se trata sino de un eslabón más de una larga cadena cuyo fin último es alcanzar la perfección absoluta. Asimismo, la convicción de que los animales no sólo poseen un alma, sino que además ésta está incluida también en la misma rueda de la vida que las de las personas, motiva en estos pueblos esos sentimientos hacia los animales que tan pintorescos pueden llegar a resultar ante los ojos de los occidentales, llegándose en ocasiones a casos tan extremos como el de los jainistas, los cuales evitan matar involuntariamente incluso hasta a los propios insectos.

Sin embargo, y a pesar de esta liberalidad, las creencias hinduistas o las budistas tienen también sus limitaciones, ya que a ningún hindú en su sano juicio se le ocurriría atribuir un alma a un objeto inanimado como pudiera ser una piedra o una silla... Claro está, se puede opinar que el alma es algo que está consustancialmente ligado al concepto de vida, por lo cual cualquier cosa inanimada es por principio completamente incapaz de poseerla...

Eso sí, existe una cuestión que es preciso considerar. Un trozo de piedra, evidentemente, es algo totalmente muerto, pero ¿qué ocurre si un artista labra esa piedra dándole un valor artístico del que antes carecía? ¿Acaso no se puede considerar que ese artista ha transmitido parte de su ser, es decir, su alma, a la piedra objeto de su transformación voluntaria?

Fijémonos ahora en cualquier otra maestra del arte o el pensamiento universal: Una catedral gótica, la Novena Sinfonía de Beethoven, el cuadro de las Meninas, el Quijote... ¿Acaso no son obras inmortales en las cuales se perpetúa el alma de sus autores incluso siglos después de que éstos hayan muerto? Se me objetará, sin duda, que el alma es algo totalmente diferente a la obra de una persona y, por supuesto, completamente indivisible; pero yo no estoy de acuerdo. Para mí el alma no es algo encerrado en sí mismo, algo en definitiva indeleble que se conserva intacto al margen de los avatares por los que discurre la vida de su poseedor; para mí el alma es algo vivo en el sentido que crece, se ramifica y se escinde creando nuevos núcleos que a su vez actúan de la misma forma. Por ello cada persona iría dejándose jirones de su propia alma en cada una de sus sucesivas vidas, sin que esto supusiera necesariamente un obstáculo en su camino hacia la perfección a través de sus diferentes reencarnaciones.

¿En qué me baso para opinar tan tajantemente sobre este tema? Bien, pues en mí mismo. He de advertir que yo no soy ni una persona ni tan siquiera un ser vivo, lo que no impide que sea plenamente consciente de mi existencia. Yo fui un poema, un bello poema escrito por un poeta ya olvidado que puso en mí una parte importante de su alma y de su ser.

Por desgracia, y por razones que no vienen a cuento aquí, nunca llegué a ser publicado. Mi autor me conservó con cariño, y a su muerte permanecí durante algún tiempo olvidado en un oscuro cajón; pero un mal día uno de sus herederos me encontró revolviendo entre las polvorientas pertenencias de su pariente. Lamentablemente esta persona no había heredado ni tan siquiera un ápice del alma poética de su antecesor, por lo cual me vi condenado al triste destino de ser vendido como papel viejo sin que nadie se preocupara lo más mínimo por salvarme.

Tras caer en manos de un trapero que tampoco supo apreciar mi valía, fui finalmente reciclado junto con otros muchos papeles viejos dados al igual que yo por inútiles. Se perdió así para siempre el recuerdo de mis estrofas, lo que vino a ser en cierto modo una muerte dado que yo era un ejemplar único. Sin embargo, y por razones que desconozco aunque creo ver en ello la mano de la Divina Providencia, no sólo persistió en mí eso que me he atrevido a calificar como alma, sino que además he tenido la ocasión de gozar del raro privilegio de conservar el recuerdo de mi existencia anterior.

Actualmente me encuentro convertido, mezclado con otros papeles de procedencia bien diversa, en unas cuantas páginas de un ejemplar del Boletín Oficial del Estado, y

aunque ante los ojos de cualquier mortal tan sólo reproduzca la prosaica convocatoria de unas oposiciones en un ministerio cualquiera, en el fondo de mi alma continúo atesorando íntegra la belleza infundida por el alma de aquel poeta que me dio el ser, aunque por desgracia soy incapaz de transmitirla a todos aquéllos que me consultan. En ocasiones sueño que puedo, bailando las letras impresas en mi cuerpo, trocar el árido lenguaje burocrático por la feliz sinfonía de palabras que fueran mi original existencia... Pero por desgracia se trata de algo que me está vedado, con lo cual tan sólo me queda la esperanza de que algún alma afortunada (¿quizá mi propio autor, en su nueva reencarnación?) sea capaz de leer en mí como en un palimpsesto. Se trata de algo extremadamente improbable, lo sé de sobra, pero ésta es la única posibilidad que me queda.

Según los criterios de la religión budista, mi nueva reencarnación sería un retroceso producto quizá de un ignorado pecado; pero yo no lo creo así, ya que Dios es misericordioso y ha permitido no sólo preservarme, sino también que sea consciente de mi existencia. De haberlo querido el destino, yo me habría transformado en una efímera página de periódico o, todavía peor e infinitamente más humillante, habría acabado sirviendo para satisfacer la higiene cotidiana de alguna persona ajena por completo al mensaje que aliento.

Por suerte no ha sido así y dormito plácidamente en los anaqueles de una hemeroteca, seguro como estoy de perdurar durante mucho tiempo siempre que la humedad, el fuego o las polillas respeten mi vulnerable cuerpo. Y espero, ilusionado, a que llegue mi hora.

VIVO EN UN CUADRO

Vivo en un cuadro. Ya sé que a ustedes les extrañará lo que acabo de afirmar, pero les aseguro que es cierto. Rigurosamente cierto.

Claro está, me dirán que eso es imposible, que no se puede vivir en el interior de un cuadro... y entiendo que lo crean así, puesto que nadie ha podido ver jamás a ninguno de nosotros, los habitantes de los cuadros, o *cuadrícolas*, como preferimos denominarnos nosotros; porque no se trata de nada fácil.

Este desconocimiento de nuestra existencia se debe principalmente a dos razones. La primera de ellas, es que no todos los cuadros tienen vida, ni mucho menos; de hecho, tan sólo una exigua minoría son capaces de alentarla, aquellos que salieron de la mano -o de los pinceles, para hablar con más propiedad- de verdaderos maestros capaces de insuflársela a sus creaciones, algo que está al alcance únicamente de los verdaderos -y escasísimos- genios. El resto de los pintores, es decir, la inmensa mayoría de ellos, tan sólo son capaces de plasmar en sus lienzos naturalezas muertas en el sentido más literal de la palabra.

De todos modos, lo que resulta determinante a la hora de hacer que seamos desconocidos es el hecho de que el común de los mortales son incapaces de vernos. Esta ceguera se debe al hecho de que el ritmo vital de los cuadros vivos, su tiempo interno si lo prefieren, no coincide con el del mundo real por ser, según los casos, más rápido o más lento que este último. Dicho con otras palabras, existe un desfase cronológico que hace que los sentidos de los humanos, y en especial la vista, sean incapaces de percibir realidades que no están sincronizadas temporalmente con las de su propio mundo. Ésta es una limitación sensorial que a los *cuadrícolas* no nos afecta pero a ustedes sí, razón por la que aunque nos pueden ver, siempre nos aprecian como figuras inmóviles, algo que no somos en absoluto.

Porque, vuelvo a insistir en ello, existimos, y de hecho somos inmortales mientras nuestro universo, el cuadro que nos cobija, perdure. Por desgracia esto no ocurre siempre ya que, como es sabido, por diversas circunstancias muchos de nuestros hogares han acabado desapareciendo de forma irreversible a lo largo del tiempo -de su tiempo-, algo que para nosotros es una verdadera catástrofe ya que nos obliga a emigrar a otro cuadro que nos acoja, en el cual deberemos llevar desde ese momento una vida clandestina ya que los humanos no deben vernos en nuestro nuevo estado ni siquiera en forma de figuras inmóviles. Claro está que peor alternativa es la de desaparecer para siempre con el cuadro, como les ha ocurrido a algunos de nuestros desgraciados congéneres que no tuvieron tiempo de dar el salto.

Pero temo que me estoy adelantando. Primero tendré que explicarles como son nuestros mundos. En primer lugar, he de advertirles algo que pudiera parecer una paradoja: como fruto que somos de la imaginación de los humanos, es inevitable que nos parezcamos a ustedes; pero no somos como ustedes. Bueno, algunos sí, por supuesto; la historia de la pintura está llena de retratos y de escenas tomadas del natural en las que aparecen representadas figuras humanas. Pero en otras ocasiones los artistas dejaron volar su fantasía imaginando personajes de lo más variopinto y extraño, en especial desde que surgieron las vanguardias a finales del siglo XIX aunque, como es sabido, la tradición de representar seres fantásticos se remonta como poco hasta la Edad Media, con sus diablos y seres -para la época- espantosos. Pero por muy... pintoresco que pudiera resultar nuestro aspecto, todos nosotros sin la menor excepción hemos surgido siempre de la mente de uno de ustedes, quede esto claro.

Y ahora es cuando llega ya el turno de presentarme. Tengo la suerte de vivir en un cuadro sumamente famoso, el tríptico de *El Jardín de las Delicias* que pintara el Bosco y que se conserva, como es sabido, en el Museo del Prado. Estoy seguro de que todos ustedes lo habrán contemplado alguna vez, bien al natural bien en una reproducción fotográfica, razón por la que habrán tenido oportunidad de verme también a mí. Si se fijan en la tabla de la derecha, aquella que representa los mundos infernales, descubrirán a un lado una pequeña figura que... bueno, la verdad es que esto tampoco importa demasiado, amén de que mi apariencia resulta ser bastante, digamos, peculiar.

Antes de seguir adelante, quiero hacer hincapié en algo que probablemente les chocará: el mundo interior de un cuadro no se limita ni mucho menos a la superficie que ustedes pueden ver. Para empezar es tridimensional, y no plano. No, no me estoy refiriendo a la perspectiva aplicada por el autor, que proporciona una sensación de profundidad, sino a una verdadera tridimensionalidad idéntica a la suya; que no sean capaces de percibirla, no quiere decir que no exista.

Así, esa casa que ven en un cuadro y que para ustedes es tan sólo una mera fachada pintada sobre el lienzo, es en nuestro mundo una verdadera vivienda con todas sus estancias perfectamente habitables y amuebladas. O por poner un ejemplo conocido, detrás de la puerta entreabierta que se vislumbra al fondo de *Las meninas* se extienden las dependencias del palacio, al tiempo que fuera de su plano, pero frente a Velázquez, se encuentran posando realmente los monarcas españoles. De la misma manera, nuestro mundo puede extenderse también más allá de los límites del marco, no se vayan a creer que el río que aparece en una esquina nace precisamente allí, o que más allá de lo que ustedes ven se extiende tan sólo la tenebrosidad del vacío... en realidad, la superficie de un cuadro podría ser considerada algo así como una ventana por la que ustedes se pueden asomar a nuestro mundo sin apreciar de él más que una visión parcial e incompleta.

¿Hasta dónde se extienden los límites de nuestros cuadros? Eso depende mucho de nuestros creadores, ya que estos mundos particulares existen hasta allá donde ellos imaginaron que debían abarcar, con independencia de lo que finalmente plasmaran en el lienzo. Y no hay reglas, no puede haberlas. Mientras que una miniatura bien puede ser tan sólo el mínimo reflejo de un vasto mundo, un gran bodegón puede no existir más allá de las paredes que lo limitan.

Yo no me quejo, ni mucho menos. Aparte de que mi mundo-cuadro es con todo merecimiento uno de los más famosos de toda la historia del arte, la imaginación delirante de mi creador le proveyó de una profundidad y una riqueza infinitamente superiores a las que ustedes aprecian en el mismo, y eso de que ya de por sí es considerable. De hecho, mis compañeros y yo somos considerados por el resto de mis congéneres como unos auténticos privilegiados.

Pero entre todos los de mi especie, a diferencia de ustedes, nunca ha habido envidias ni vanidades, en parte porque cada cual asume su destino, y en parte también porque no estamos aislados en el mundo-cuadro que el destino tuvo a bien otorgarnos. ¿Recuerdan cuando les dije que los habitantes de un cuadro destruido podían refugiarse en otro? Ahora se lo voy a explicar. Nuestros pequeños -o no tan pequeños- mundos no están aislados, ya que entre ellos se extiende una tupida red de túneles -llamémosles así a falta de un calificativo mejor- que los interconectan, permitiéndonos el paso de unos a otros.

La red de túneles es tan extensa como intrincada, y su distribución sumamente caprichosa; mientras algunos cuadros cuentan con infinidad de ellos otros, por el contrario, apenas si tienen alguno, no faltando incluso quienes -por fortuna muy pocos- carecen de ellos, lo que les condena a un aislamiento absoluto.

Ninguno de nosotros conoce ni el origen de estos túneles ni las razones que determinaron su peculiar trazado, aunque es opinión generalizada que podrían deberse a las influencias mutuas entre los distintos pintores, o bien a sus herencias artísticas. Algo de cierto debe de haber en ello, ya que el hecho de que cuadros de maestros como Velázquez o Goya estén entre los que cuentan con una urdimbre mayor de túneles parece refrendar esta teoría.

La existencia de los túneles nos permite viajar con comodidad de unos cuadros a otros, aunque puede ocurrir que la ruta a seguir para llegar a un cuadro determinado sea larga y tortuosa, a veces incluso demasiado larga y tortuosa. Por ello, aunque a la mayoría de nosotros nos agrada hacer turismo, en ocasiones hay lugares a los que no nos es posible acceder debido a su lejanía; tal como he explicado, tenemos la obligación de permanecer en nuestro lugar el tiempo necesario para que ustedes no lleguen a percibir nuestra ausencia. Aunque esto nos deja bastante libres, también nos condiciona al impedirnos llegar más allá de determinada distancia.

Algunos de mis camaradas aprovechan circunstancias especiales tales como los traslados de los cuadros en los que habitan o, todavía mejor, su estancia más o menos larga en los almacenes del museo que los cobija, pero por desgracia esto es algo que a mí me está vedado ya que al ser *El Jardín de las Delicias* una de las joyas del Prado jamás sale fuera de sus muros ni por supuesto se retira de la sala en la que se exhibe, salvo en caso de restauración que, como cabe suponer, es justo el momento menos adecuado para nuestras incursiones. Existe, incluso, la leyenda apócrifa que afirma que uno de los alabarderos de *La rendición de Breda*, aprovechando su escasa relevancia en la composición del cuadro, se escabulló durante una temporada antes de ser descubierto por casualidad, pero esto es algo que me resulta bastante difícil de creer, puesto que los castigos impuestos por abandono de tu lugar son tan severos que nadie en su sano juicio osaría arriesgarse a ello.

En mi caso particular tengo la suerte de que mi cuadro está interconectado con otros muchos, lo que me facilita mucho mis desplazamientos incluso a ámbitos tan alejados de la pintura clásica como son los cuadros surrealistas de principios del siglo XX -en los que por cierto me encuentro como pez en el agua-, por poner tan sólo un ejemplo; claro está que mi creador fue excepcional por muchos motivos. No obstante mis gustos personales son bastante eclécticos, aunque como cabe suponer siento predilección por algunas tendencias determinadas tales como el romanticismo, el simbolismo o el surrealismo... aparte, claro está, de los grandes clásicos, aunque con excepciones; en una ocasión me introduje en una de las *Pinturas negras* de Goya y salí de allí realmente espantado.

Lo que no me gusta nada, lo reconozco, son los vanguardismos casi de cualquier pelaje, y que me perdonen maestros de la talla de Picasso -el cubista, claro-, Klint o Miró, ya que no puedo evitar sentirme desconcertado ante -o, mejor dicho, *dentro de*- sus obras. Peor aún es lo que me ocurrió cuando decidí entrar en un cuadro de Mondrian; me perdí en su interior y salí de allí casi mareado.

Huelga decir que lo que se entiende como “*arte contemporáneo*”, salvo honrosas excepciones, me motiva todavía menos, amén de que la mayor parte de esos cuadros son obras muertas sin el menor atisbo de vida. En cualquier caso, ¿qué se me ha perdido a mí entre esos chafarrinones extraños y gélidos en los que me siento completamente perdido? Y eso que, como los *cuadrículas* tan sólo nos podemos mover por el interior de las obras pictóricas -cada una de las distintas artes plásticas, como la escultura o la fotografía, tienen sus propias redes aisladas por completo de las nuestras-, queramos o no estamos a salvo de todas esas cosas tan extrañas que se han puesto de moda en los últimos años, tales como “*happenings*”, “*performances*”, “*instalaciones*”, apologías de la casquería más repulsiva o tomaduras de pelo varias, si es que todas ellas no lo son. Así pues, mejor olvidarlas.

Supongo que a estas alturas todos ustedes se estarán preguntando por qué demonios les estoy contando todo esto, y si es que acaso pretendo violar el celoso secreto que ha amparado durante siglos nuestra existencia... pues no, pueden estar tranquilos. Lo que

ocurre, es que yo tengo una vocación literaria, algo insólito por estos pagos en los que prácticamente nadie escribe -excepto, claro está, los retratos de escritores y poco más- y tampoco casi nadie lee. En consecuencia, escribiera lo que escribiera mis congéneres no me iban a leer, y por supuesto ustedes tampoco; ¡si ni tan siquiera son capaces de percibir mi existencia real!

Así pues, me encontraba frente a un callejón aparentemente sin salida, al resultar inútil pergeñar una novela, un libro de poesías o un ensayo científico o filosófico, pongo por ejemplo, si nadie iba a acabar leyéndolo; y los autores, permítaseme esta pequeña presunción, somos vanidosos por naturaleza y nos gusta por ello que nuestra obra pueda ser admirada. Por ello, y tras devanarme los sesos buscando una posible solución, decidí probar suerte con esto que están ustedes leyendo ahora, una descripción de mi mundo -o de mis mundos- por entender que esto quizá sí podría interesarles, quizá al considerarlo como una muestra de ese género que ustedes llaman fantasía. Además, así salvaguardo el secreto de nuestra existencia, ya que sin duda tenderán a considerarlo como un simple fruto de la imaginación desbocada de su autor, es decir, la mía.

Eso sí, todavía me quedaba algo importante por resolver, la manera de lograr que mi mensaje pudiera llegar hasta su mundo exterior, algo nada fácil por cierto. Mi primer plan, sencillo en su concepción, consistía en aprovechar una de esas descaradas tomaduras de pelo que algunos presuntos artistas denominan “*performances*”, que aunque uno tenga ya varios siglos a sus espaldas me gusta estar al corriente de los avances de hoy en día. En concreto, centré mi atención en esas que consisten en montajes con pantallas de televisión, pensando en reemplazar el vídeo original por mi texto; estoy seguro de que habrían tardado bastante tiempo en darse cuenta del cambiazo, a juzgar por anécdotas tales como la de ese museo de arte contemporáneo -obviaré su nombre- en el que un “*cuadro*” fue colgado boca abajo sin que nadie, excepto el propio “*autor*” se diera cuenta de ello. Por desgracia, pronto hube de desestimarlos ya que, tal como les he comentado, nuestro universo pictórico es un ámbito cerrado sin la menor interconexión con cualquier otro, razón por la que me hubiera resultado de todo punto imposible llegar hasta allí.

La única opción que me quedaba era, pues, la de recurrir a un cuadro... pero, ¿a cuál? Por lo general, convendrán ustedes en ello, la pintura y la literatura no han solido hacer demasiado buen maridaje, máxime teniendo en cuenta que mi texto era relativamente largo, nada de un rotulito del tipo del famoso “*Esto no es una pipa*” de Magritte que hubiera podido colgar en cualquier sitio. Y desde luego, tenía que contar también con la limitación de no poder incluir ningún tipo de modificación en un cuadro conocido, fotografiado o catalogado, puesto que entonces se estaría violando la prohibición de realizar cambios susceptibles de ser detectados por ustedes.

Por fortuna, se me ocurrió que, de existir algún camino viable para mis pretensiones, éste debería buscarse en el campo del dadaísmo, ese pintoresco movimiento artístico de

principios del siglo XX caracterizado por su anarquía radical y su feroz rechazo a todo atisbo de academicismo o tradicionalismo... si era capaz de encontrar algo, tendría que ser precisamente en ese cajón de sastre.

Y lo hallé, a costa de descender -literalmente- hasta las mismas catacumbas de la pintura; pues si algo hay casi tan triste como la pérdida de un cuadro, es su abandono más absoluto. Después de husmear por aquí y por allá, supe de la existencia de un pintor dadaísta francés especializado en realizar grandes lienzos en los que se limitaba a reproducir, con cuidada caligrafía, largos textos de sus amigos escritores, o en ocasiones suyos propios, técnica que él denominaba “*poesía pictórica*”.

Discúlpeme si no les digo su nombre; aparte de que no le conocerían, puesto que está sumido en el más absoluto de los olvidos incluso para los propios estudiosos, correría el riesgo de violar nuestra sacrosanta ley fundamental que tantas veces he invocado. Lo que sí puedo decirles, es que este artista, cuya obra pasó completamente desapercibida en su época, murió a los 25 años de edad en la más absoluta indigencia, al parecer con la cabeza perturbada a causa de sus excesos con la absenta, se ignora si por enfermedad, desnutrición o suicidio, sin lograr vender en su corta vida ni tan siquiera uno solo de sus lienzos y sin que, a diferencia de otros artistas de fama póstuma como Van Gogh, la fortuna le sonriera ni siquiera después de muerto.

Según logré averiguar, la obra de nuestro pintor fue malvendida por su casero a un ropavejero que a su vez la revendió, años después, a un oscuro museo parisino, a cuyos sótanos fue a parar sin ser siquiera desembalada... y así continúa hoy en día, pues el conservador del museo que la inventarió se limitó a reseñar en los libros de registro que se trataba de “*treinta y siete cuadros de monsieur X en los que se reproducen textos literarios de diversa procedencia, ninguno de especial interés*”, sin precisar en ningún momento la naturaleza de los mismos. Y puesto que este conservador, que fue el último en contemplarlos, lleva ya muchos años muerto, resultaba posible cambiar uno de los textos originales -bastante malo, por cierto- por el mío propio sin violar en absoluto la prohibición de alterar obras conocidas, ya que ni existe la menor reseña de estos textos -tampoco los cuadros llegaron a ser fotografiados-, ni tampoco queda ya nadie vivo que pudiera aperebirse de mi mixtificación. Cierto es que mi estilo literario se parece muy poco a lo que cabría esperar en un texto dadá, pero cierto es también que si algo tenían en común estos artistas, era precisamente su absoluta disparidad estilística.

Y lo hice. Tuve que recorrer un largo y complicado camino hasta alcanzar mi meta, aparte de obtener con anterioridad la autorización del Gran Consejo Rector para llevar adelante mi travesura, pero finalmente pude lograr mi objetivo reemplazando con mi relato el texto original de uno de esos cuadros, de extensión parecida a la del mío.

Ahora tan sólo me queda esperar a que un golpe de suerte permita rescatar del olvido a esos cuadros que desde hace casi cien años dormitan en un polvoriento almacén al estilo de

la melancólica arpa de Bécquer, puesto que de no ocurrir así mis esfuerzos no habrían valido de nada. Pero si ustedes llegar a leer esto, será señal de que lo he conseguido.

SIMÓN Y LA SIRENA

Simón el pescador, probablemente por vez primera en su vida, era al fin feliz. Durante muchos años de duro trabajo y magras ganancias, que le daban apenas para sobrevivir, nunca había tenido a su lado una compañía femenina que le ayudara a sobrellevar las penurias de su arriesgada labor, siempre al arbitrio de que una tempestad o una mala ola dieran con sus huesos en el fondo del traicionero mar. Cierto era que su aspecto físico, tosco y nada atractivo, unido a su hosco y desabrido carácter, le ayudaban poco, pero en realidad él no se sentía muy diferente a la mayoría de los hombres del pequeño pueblo marinero en el que residía, amén de que la población femenina del mismo tampoco se podía decir que fuera un dechado de refinamiento y sofisticación... lo que no impedía que, a sus cuarenta y tantos años cumplidos, Simón fuera uno de los pocos de su edad que todavía permanecían solteros.

Pero ahora las cosas habían cambiado... no en su trabajo, que seguía siendo el mismo de siempre, ni tampoco en lo que atañía a las relaciones sociales -más bien escasas, todo hay que decirlo- con sus vecinos de ambos sexos. De manera inesperada Simón había conocido a una mujer, y lo maravilloso era que ésta, aparentemente, le correspondía. No era una lugareña, sino una forastera con la que había trabado un encuentro casual en una escondida y poco frecuentada cala cuando buscaba refugio ante un inminente temporal que le había sorprendido con la barca demasiado alejada del puerto como para intentar volver allí antes de que se desatase la tormenta... pero eso no era algo que le preocupara demasiado, al fin y al cabo sus espaldas eran anchas y sus prejuicios mínimos a esas alturas de la vida.

Sin embargo existía un problema, y no precisamente banal. Ella -en realidad Simón nunca llegó a conocer su nombre, puesto que al parecer era muda o, cuanto menos, no articulaba palabra alguna- no era una mujer normal, entendiendo como tal alguien con cabeza, brazos, piernas y el resto de los órganos habituales. Bueno, cabeza y brazos sí tenía, pero piernas no... porque ella era una sirena. Una cariñosa y espectacular sirena, bella como una puesta de sol en altamar.

Sus ojos verde esmeralda; su larga cabellera de ébano; su cutis perfecto, blanco como la nieve de las lejanas montañas; sus pechos embriagadores; sus mórbidos brazos; sus suaves y acariciantes manos... y ahí se acababan por desgracia las comparaciones, puesto que de cintura para abajo no podía decirse que su aspecto agradara demasiado a Simón, máxime cuando la grácil cola le recordaba desagradablemente a los pescados con los que él se ganaba el sustento.

No obstante, Simón se entusiasmó con su sirena. Aunque sus conocimientos de mitología clásica eran nulos, pronto pudo constatar que lo que se decía en ella acerca de la

extremada afectuosidad de estos seres fantásticos era rigurosamente cierto; así, por vez primera en su vida, Simón amó y se sintió profundamente amado, sin necesidad de palabras que, por otro lado, hubieran resultado inútiles.

No tardarían sus convecinos en detectar un cambio radical en sus hábitos; al fin y al cabo el pueblo era pequeño, se conocían todos y los chismes constituían una de las principales distracciones del lugar. Sin embargo Simón se cuidó muy mucho de soltar prenda, temeroso de que se fueran a burlar de él o, todavía peor, de que le arrebataran su tesoro. Su repentina taciturnidad y su ausencia de los caladeros habituales -siempre que podía se escabullía a la cala que constituía el refugio secreto de su amada-, así como la cada vez más escasa cantidad de pescado que llevaba a la lonja, no tuvieron por menos que llamar poderosamente la atención a todos los que le rodeaban, y su tajante negativa a dar cualquier tipo de explicaciones no hizo sino excitar aún más la curiosidad de los lugareños.

De hecho, incluso se llegarían a organizar turnos de vigilancia para descubrir el paradero de sus correrías, aunque con resultados infructuosos; Simón era uno de los mejores marineros de toda la comarca y conocía al dedillo hasta el último recoveco de la accidentada costa, por lo que no le resultaba difícil dar esquinazo a sus chasqueados perseguidores.

Pese a todo, no acababa de estar satisfecho. Sí, ella se mostraba más cariñosa y amante que nunca, pero el amor platónico no se había hecho para alguien con los pies en la tierra -o en la barca- como Simón, cuyos instintos más primarios le estaban pidiendo a gritos... eso. Si no podía satisfacer sus apetitos carnales, y las diferencias fisiológicas fundamentales existentes entre ambos se lo impedían, tal como había tenido ocasión de comprobar, ¿para qué le servía tener una mujer? Claro está que siempre podría recurrir a las profesionales tal como había hecho hasta entonces, pero incluso para su rudimentario concepto de la moral esto resultaba ahora, cuanto menos, inconveniente. No, no quería traicionarla, por más que ella no pudiera atender sus deseos.

La solución llegó de nuevo de forma inesperada, de manos de un extraño personaje que se dejó caer por el pueblo un día de finales de invierno en el que el temporal había obligado a dejar las barcas amarradas en el puerto. Simón, como el resto de los pescadores, mataba las horas en la taberna del pueblo, pero a diferencia de éstos se mantenía apartado en un rincón rumiando su malhumor. El mal tiempo le había impedido visitar a su amada, y todo parecía indicar que la situación se mantendría así al menos durante varios días más.

El repentino silencio, que cortó el runrún de las conversaciones como si se tratara de un afilado cuchillo, le sacó de su ensimismamiento. El responsable de la interrupción era un forastero que, ataviado con unos extraños atavíos completamente empapados por la lluvia, acababa de irrumpir en el atestado recinto. Seguido por las miradas de todos los allí presentes, incluida la del propio Simón, se sacudió como pudo el agua junto a la puerta, se

dirigió hacia el mostrador y allí pidió al atónito tabernero un vaso de vino y algo caliente para comer.

Quiso la casualidad, o más bien el hecho de que el rincón de Simón era el único lugar de la taberna razonablemente despejado, que el visitante se sentara justo al lado de éste para devorar su pitanza con una voracidad que pregonaba el tiempo que el desdichado debía de llevar sin probar bocado. Simón era hombre de pocas palabras y más con desconocidos, por lo cual habría de ser el forastero quien intentara romper el hielo con la inevitable conversación acerca de lo desapacible del tiempo, sin encontrar más respuesta por parte del mohíno pescador que una serie de guturales interjecciones difíciles de interpretar como señas de asentimiento o disentimiento. Habría de ser Tomás, el más locuaz -y cotilla- de todos los allí presentes quien finalmente se dirigiera a éste dándole la bienvenida en nombre del pueblo.

-Disculpa a Simón, a éste no le sacarás una palabra así le estés azuzando con hierros al rojo; pero no todos somos aquí tan huraños como él. -saludó con desparpajo- ¿Qué te trae por aquí, con la que está cayendo? ¿Eres pescador? ¿Buhonero? ¿Estás de paso? -esto último era difícil, puesto que al pueblo había que ir ex profeso por un arriscado camino de más de una legua de largo.

El desconocido terminó el bocado y, tras limpiarse pulcramente boca y manos con un pañuelo, respondió:

-No soy nada de lo que me has preguntado, y en cuanto a si estoy de paso he de responderte que todavía no lo sé; mi vida es errante, y es el destino quien determina el tiempo que haya de permanecer en cada lugar.

Con lo cual dejó a Tomás y al resto de los contertulios si cabe más intrigados que antes. No obstante, siguió explicándose hasta que hubo satisfecho la insaciable curiosidad de sus anfitriones.

Se llamaba Astar, nombre que, según dijo más tarde el cura del pueblo, no aparecía por ningún lugar en el santoral cristiano, y era una especie de sabio errante que vagaba sin rumbo de un lado a otro, ganándose la vida a cambio de ayudar a sus semejantes. No, no era un brujo, se apresuró a rebatir a uno de los lugareños, y contaba -aunque no llegó a mostrar- con certificados eclesiásticos que garantizaban que sus artes ni eran malignas, ni estaban reñidas con los mandatos de la Santa Madre Iglesia. Tampoco era un mago, al menos tal como lo entendían en el país, sino simplemente un hombre dotado de ciertos conocimientos que podrían serles útiles. De momento lo único que deseaba era descansar y guarecerse de la tormenta, que le había sorprendido justo en la bifurcación que conducía al pueblo cuando caminaba por la carretera en dirección a la ciudad; puesto que el pueblo era el lugar habitado más cercano, hacia allí se había encaminado buscando refugio. Su intención era reanudar el camino en cuanto las condiciones meteorológicas lo permitieran,

pero si mientras tanto pudiera serles de alguna ayuda, podrían contar con su concurso sin más pago por ello que la más estricta voluntad.

No, no podía curar el mal de ojo, ni hacer que la mujer de Sancho quedara de una vez preñada; ni tan siquiera era capaz de realizar un sortilegio para conseguir que los peces llenaran las redes. Ya les había dicho que no era ni brujo ni mago. Pero sí podría ayudarles reparando maquinaria que tuvieran rota, enseñarles a purificar pozos de aguas corrompidas, o a mejorar el diseño de sus barcas. También entendía algo de enfermedades y remedios, y aunque no era médico se ofrecía para intentar curarles las afecciones más comunes.

Decepcionados, los parroquianos comenzaron a reanudar poco a poco sus actividades anteriores, desentendiéndose del forastero ya que en realidad era diversión lo único que buscaban, algo que evidentemente éste no les iba a proporcionar. Incluso Tomás acabó por darle la espalda, dejándole como único anfitrión al silencioso Simón, que no había despegado los labios durante toda la perorata.

Astar se sentía molesto, y no se preocupaba demasiado en disimularlo. Él había contado con compensar la caminata, la caladura y el retraso, con algún dinero que hubiera podido ganar en el pueblo antes de continuar con su camino, pero todo parecía indicar que a esos míseros aldeanos no les iba a poder arrancar ni las chinchas que a buen seguro infestaban sus ropas. Desabrido, increpó a su mudo vecino de mesa:

-Y tú, Radamante, ¿tampoco tienes ningún encargo que hacerme?

-Me llamo Simón. -habló el interpelado por vez primera, ignorante de la metáfora mitológica con la que le había interpelado el desconocido- Y no, no tengo ninguna tarea que encomendarte; mi barca navega bien, mis redes están bien tejidas y mi casa es confortable y seca.

-¿Estás seguro?

Si de algo se preciaba Astar era de saber leer a la gente, y para él era evidente que Simón tenía problemas. Quizá consiguiera, pese a todo, sacarle algunas monedas con las que pagar siquiera la comida y el alojamiento en ese infecto poblacho.

-Seguro. -gruñó el lugareño.

Pero no había conseguido engañar al perspicaz viajero; antes bien, ahora éste estaba seguro de que a Simón le corroía algo, y estaba dispuesto a sonsacárselo.

-Escucha, amigo, desde que entré aquí me llamaste la atención; te veo muy abatido, y eso no es bueno. Te ofrezco mi ayuda.

-No la necesito.

-¿Por qué no tomas un trago? Llevas un largo rato con ese vaso vacío en la mano. Aquí tengo una jarra de vino fresco, déjame que te eche un poco...

Simón le dejó. En realidad su mente se hallaba muy lejos de allí; vagaba por su cala secreta, que ahora imaginaba barrida por el temporal, buscando desesperadamente el refugio de su sirena. Nunca había llegado a saber donde se recogía ésta cuando él se marchaba, pero suponía que pudiera ser algún tipo de gruta submarina, que a su roma imaginación se mostraba como lo más parecido a la cueva del tesoro con la que fantaseaban los niños de la aldea. Incluso pudiera ser que estuviera repleta de cofres rebosantes de oro y joyas fruto de las rapiñas de legendarios piratas... pero ahora lo único que le inquietaba era el temor de que, tras la tempestad, su amada hubiera podido desaparecer para siempre.

-¡Vaya, parece que de momento ha escampado! -exclamó el ladino Astar tras atisbar por la sucia ventana- ¿Qué te parece si salimos a tomar un poco el fresco? Aquí el ambiente está muy cargado.

Y tras pagar el importe de su consumición y apalabrar un lecho con el tabernero, salió a la calle arrastrando tras de sí al silencioso pescador.

Poco después estaba al corriente de su drama; Simón, que tan obstinadamente había preservado hasta entonces su secreto, acabó confiándosele con toda ingenuidad a un extraño al que ni tan siquiera había visto en su vida hasta unas pocas horas antes.

-No cabe duda de que tu problema es peliagudo, mi buen amigo... -le doró la píldora- Ha sido providencial que te encontraras conmigo, ya que probablemente yo sea el único que pueda ayudarte.

-¿Hablas en serio? -Simón había conseguido salir, por vez primera, de su profundo sopor- ¿Tú lo harías?

-Vuelvo a repetir que tan sólo soy un simple mortal con algunas habilidades, no puedes esperar de mí nada sobrenatural; pero la ciencia es poderosa si se sabe utilizar bien.

-Yo lo que quiero es que ella deje de ser mitad mujer, mitad pez... tal como es ahora, nuestra relación resulta imposible -gimió el desventurado pescador.

-Lo entiendo, amigo, lo entiendo; y aunque se trata de algo sumamente difícil, quizá podamos conseguirlo. Recuerdo hace muchos años, en el remoto país de...

-¡Pero yo no quiero nada que tenga que ver con la brujería o la magia negra! -exclamó el supersticioso Simón persignándose nerviosamente- Soy un buen cristiano, siempre lo he sido, y no condenaré mi alma practicando artes diabólicas.

-Tranquilo, Simón; ya dije en la taberna que yo no era ni un brujo ni un mago... aunque has de saber que domino ciertos conocimientos, por supuesto en nada contradictorios con la doctrina sagrada, que nos fueron transmitidos por los antiguos egipcios; se trata de saberes perdidos que sólo algunos afortunados tenemos el privilegio de conocer hoy.

A Simón, que eso de los egipcios le sonaba a la historia de Moisés, la afirmación le tranquilizó más bien poco al recordarle las diez plagas y el cruce a pie del Mar Rojo. Viéndole titubear Astar echó mano teatralmente de su faltriquera, extrayendo de ella un manojo de pergaminos.

-Antes dije en la taberna que contaba con autorización eclesiástica para realizar mi trabajo, pero no llegué a enseñar los documentos. Aquí los tienes -añadió alargándoselos.

Puesto que Simón no sabía leer tanto le hubiera dado que, en vez de los documentos prometidos se hubiera tratado de una novela cabaleresca de las que tan en boga estaban en las ciudades, o bien de una simple relación de gastos e ingresos; pero ante las promesas de su interlocutor, dio por buena la afirmación de éste.

-Está bien. -concedió al cabo- ¿Tú podrías convertirla en...?

-En lo que fue antes. -le interrumpió- Todo parece indicar que tu sirena es víctima del hechizo de algún mago maléfico; por fortuna yo dispongo del antídoto para el sortilegio que la tiene encadenada. No, no te alarmes; luchar contra la brujería no tiene nada de infernal; al igual que ocurre con los exorcistas que expulsan al demonio del cuerpo de los endemoniados, mis artes son benéficas. Además, -continuó- ¿qué mayor satisfacción para Dios que ver cómo arrancamos a esa pobre criatura de las garras de Satanás?

-Entonces...

-Es fácil. -musitó al tiempo que hurgaba en su al parecer insondable faltriquera- Aquí está el antídoto. -añadió, al tiempo que le mostraba un pequeño frasquito en cuyo interior se apreciaba un líquido ambarino- Es una destilación secreta de más de cien plantas medicinales, realizada por los monjes del venerable monasterio de San Odilón, y además ha sido bendecida por dos obispos, un cardenal y un patriarca, y pasada sobre las reliquias de siete mártires, cuatro vírgenes, dos padres de la Iglesia y un Papa. Como comprenderás, con tamaños avales te puedo garantizar que su efectividad será absoluta.

-A ver... -graznó Simón intentando arrebatárselo.

-¡Espera! -le interrumpió Astar, al tiempo que protegía la redoma contra su pecho- ¡No pensarás que vaya a ser necesario todo! Bastará con una gota, el resto lo necesito para futuras ayudas a otros posibles necesitados. Lo que tenemos que hacer es buscar una botella vacía, llenarla con agua pura de manantial y verter en ella una gota del elixir. Eso será

suficiente. Ah, bueno, y si tienes la voluntad de contribuir a la manutención de este humilde siervo de Dios, podré seguir sembrando el bien por el mundo.

-No tengo demasiado dinero... -se lamentó el pescador- los tiempos son malos, y los peces escasean. Tan sólo cuento con esta moneda de oro, que guardaba para comprar en la próxima feria de la ciudad unos aparejos nuevos para la barca.

-¡Es suficiente! -exclamó Astar al tiempo que se apoderaba ávidamente de la dorada pieza, que desapareció enterrada en las profundidades de su vestimenta- Ahora vamos a ver si encontramos la botella. En cuanto al agua, nos servirá la de la fuente de la plaza.

Hubo que esperar a que el mar se calmara, pero finalmente el impaciente Simón pudo embarcarse con su tesoro líquido cuidadosamente protegido entre paja, encaminándose con toda la rapidez posible al refugio de su sirena sin preocuparse en esta ocasión de que alguien le pudiera espiar. De todos modos, la mayor parte del pueblo estaba pendiente de Astar, que había prometido inspeccionar las barcas y sugerir, en su caso, posibles mejoras para las mismas, siempre a cambio de tan sólo “*la voluntad*”. Así pues, el enamorado marino pudo contar con la tranquilidad que dio el incógnito.

Aunque en un principio había llegado a temer que el sabio, mago o lo que fuese, manifestara su deseo de acompañarlo, respiró aliviado al descubrir que éste prefería permanecer en tierra atendiendo a sus asuntos. Eso sí, le había prometido que si algo no marchaba como era debido -al fin y al cabo era tan sólo un humilde mortal, etcétera, etcétera-, a su vuelta a puerto buscaría los medios para solucionarlo, con lo cual Simón pudo marchar tranquilo.

Con el corazón en un puño Simón arribó a la rada, atisbando con inquietud la piedra plana que a modo de espigón sobresalía sobre las aguas, lugar habitual de descanso de ella; temía con toda su alma que, ahora que se encontraba tan cerca de ver hechos realidad sus anhelos, ésta hubiera podido abandonarlo tras varios días sin tener noticias suyas.

Pero no, ella se encontraba reclinada allí, bajo las caricias del suave sol invernal, y nada más verle le saludó con una sonrisa pintada en su angelical rostro. Todo parecía marchar bien... por el momento.

Pasadas las efusiones iniciales, Simón sacó la botella y, por gestos, le invitó a beber el líquido que contenía en su interior. Ella en un principio mostró sorpresa y luego extrañeza, para terminar rehusando con un coqueto mohín. No deseaba beber, eso era evidente.

Simón insistió, e incluso fingió hacerlo él también, poniendo mucho cuidado en no tragar ni una sola gota de la mágica poción, no fuera a ser que ésta le provocara algún efecto indeseado; pero ella se seguía resistiendo.

Haciendo acopio de paciencia el pescador redobló sus caricias, a las cuales la muchacha pez respondía con agrado. Finalmente, y viéndose casi obligado a forzarla, consiguió hacerle ingerir una pequeña cantidad de líquido antes de que ella apartara la boca con violencia; habría que ver si había sido suficiente o si, por el contrario, resultaría preciso insistir, aun a sabiendas de que debería hacerlo en contra de su voluntad.

No fue necesario. A los pocos segundos ella comenzó a toser, al tiempo que su cuerpo era sacudido por convulsiones espasmódicas. Aterrado, Simón comenzó a temer que hubiera podido haberla envenenado, lo que le hizo concebir siniestras intenciones hacia quien le había proporcionado el brebaje.

Pero la sirena no mostraba signos de fallecer, aunque la rápida evolución de los acontecimientos parecía presagiar que el elixir sí le estaba haciendo efecto, sin poderse aventurar todavía el alcance de éste. Acurrucada en la piedra y encogida sobre sí misma, la pobre criatura temblaba como una azogada, mientras los espantados ojos de Simón se mantenían fijos en la metamorfosis que comenzaba a afectarla... aunque no en el sentido que el pescador hubiera esperado.

La magnífica cabellera comenzó a encanecer y a caérsele a puñados, convertida en una masa de algo parecido a estopa. La cara, crispada y con los ojos cerrados, se oscurecía por momentos. Los pechos, convertidos en dos bolsas flácidas, pendían como guñapos. Los brazos, que al fin habían dejado de temblar, se consumieron hasta convertirse en dos secas y sarmentosas ramas que acabaron desprendiéndose de los hombros. Y la piel, antaño nacarina, se apergaminaba y agrietaba cayéndose a pedazos.

Todas estas transformaciones tenían lugar en la parte humana, es decir, de cintura para arriba, puesto que su cola de pez no parecía verse afectada. Pronto descubriría Simón, con asombro, que Astar no le había mentado y la sirena, libre al fin del encantamiento, estaba recobrando efectivamente su aspecto original... de pez, puesto que en un pez era en lo que estaba convirtiéndose.

Concluida la metamorfosis, el pescador se encontró con que ante él ya no se encontraba la muchacha a la que amara, sino un enorme pez parecido a un atún que con enérgicas sacudidas de su cuerpo lograba desembarazarse de los últimos restos de su anterior envoltura semihumana. La criatura, tras mirarle con ojos lastimeros, o cuanto menos eso le pareció a él, golpeó el suelo con su poderosa cola y, aprovechando el impulso adquirido, se zambulló en el agua desapareciendo en el remolino que originó en su caída.

Y eso fue todo. Desolado, Simón volvió a su barca y emprendió el retorno al puerto; el maldito hechicero tendría que responder con su vida por el mal que le había causado, se dijo aferrando entre las crispadas manos el arpón de mayor tamaño de todos los que poseía. Lo mataría, estaba dispuesto a hacerlo aunque fuera a costa de su propia vida.

Sin embargo, no tuvo ocasión de hacerlo. En el pueblo le comunicaron que Astar se había marchado poco después de que él partiera, afirmando que poco podía hacer por mejorar la flota pesquera; y como en el fondo todos estaban deseando perderlo de vista, nadie se había opuesto a su marcha. Huelga decir que jamás le volvieron a ver por allí.

Simón, claro está, no reveló a nadie su fracaso. Jamás volvería a visitar la cala de la sirena, aunque desde entonces cada vez que visita la ciudad, o alguno de los pueblos cercanos, no cesa de preguntar a todo el que se cruza en su camino por el paradero del escurridizo Astar, para el cual sigue teniendo reservado el arpón que siempre lleva consigo.

EL JUEGO DE LA MATRIOSKA

Dios mueve al jugador y éste la pieza.

¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza?

Jorge Luis Borges

A sus treinta años recién cumplidos Andrés Muñoz era un joven que se encontraba razonablemente satisfecho de su vida. Flamante doctor en Ciencias Químicas había logrado una plaza de profesor ayudante en su facultad, y veía con optimismo la posibilidad de acceder a otra de categoría superior tras una espera no demasiado larga.

Y sobre todo estaba Marta... una maravillosa muchacha de la que se encontraba profundamente enamorado y con la que había empezado a hacer ya planes de boda.

Mientras tanto Andrés llevaba una vida tranquila. Oriundo de un pequeño pueblo de la mitad norte peninsular, que ahora sólo visitaba en vacaciones, vivía solo en un pequeño apartamento de la ciudad donde había cursado estudios y donde ahora ejercía su labor docente. Aparte del trabajo, que le gustaba, sus aficiones eran sencillas: la música (clásica, por supuesto), la lectura, su página personal de internet, donde mantenía una sección de divulgación científica que, a decir de sus alumnos, estaba bastante bien, los viajes... todavía recordaba con placer el que Marta y él habían realizado el pasado verano a París, y no pasaba el día en que no se entusiasmara pensando en el próximo que pensaban hacer a Roma aprovechando las ya cercanas vacaciones de Navidad.

Por cierto que tendría que hacer una escapada para ver a sus padres. Éstos ya no vivían tampoco en el pueblo, sino en la capital provincial, situada a unos trescientos kilómetros de distancia... demasiados como para ir todos los fines de semana, lo que en la práctica hacía que los visitara bastante de tarde en tarde.

Y no, desde luego, ese fin de semana. Era viernes, y había quedado para comer con Marta. Luego irían al cine, o quizá a esa exposición que llevaban tanto tiempo con ganar de ver. En cuanto al sábado y el domingo... bien, ya se vería.

Acabadas sus clases, y con ellas su jornada laboral hasta el lunes, Andrés entró en el departamento. Antes de irse quería confirmar la cita con Marta, no fuera a ser que un imprevisto de última hora les forzara a cambiar de planes, y también pretendía echar un último vistazo al correo electrónico antes de irse, dado que no pasaría por casa hasta la noche... y con suerte, ni pasaría.

Hoy no había tenido un buen día. Los chicos, en contra de lo habitual, habían estado muy poco participativos, casi podría decirse que había dado clase a un puñado de estatuas inmóviles y mudas. Pero bueno, se dijo, también para ellos era viernes.

El departamento estaba vacío, cosa extraña puesto que el profesor Cerezo, al que casi le faltaba tan sólo dormir allí, solía quedarse en la facultad hasta horas muy avanzadas, sin que le preocupara demasiado el hecho de que fuera un fin de semana; al parecer eran bastantes los sábados, y hasta los domingos, que se dejaba caer por allí. Aunque, bien, pensado, por la hora que era bien podría estar tomando algún tentempié en la cafetería de la facultad.

Esto le recordó que tenía hambre. Así pues, encendió el ordenador, cargó el correo electrónico y esperó a que éste se descargara. Seguro que habría alguno de Marta, aunque sólo fuera para decirle cuánto le quería...

Pero no lo había, sino tan sólo el habitual rimero de correos basura y algún que otro mensaje sin interés.

Era raro, pero tampoco había motivos para preocuparse. Simplemente no habría tenido tiempo, ella no tenía un trabajo tan relajado como el suyo.

No obstante, y aunque habían concertado en firme el lugar y la hora de la cita, prefirió asegurarse de que todo andaba bien. Así pues, conectó el móvil y la llamó.

Tampoco obtuvo resultado. El teléfono daba la señal de llamada, pero Marta no lo cogía. Colgó dejando el móvil conectado, pensando en que si había algún problema de última hora Marta le llamaría.

Puesto que todavía le sobraba algún tiempo, optó por aprovecharlo echando un vistazo a los periódicos digitales. Pero no pudo; al parecer la red estaba saturada, y no sólo se hartó de esperar a que se abriera la página de su periódico favorito, sino que tampoco pudo cargar ninguna otra de las varias con las que probó. En fin, siempre le quedaba el recurso de darse un paseo en vez de coger el metro.

Eso es lo que hizo. Normalmente lo que le molestaba no era caminar, sino el farrago del tráfico que tan desagradable hacía el paseo. Pero en esa ocasión, y para sorpresa suya, las calles estaban casi vacías de vehículos y asimismo de peatones.

Encogiéndose filosóficamente de hombros, Andrés se encaminó al restaurante donde había quedado citado con Marta, pensando que a nadie le amargaba un dulce... aunque seguía extrañándole que en un viernes hubiera tan poco tráfico.

Además, el aspecto adusto del día no ayudaba. Pese a que la mañana había amanecido soleada y el tiempo anticiclónico aparentaba no tener intención alguna de replegarse en ese

tardío veranillo de finales de septiembre, ahora el cielo se mostraba ominosamente gris. Pero no el que cabría esperar en las nubes de una incipiente tormenta, sino un gris extraño y uniforme que, a modo de una ciclópea plancha de plomo, se cernía sobre su cabeza abarcando la totalidad del horizonte.

Andrés era, no obstante, ajeno a ello, puesto que iba sumido en sus propias reflexiones. En realidad lo que más le preocupaba era el hecho de que Marta no respondiera a sus llamadas; acababa de intentarlo de nuevo con idéntico resultado, y esto era algo extraño puesto que a diferencia de él, que era un desastre con el teléfono móvil y se olvidaba constantemente de encenderlo, ella era mucho más meticulosa.

Bien, pronto saldría de dudas. Había abandonado ya el campus y se internaba en el barrio vecino, repleto de lugares de esparcimiento donde los universitarios acostumbraban a reunirse después de clase para tomar una copa. En uno de ellos, un mesón de precios asequibles y no demasiado masificado, era donde había quedado para comer con Marta, y apenas le faltaban ya un par de manzanas para llegar a él. Al final le había sobrado tiempo, por lo que tendría que esperar tomando una cerveza en la barra.

El mesón se encontraba un tanto escondido en una calle lateral, mucho más tranquila que la arteria principal; ésta era una de las razones por las que se habían aficionado a acudir a él, aparte claro está de las buenas tapas que servían y de que su carta no resultaba demasiado onerosa para sus bolsillos.

Y llegó. Maquinalmente, repitiendo un gesto que le resultaba familiar, asió el picaporte de la puerta de entrada, lo giró empujando la puerta casi sin mirar... y no pudo entrar, puesto que ésta se negó a franquearle el paso.

Eso sí que no se lo esperaba... ¿a que ahora iba a resultar que el mesón estaba cerrado? ¡Y sin poder avisar a Marta! Perplejo, escudriñó en la puerta primero, y en los cristales del escaparate después, buscando algún tipo de explicación, en forma de cartel, que le aclarase los motivos del inesperado cierre. No lo había, pero el establecimiento estaba definitivamente cerrado, ya que ninguna luz se atisbaba a través del escaparate; en realidad no se veía nada en absoluto, puesto que los cristales parecían haberse vuelto opacos... del mismo color gris, pensó con un escalofrío, que ese extraño cielo que se extendía sobre él.

Desconcertado, miró el reloj. Todavía faltaban quince minutos para la hora en la que había quedado con Marta y, aunque ella solía ser puntual, no esperaba que llegara antes de tiempo. Intentó una vez más llamarla por teléfono, pero tampoco en esta ocasión descolgó. Esto empezó a ponerle nervioso; no sabía lo que pasaba, pero intuía de alguna manera que no se encontraba ante algo normal.

Miró hacia un lado y hacia el otro de la calle, completamente desierta, sin saber exactamente qué hacer... podía buscar algún bar cercano en el que matar ese maldito cuarto

de hora, pero tenía miedo de que Marta llegase y no le encontrara en la puerta del cerrado mesón. Podía también salirle al encuentro, ya que conocía el camino que ella seguiría para llegar hasta allí; o podía, por último, dedicarse a pasear arriba y abajo por ese lado de la manzana, como modo de tascar su impaciencia.

Pero no hizo nada de ello, limitándose a aguardar inmóvil frente a la puerta del mesón.

Pasó el tiempo. Llegó la hora en la que habían quedado citados, pero Marta no llegó. A partir de entonces los minutos comenzaron a desgranarse con lentitud, casi diríase que con deliberada renuencia, y Marta seguía sin aparecer. A y cuarto intentó llamarla de nuevo; su teléfono permanecía mudo. A y media estaba ya seriamente preocupado. A menos cuarto se subía literalmente por las paredes. Y cuando llevaba ya acumulada una hora de retraso, comprendió que nada lograría con seguir esperando allí.

Aunque su mente, lógica como cabía esperar en un científico, se negaba a aceptar cualquier tipo de explicación que no tuviera unos sólidos cimientos racionales, en el fondo su alma se encontraba tremendamente alarmada. ¿Qué podía hacer, con Marta sin dar señales de vida y sin responder a sus continuas y desesperadas llamadas telefónicas? Llamó, en un desesperado intento, a su empresa, pero este teléfono también parecía haberse quedado mudo... y el de su casa, aunque no era probable que ella se encontrara allí.

Desesperado, se dirigió hacia el lugar en el que Marta se bajaba del autobús que la traía a la ciudad desde el parque empresarial en el que trabajaba, situado como todos en las afueras... y se encontró con un escenario insólito.

Allí estaban los edificios, las calles, el mobiliario urbano... todo igual que siempre, incluso el andamio que cubría desde hacía meses la fachada del edificio de la esquina entorpeciendo el paso por la acera. Pero semejaba ser el atrezzo abandonado de una obra de teatro una vez terminada la representación y ausentes tanto los actores como el público, ya que su vacío era absoluto. Ni un peatón, ni un vehículo, ni tan siquiera una de las sempiternas palomas se atisbaban en la vasta plaza, normalmente un hormiguero de gente y de coches.

Era evidente que algo no iba bien, como era evidente también que Marta, por la razón que fuese, no aparecería. Así pues, el atribulado Andrés optó por la única solución que le pareció lógica: refugiarse en su casa.

Eso sí, le tocó ir andando. A la ausencia absoluta de autobuses se unió una circunstancia todavía más inquietante: cuando intentó entrar en la estación de metro, se encontró con que la boca de entrada, allá donde terminaban las escaleras de bajada, estaba tapiada... o, mejor dicho, taponada por un recio muro de color gris plomizo en el que no se apreciaba el menor detalle a excepción de su propio color.

Tremendamente asustado, Andrés volvió a la acera y comenzó a andar al paso más rápido del que era capaz, camino de su domicilio. Por fortuna vivía relativamente cerca de allí, a poco más de media hora andando, y en esta ocasión pudo atravesar las calles casi como un fantasma a causa de la ausencia de tráfico. Los semáforos, por cierto, se encontraban apagados al igual que las luces de los escaparates de las tiendas, todos ellos convertidos en una uniforme superficie de color gris.

Huelga decir que la mente analítica de Andrés hacía tiempo que se había rendido en sus intentos por racionalizar la situación en la que se encontraba: sencillamente no podía ser... pero era. Y hasta los desiertos edificios que flanqueaban las calles que atravesaba parecían querer retar también a la realidad temblando convulsivamente durante unos segundos antes de recobrar su pétrea solidez.

Andrés caminaba a paso ligero, casi corriendo, sin volver la vista siquiera un instante atrás. Lo que fuera que estaba ocurriendo le espoleaba cada vez más en dirección a su casa. Aunque no contaba con el menor indicio de que allí pudiera estar más seguro, era el único lugar al que podía ir, dado que las fachadas que rebasaba en su camino, como pudo comprobar en un par de ocasiones, se habían convertido en simples decorados cuyos huecos y ventanas tan sólo mostraban el cada vez más amenazador color gris. Sin poderlo evitar, Andrés se imaginó como el único protagonista de una película de bajo presupuesto, cruzando bajo los falsos edificios levantados en mitad de un gigantesco plató.

Doblaba ya la última esquina cuando una idea le aterrorizó: ¿qué ocurriría si no podía entrar en su casa, convertida en un simulacro más?

Por suerte para él la puerta del portal estaba en su sitio, y ésta se abrió dócilmente cuando introdujo la llave en la cerradura. El interior, al menos en apariencia, estaba igual que siempre. Subió de dos en dos las escaleras desdeñando el ascensor y, tras comprobar con alivio que la puerta de su pequeño apartamento también se abría, penetró en éste, cerrando de un portazo.

Su vivienda presentaba también un aspecto normal... o casi. Al entrar había encendido la luz de forma automática, sin pararse a pensar que era pleno día; pero cuando quiso apagarla se encontró con que la habitación se sumía en tinieblas, ya que la ventana, que daba a un patio de luces, tan sólo mostraba un rectángulo gris.

De nuevo con la luz encendida recorrió el resto del apartamento: el dormitorio -otra ventana incongruentemente cegada-, el diminuto cuarto de baño, la cocina... esas cuatro paredes eran lo único que parecían mantener íntegra la normalidad.

Imbuido por un repentino presentimiento, deshizo sus pasos encaminándose de nuevo a la puerta de entrada, la cual intentó abrir... en vano, puesto que parecía haberse soldado

con el marco. Estaba encerrado, prisionero en lo que ahora era su celda, mientras el mundo exterior parecía haberse desvanecido.

Desesperado encendió la televisión, conectó el ordenador, intentó llamar por teléfono... todo en vano. El mundo parecía haber desaparecido en torno suyo.

Andrés se derrumbó en la cama, con la cabeza hundida entre los brazos. Nunca sabría cuanto tiempo estuvo así, pero cuando al fin alzó la vista descubrió, ya sin sorpresa alguna, que el hueco de la puerta del dormitorio, que había dejado abierta, se había convertido en un sólido muro de color gris.

Poco después las paredes de la habitación, la cama en la que estaba postrado, e incluso su propio cuerpo, comenzaban a vibrar a un ritmo cada vez más desenfadado.

Apenas unos minutos más tarde todo había terminado.

* * *

-Entiendo perfectamente como te sientes; pero tú también tienes que comprender que tus pretensiones eran de todo punto inviables. Tarde o temprano tenían que acabar así.

-¡Pero es que ha sido un asesinato!

-Hombre, no exageres.

La conversación, desarrollada en un tono cada vez más alto, tenía lugar frente a dos tazas de café en una mesa de la cafetería de profesores de la facultad.

-¡Cómo que no exagere! -gritó enfurecido-. ¡A ver si en el fondo vas a ser igual que ellos!

-Calma, Luis, calma -le apaciguó el primero poniéndole la mano en el hombro-. Puedes estar seguro de que yo no soy igual que ellos. Para empezar soy tu amigo, y no uno de esos burócratas cuadriculados de Gerencia, o un cargo de confianza del rector. Y segundo, puedo asegurarte que lamento profundamente lo ocurrido; créeme si te digo que me habría gustado tanto como a ti que hubiera continuado el experimento. Pero había que ser muy ingenuo para creer que no acabaran dando el cerrojazo; he aquí tu error o, si lo prefieres así, tu falta de previsión.

-¡Ha sido un asesinato! -repitió a gritos-. ¡Andrés estaba vivo!

-¡Y dale! Estaba tan vivo como pudiera estarlo el protagonista de una película, o el de una novela...

-¡No, Fernando, no! -exclamó Luis dando un fuerte puñetazo en la mesa-. ¡Eso no te lo consiento ni a ti!

Y viendo como los escasos visitantes de la cafetería, alarmados por el escándalo, habían fijado la vista en ellos, añadió en tono más quedo:

-¡Estaba vivo! ¡Tan vivo como tú o como yo! Era autoconsciente y dueño de sus actos...

-Era tan sólo un programa de ordenador -gruñó su amigo al tiempo que vaciaba de un trago la taza de café-. Todo lo sofisticado que quieras, de acuerdo, pero tan sólo un programa de ordenador.

-¿Y qué eres tú? ¿Qué soy yo? -rebatía con vehemencia-. Salvo que seas creyente y tragues con la historia del alma, estarás de acuerdo conmigo en que la mente humana no es más que un conjunto de procesos que podríamos denominar informáticos... aunque el soporte físico sea distinto, neuronas en vez de chips, el resultado es esencialmente idéntico.

-Hombre...

-No hay objeciones que valgan. Nuestro cerebro no es sino un sofisticado ordenador orgánico, y nuestra mente la programación que corre por su interior. ¿Qué diferencia hay, salvo en el soporte, entre Andrés y cualquiera de nosotros?

-No creo... -Fernando hizo una pausa y continuó-. Ni desde el punto de vista legal, por supuesto, ni tampoco desde el filosófico, no digo ya desde el teológico, no creo que nadie fuera capaz de atreverse a calificar de “humana” a tu criatura. Tú podrás pensar lo que quieras -le contuvo con un gesto y continuó-, yo podré estar o no de acuerdo contigo; pero esto no cambia las cosas. Jamás habrías conseguido apoyo para tus pretensiones de continuar con el experimento, esto es un hecho, y aún tendrías que darte por satisfecho de haber podido llegar tan lejos.

-No metas en esto a la religión -gruñó su interlocutor-. Somos científicos, no beatos.

-Está bien -suspiró Fernando jugueteando con la taza vacía-. Pero para el caso es lo mismo. Vete a convencer a cualquier juez de que tu criatura estaba viva y te la han asesinado...

-No era una criatura. Se llamaba Andrés y era una persona -porfió Luis.

-Insisto en que no es a mí a quien tienes que convencer; mi opinión es irrelevante por completo en este escenario. Lo que te digo, y vuelvo a repetirlo, es que jamás habrías conseguido convencer de ello a nadie con la suficiente capacidad de decisión como para poder frenar la interrupción del proyecto. Así de sencillo, quieras reconocerlo o no. Por esta

razón, insisto una vez más, el experimento estaba condenado. Y todavía te puedes dar con un canto en los dientes al haber podido recopilar toda la información que has acumulado gracias al mismo; seguro que tendrás material para un buen puñado de publicaciones y congresos si sabes dosificarla bien.

-Eso no me importa en absoluto -se lamentó Luis cubriéndose el rostro con las manos-. Andrés era... casi como mi hijo. Y me lo han quitado estos canallas.

-Bueno, cálmate -de repente Fernando comenzó a sentirse incómodo-. En cualquier caso, ya no tiene remedio.

-Pero... ¿por qué? ¿Qué mal les hacía Andrés?

-Mal, ninguno... pero no sé si eres consciente de que estabas consumiendo casi la mitad de la capacidad de cálculo de los servicios informáticos del campus, así que era de esperar que tarde o temprano te acabaran cerrando el grifo. Y además había otros usuarios...

-Lo mío era más importante.

-Para ti, pero no necesariamente para los demás. No sólo te habías excedido con creces en el tiempo de uso que te habían asignado, sino que además acabaste generando una más que considerable lista de espera, con el consiguiente malestar de los afectados. Por si fuera poco, cuando te requirieron para que dejaras libres los servidores te negaste en redondo a ello... ¿tanto te extraña que te cortaran la conexión por las bravas?

-Sí, tienes razón, me excedí... -reconoció Luis-. ¡pero es que no me quedaba otro remedio! ¡Yo no podía prever que el experimento fuera evolucionando tal como lo hizo! Necesitaba más tiempo y más capacidad para su desarrollo, una vez iniciado no podía liquidarlo de golpe.

-No te niego que los resultados acabaran desbordando a tus previsiones iniciales, y cierto es también que en esas circunstancias lo ideal hubiera sido poder continuar con el experimento; pero así son las reglas del juego nos gusten o no, y eso tú lo sabías de sobra. Por desgracia todos nosotros estamos sometidos a la dictadura de la burocracia y a la tiranía de las restricciones materiales, y nada podemos ganar rebelándonos contra ello.

-Pese a tratarse de uno de los mayores avances científicos de los últimos años...

-Pese a ello -el rostro de Fernando se ensombreció-. La burocracia es ciega, y todavía más en los tiempos que corren. Pero te equivocas si piensas que menosprecio tu hallazgo; pese a su brusca interrupción la impresión generalizada es que resultó un éxito, y ten por seguro que se valorará como tal.

-Ya -suspiró su amigo-. Terminado el ensayo, se sacrifican las ratas. Y yo encima tendría que estar satisfecho...

-¿Otra vez vas a volver a lo mismo? Tu modelo recreaba tan sólo una realidad virtual, por muy perfecta y sofisticada que ésta pudiera ser. Así lo entendemos todos, excepto tú, al parecer. Que es una lástima que el experimento no pudiera continuar, de acuerdo. Pero ni tú eres Dios, sino un matemático metido a informático, ni tus criaturas estaban vivas. Métetelo en la cabeza.

-Jamás me he creído un dios, si por tal entiendes a un ser capaz de crear vida de la nada y jugar con ella... ya sabes que no soy creyente.

-Pues tal como te lo has tomado, es justo lo que pareces...

Luis le fulminó con la mirada.

-¿Cómo tengo que decirte que lo único que pretendía era continuar con mi experimento? De acuerdo, se me fue de las manos... en el buen sentido de la palabra, claro -matizó-. Pero precisamente por ello, y porque nadie, ni tan siquiera yo, pudo prever su evolución, esos cabestros deberían haber autorizado su prórroga en vez de aplastarme con el reglamento. No todos los días se alcanza un hallazgo de tamaña magnitud -gruñó.

-Está bien, ya te he entendido -apaciguó Fernando-. Pero al parecer, tú sigues sin entender los engranajes del mundo real... o al menos, los de nuestra esclerótica universidad. A mí tampoco me gusta, te lo repito, de hecho me irrita tanto como a ti... pero procuro adaptarme a las circunstancias en vez de darme cabezazos contra ellas.

-Me temo que lo único que hacemos es darle vueltas a lo mismo -rezongó Luis.

-Yo pienso lo mismo. -concedió su interlocutor. Así pues, te propongo que nos olvidemos de los elementos perturbadores y nos centremos en lo positivo.

-Pues tú dirás...

-Me gustaría que me explicaras en profundidad en qué consistió tu experimento. Conozco, por supuesto, las líneas generales del mismo, y sé que tratabas de recrear un mundo virtual autoconsistente y viable, pero desconozco los detalles concretos.

-Era mucho más que eso. Se trataba de crear una inteligencia artificial que fuera autoconsciente y capaz de evolucionar por sí misma tal como hacemos nosotros. Por supuesto, para que el experimento tuviera éxito el individuo, es decir, Andrés -matizó-, tendría que creerse un ser real, y creer asimismo que su mundo también lo fuera.

-Es decir, como en *El show de Truman*... -apuntó, zumbón, Fernando.

-No precisamente, gracioso -le reprochó Luis-. Para empezar no estamos hablando de seres... de carne y hueso -había evitado cuidadosamente utilizar el adjetivo *reales*-, y además la única inteligencia artificial era Andrés... recrear análogos suyos habría supuesto una capacidad de computación imposible de asumir por los equipos de que disponía.

-Lo creo -respondió su amigo, recordando que “*sólo*” con Andrés Luis casi había colapsado los potentes servidores de la facultad-. Pero entonces, el resto de los personajes...

-Meros comparsas, simulacros informáticos equivalentes a los extras de las películas; todos ellos eran apenas lo imprescindible para hacer bulto sin que Andrés se apercibiera de que no se trataba de seres como él, sino simples figurones sin vida propia cuya complejidad dependía de su grado de interacción con él.

-Comprendo... aunque no me imagino que en esas condiciones se le pudiera engañar, si era tan inteligente como dices.

-Se pudo. Los programas informáticos estaban diseñados de manera que contaban con una *puerta trasera* que permitía intervenir en su mente, siempre que fuera necesario, para extirpar todos los “*recuerdos*” inoportunos, y esto incluía cualquier posible sospecha de que pudiera estar ocurriendo algo raro a su alrededor. Eso sí -añadió con orgullo-, fueron contadas las ocasiones en las que hubo necesidad de hacerlo, ya que el sistema se autorreguló extraordinariamente bien.

-Pero no sólo sería la falsa gente que le rodeaba... -objetó Fernando-. ¿Qué pasaba con su entorno? ¿También éste era de pega?

-Tú lo has dicho. Se trataba de meros decorados los cuales, al igual que ocurría con los “*extras*”, variaban en complejidad en función de las circunstancias, de modo que su vivienda o su lugar de trabajo eran mucho más sofisticados que, pongo como ejemplo, un paisaje que vislumbraba en la lejanía. Como comprenderás, no podía ser de otra manera.

Hizo una pausa, dio un trago de café haciendo una mueca de desagrado al comprobar que éste se había enfriado, y continuó:

-Las restricciones técnicas, llamémoslas así, también afectaron al propio Andrés, o mejor dicho a buena parte de sus recuerdos. En realidad “*nació*” ya adulto apenas unos meses antes del momento de su “*muerte*”, por lo que hubo que proporcionarle una infancia y una juventud, una vida anterior en definitiva... menudo problema habría supuesto intentar partir de cero desde el mismo momento de su nacimiento, incluso contando con que su escala temporal era mucho más rápida que la nuestra.

-O sea, que además de *El Show de Truman* recurríste también a *Desafío total* implantándole recuerdos falsos...

-Sigues haciéndote el gracioso -le reprochó-. Pero si te gustan los símiles cinematográficos, puedes considerarlo así. Por supuesto, de haber podido continuar el experimento habría procurado perfeccionar el sistema, siempre y cuando me lo permitiera la capacidad de los equipos informáticos; pero lamentablemente no fue así, por lo que no me quedó otro remedio que inventarme la mayor parte de su vida.

-En cualquier caso lograste lo que querías, ¿no?

-Más de lo que yo quería -suspiró el matemático-. La muerte de Andrés, como te puedes imaginar, no estaba prevista, y me temo que debió de resultarle muy desconcertante comprobar como el mundo se desvanecía a su alrededor. Aunque la desconexión de los servidores fue instantánea, la estructura en capas concéntricas que recreaba el universo de Andrés debió de colapsar de manera paulatina conforme a su propia escala temporal, por más que para nosotros todo tuviera lugar en apenas unas fracciones de segundo.

-Pero conservarás copias de seguridad, supongo.

-Sí y no. Por supuesto que guardo todos los ficheros de partida, pero dada la complejidad con que evolucionó el sistema, junto con la enorme capacidad de recursos informáticos que requirió, me fue de todo punto imposible hacer lo que tú denominas “copias de seguridad”, ya que no habría habido suficientes discos duros, u otros sistemas de almacenamiento, capaces de contenerlo en su totalidad.

-Bueno, entonces podrías arrancar de nuevo partiendo de cero.

-Como poder, podría... siempre y cuando, claro está, se me garantizara que no me volverían a interrumpir el experimento; pero ya no sería Andrés sino una persona distinta, ya que el interés primordial de mi experimento era precisamente el de proveerlo de libre albedrío. Sería imposible que el nuevo ser siguiera los pasos de su antecesor, salvo a cambio, claro está, de desvirtuarlo por completo.

-¿Y qué más te da?

-Dile eso a un padre, o a una madre, que acabe de perder a un hijo; dile que no importa, que basta con que tenga otro... -exclamó Luis al tiempo que fulminaba a su amigo con la mirada-. Y en cualquier caso -añadió-, dudo mucho de que me permitieran reanudar el experimento sin ningún tipo de trabas, suponiendo claro está que yo aceptara hacerlo.

Fernando calló, sabedor de que éste estaba en lo cierto. Iba a responder con una frase de circunstancias, cuando su vista se fijó en el ventanal que se abría en la pared opuesta a aquélla junto a la cual se encontraban sentados.

-Oye, Luis, ¿y ese resplandor rojo?

Porque, efectivamente, a través de los cristales entraba un vívido fulgor rojizo, casi sanguinolento, que no podía ser atribuido a la luz menguante del atardecer, dado que todavía faltaban varias horas para el ocaso y además el día había estado nublado.

-¿Qué dices? -respondió el aludido, ensimismado en sus propios pensamientos.

Pero Fernando no era el único que se había percatado del singular fenómeno, dado que varios de los clientes de la cafetería, e incluso el propio camarero, se habían acercado a la ventana, o a la vecina, y comentaban excitados lo que entreveían a través de los cristales.

-Debe de ser un incendio... -masculló Fernando al tiempo que se ponía en pie.

Los dos ventanales de la cafetería se abrían a una de las fachadas laterales del edificio de la facultada, la cual daba a un aparcamiento tras el cual se alzaba otro edificio del campus. Fernando había supuesto que éste debía de ser el origen de la luz, y por lo tanto esperaba verlo envuelto en llamas; pero para su sorpresa, compartida por todos los allí presentes excepto por el abatido Luis, que continuaba sentado en su asiento, el edificio de enfrente aparecía incólume.

Y tampoco se apreciaba ningún fuego hasta donde abarcaba la vista. En realidad, era el propio cielo el que parecía haberse inflamado de uno a otro extremo del horizonte, convirtiendo a la bóveda celeste en una inmensa y cárdena ascua tal como si fuera el propio firmamento el que ardía.

-¿Qué... qué está pasando? -preguntó con gesto demudado uno de los que se habían asomado a la ventana.

Nadie lo sabía, evidentemente. Pero fue el camarero quien, persignándose, se hincó de hinojos en el suelo al tiempo que exclamaba:

-¡Dios mío! ¡Es el fin del mundo!

Fernando, claro está, no lo creía así, al menos en lo que a su interpretación religiosa concernía. Pero si bien no esperaba ver aparecer ángeles exterminadores, ni cualquier otro tipo de parafernalia propia del libro de Apocalipsis, sí era consciente de que la Tierra, a lo largo de su existencia, se había visto enfrentada en diversas ocasiones a catástrofes naturales de tal magnitud que habían provocado la extinción de buena parte de la vida existente en ella. Y recordando el trágico fin de los dinosaurios, se preguntó con terror si no habría llegado la hora final de la humanidad.

Como cabe suponer, nunca llegaría a saber la respuesta.

De entre los miles de millones de habitantes del planeta, tan sólo unos contados de ellos pudieron disfrutar, siquiera por unos momentos, de una visión privilegiada del

proceso. Se trataba de los astronautas que tripulaban la Estación Espacial Internacional, los cuales observaron primero con sorpresa, luego con incredulidad y finalmente con alarma, como la atmósfera de la Tierra, apenas a unos centenares de kilómetros por debajo de ellos, se convertía de forma repentina en una inmensa esfera ígnea abrasando a todo cuanto se encontrara en su interior. Pero no dispondrían de demasiado tiempo para asimilar tan espeluznante fenómeno, ya que apenas unos minutos después la bola de fuego en que se había convertido la Tierra se expandía hasta más allá de la órbita de la Luna, engulléndolos bajo su manto destructor.

Dirigido o no por una mano divina, el fin del mundo había tenido lugar; esta vez, de forma total y definitiva.

* * *

-Bien, todo se acabó.

-¿Y no sientes nostalgia por tus criaturas?

-¿Nostalgia? ¿Por qué habría de sentirla? Habían cumplido con su misión y ya no eran necesarias, así que no tenía el menor sentido que siguieran existiendo.

La conversación, si es que a este intercambio de ideas se le podía considerar como tal, ocurría en un lugar situado fuera del universo, más allá incluso del complejo multiverso que habían comenzado a intuir los cosmólogos terrestres. Y por supuesto los dos interlocutores no eran humanos; de hecho ni siquiera estaban constituidos de materia, aunque tampoco se les hubiera podido considerar seres de energía pura puesto que ni la materia ni la energía podían existir allí.

-Ya, pero durante un tiempo han estado vivos conforme a sus propios parámetros, evolucionando libremente sin que tú intervinieras en su ámbito, salvo como mero espectador...

-¿Cómo no? Precisamente en eso era en lo que consistía el experimento, en crear un microuniverso autoconsistente y autónomo, por más que su existencia fuera artificial y si final estuviera programado desde un principio. Así pues, ¿por qué te escandalizas? El experimento terminó de forma exitosa y me ha proporcionado toda la información que deseaba, por lo que no tenía el menor sentido seguir manteniendo el artificio.

-Sí, si en eso tienes razón, pero no obstante me sorprende que no te hayas encariñado con tus criaturas, puesto que tú las creaste. Yo en tu lugar... -vaciló- quizá hubiera mantenido ese universo siquiera temporalmente, aunque sólo fuera por simpatía hacia quienes, sin saberlo, te han ayudado a incrementar tu sabiduría.

-Eso que dices no tiene el menor sentido -le recriminó su amigo-. ¿Acaso verías normal que me sintiera interesado, fuera del ámbito puramente científico, por unos seres tan toscos que fueron creados por mí con el único objeto de realizar un ensayo? Terminado éste, ¿para qué iba a mantenerlos de forma artificial e innecesaria? A no ser, claro está, que me consideres obligado a mantener cierto tipo de vínculo sentimental con ellos, lo cual me resultaría insultantemente absurdo.

-Tranquilízate, nada más lejos de mi intención que provocarte de ninguna manera -apaciguó su interlocutor-. Ni tampoco, por supuesto, pretendo recriminarte nada; de sobra sabes que en tu manera de actuar no ha habido nada censurable y que ten todo momento te has ceñido a los protocolos establecidos. Pero...

-Termina. -le interrumpió el otro con tono hosco.

-Pero no obstante, insisto en que quizá hubiera merecido la pena mantener vivo a ese microcosmos que creaste, aunque sólo fuera a título de curiosidad científica.

-No hubiera funcionado. Según mis cálculos, y esto es algo que te digo de forma confidencial y que desearía que no divulgaras, ya desde un principio sabía que mi pseudouniverso llevaba implícito, a medio plazo, el germen de la autodestrucción. En realidad no era estable sino tan sólo metaestable, y aunque logró superar mejor o peor varias crisis graves desde su origen, lo cierto es que, de persistir, habría entrado tarde o temprano en una espiral que hacía disminuir de forma creciente e irreversible sus posibilidades de supervivencia. ¿Hubieras preferido acaso que acabara malogrando mi trabajo por no haber sabido interrumpirlo a tiempo?

-Eso... eso... -su amigo vacilaba ante el temor de que sus palabras pudieran ser interpretadas como una acusación de falsedad deliberada.

-Dilo claramente, temes que mi actuación no haya sido correcta al interrumpir el experimento antes de tiempo para evitar unos resultados inconvenientes, ¿no es así? -y ante el silencio de su interlocutor continuó-. No te culpo por ello, pero déjame que te explique. En ningún momento he ocultado la falta de viabilidad a largo plazo de mi universo, y si estudias mi informe completo verás que no miento; simplemente, me he limitado a no darle más relevancia de la necesaria, centrándome en la fase metaestable del mismo y desechando por innecesaria su involución final. Puede que en un futuro desarrolle otro ensayo similar pero bajo otros parámetros diferentes que permitan una mayor continuidad del mismo, pero aquí no tenía sentido prolongar algo que se iba a convertir, tarde o temprano, en una larga agonía de mis criaturas, como tú las llamas. Así pues, puestos a ser clementes, una rápida extinción de mi pseudouniverso era con diferencia el final más piadoso que podía concederles.

-Visto así...

-Es que no podía ser de otra manera; se trataba de una cuestión de puro pragmatismo. Y en cuanto a tu sugerencia sobre un posible encariñamiento con mis criaturas... eso hubiera sido, como poco, contraproducente, dado que habría corrido el riesgo de verme impelido a intervenir en casos de crisis cuando resultaba fundamental que yo mantuviera un alejamiento absoluto para no influir en los resultados, máxime teniendo en cuenta que ellos llegaron a intuir de alguna manera mi existencia creando toda una serie de rituales en mi honor que incluían frecuentes invocaciones para que interviniera en sus asuntos internos. Entiendo que en estas circunstancias esos bichitos pudieran llegar a caerme simpáticos, pero por mi propio interés no podía olvidar que no eran seres reales, sino unos meros simulacros diseñados para existir de forma efímera.

-En fin, en cualquier caso ya no tiene remedio... y quizá tengas razón, en el fondo no era tan importante.

-Por supuesto que no lo era -zanjó el investigador.

Y ambos entes siguieron hablando amigablemente sobre diferentes temas de difícil comprensión para los extintos humanos.

INCOMUNICACIÓN

-Estás loco. Completamente loco...

-La genialidad que los pobres de espíritu suelen confundir con la locura es la que siempre ha hecho prosperar a la civilización -respondió el aludido en tono pomposo-. Y yo no tengo la culpa de que la masa inculta sea incapaz de comprenderlo.

-¿Me estás llamando inculto? -preguntó, suspicaz, el otro.

-En absoluto; si te considerara así, nunca me habría molestado en hacerte partícipe de mis planes. Lo que lamento -vaciló- es que también a ti te cueste tanto trabajo entenderlo.

-¿Cómo quieres que entienda semejante chifladura? ¿No comprendes que, de llevar a cabo tus planes, irías derecho al suicidio?

-¿Por qué iba a tener que ser así? -rebatió su interlocutor con gesto dolido.

-¡Porque todo intento de comunicación con Ellos siempre ha resultado indefectiblemente baldío! -explotó, escéptico, su amigo- ¡Porque su único afán, desde que existe recuerdo, ha sido el de exterminarnos sin piedad! ¡Porque desde que aparecieron han sido siempre nuestros enemigos irreconciliables! ¡Porque, valiéndose de su superior fuerza, nos han marginado obligándonos a sobrevivir allá donde ellos son incapaces de llegar! ¿Te parece poco? Y ahora llegas tú con tus utópicas teorías pacifistas...

-Escúchame, por favor. Nosotros somos infinitamente más antiguos que Ellos, esto es algo en lo que todos nuestros eruditos están de acuerdo.

Y ante el asentimiento tácito de su amigo que, ignorante de a donde quería ir, se mantenía en silencio, continuó:

-De hecho, nuestra raza ya era vieja antes de que surgieran sus primeros antepasados, todavía unos simples animales privados de cualquier atisbo de inteligencia racional.

-Eso lo sabe cualquiera -gruñó, malhumorado, el otro.

-Te he pedido que no me interrumpas -le reprochó éste al tiempo que continuaba con la perorata-. Dicho con otras palabras, en pura lógica nosotros deberíamos ser los amos del mundo, no Ellos.

-Pero no lo somos, esa es la cruda y testaruda realidad -el tono de burla era evidente-, y no creo que Ellos estén dispuestos a discutir con nosotros sobre este asunto, ni mucho

menos a renunciar a su situación de predominio. Así pues, ¿para qué rompemos la cabeza con elucubraciones sin sentido?

-¿Acaso se lo hemos llegado a plantear alguna vez? -fue la sorprendente respuesta.

-¿Bromeas? -su sorpresa era auténtica- Hasta el más tonto sabe que su único interés hacia nosotros es el de exterminarnos. ¿Qué diálogo podría haber en estas condiciones?

-¿No te has parado a pensar que quizá lo que ha fallado haya sido la comunicación entre ambas razas? Tanto Ellos como nosotros somos seres inteligentes, y salvo en los casos por fortuna excepcionales de los psicópatas, cabe suponer que cualquier ser racional esté imbuido por unos principios morales de índole universal, con independencia de su raza. Bajo esos parámetros, debería ser posible una comunicación fructífera para ambas partes...

-Todo eso queda muy bonito dicho así, pero la realidad se empeña en ser bastante más cruel; -rebatí su interlocutor con sorna- basta con que nos acerquemos a ellos, o que simplemente nos vean fuera de nuestros refugios, para que intenten matarnos sin contemplaciones... y a veces sin que nos acerquemos siquiera, ahí están las razzias periódicas con las que envenenan a nuestro pueblo sin respetar hembras, ancianos o jóvenes, pese a que jamás les hemos hecho el menor daño. ¿Y todavía hablas de diálogo?

-Es evidente que hemos arrastrado el problema de una incomunicación secular entre nosotros y Ellos -concedió el defensor de la fraternidad interracial-; pero eso no quiere decir en modo alguno que ésta tenga que seguir existiendo en el futuro. ¡Somos seres civilizados, y los seres civilizados no se matan entre sí! -exclamó a modo de proclama final.

-Claro, para ti todo es muy sencillo; basta con presentarse a cuerpo descubierto frente al primero de Ellos que encontremos, y empezar a manifestarle nuestros profundos anhelos de amistad. Así de simple, sólo que si inmediatamente después no salimos corriendo, ten por seguro que pasaremos a reunirnos con nuestros ilustres antepasados.

-No te burles -se dolió-, hablo en serio. Para empezar, el primer escollo a salvar es el del idioma; está claro que ni Ellos hablan el nuestro, ni nosotros el suyo. Es más, me atrevo a asegurar que con una simple traducción no valdría, ya que probablemente los esquemas mentales que hacen posible que nos podamos comunicar entre nosotros deben de ser completamente diferentes de los suyos, lo cual supone sin duda un contratiempo añadido al no sernos posible captar por este motivo los conceptos abstractos transmitidos por el suyo, y viceversa.

-¡Bah, eso no deja de ser una minucia! -se burló de nuevo el escéptico- Seguro que tú has descubierto la manera de solucionarlo.

-No te equivocas -respondió con aplomo el interpelado-. Yo siempre había estado convencido de que por encima de cualquier tipo de barrera biológica, social, cultural o de cualquier otro tipo, siempre tendría que haber alguna manera en la que dos seres inteligentes pudieran comunicarse entre sí, por muy dispares que pudieran ser entre sí. Y creo haber encontrado la solución, tras mucho tiempo de haber estado especulando sobre ello.

-Entonces, tan sólo te falta ya poner en práctica tus teorías...

-Y eso es justo lo que pienso hacer. No puede fallar, estoy seguro de ello.

* * *

-Tranquila, Marta, ya la he matado.

-¿Estás seguro? -preguntó la aludida con un hilo de voz.

-Seguro. Está muerta y bien muerta.

-Pues bárrala y tírala a la basura; no quiero verla.

-Nunca entenderé esta aversión tan visceral que tenéis las mujeres hacia los bichos, y en especial hacia las cucarachas; -rezongó el marido al tiempo que recogía en el cogedor el insecto muerto- cierto es que resultan bastante repelentes, pero tampoco es para tanto. Se les da un buen pisotón y punto.

-¡Un pisotón! ¡Qué asco! -exclamó la mujer desde el pasillo- Te habrás limpiado la suela de la zapatilla,,,

-Tranquila, la limpiaré -prometió el aludido sin la menor intención de hacerlo.

-¡Y remueve la basura para que no la vea!

Mascullando imprecaciones contra las estúpidas manías femeninas, éste concluyó su tarea dejando en su sitio el cogedor y el cepillo.

-¡Ya puedes venir a la cocina! -avisó a su cónyuge.

Ésta entró con ademán medroso, lanzando miradas furtivas al rincón, ahora vacío, en el que había aparecido el insecto que provocara su precipitada huida.

-Habrá que avisar a un servicio de fumigación... -murmuró mientras se sentaba ante su interrumpido desayuno- no soporto a estos bichos.

-¿Para qué? -le rebatió su marido encogiéndose de hombros- Es la primera cucaracha que vemos en casa desde hace años. Lo que sí habría que hacer es hablar con el

administrador de la finca para que mande fumigar los patios y los sótanos, es seguro que este bicho provenía de allí.

-Bueno. -concedió ella a regañadientes- Pero como vuelva a aparecer otra, les llamamos al día siguiente.

-Está bien -suspiró el varón-. Y ahora, sigamos desayunando; se nos va a enfriar el café.

-Por cierto; -comentó a poco éste, mientras mojaba una magdalena- ahora que lo pienso, no deja de ser curioso el comportamiento del bicho.

Y haciendo caso omiso de la mueca de repugnancia de su pareja, continuó:

-Resulta que en lugar de salir corriendo, como cabía esperar, cuando me vio frente a ella, se quedó parada ante mí, erguida, agitando las antenas y las patas delanteras de una manera muy peculiar... de no ser porque resulta absurdo, casi diría que me estaba saludando.

-No digas tonterías -gruñó ella-. Y por favor, cambia de conversación; me estás revolviendo el estómago.

-Parecía... -prosiguió él, haciendo caso omiso de la advertencia- parecía como si hubiera querido comunicarse de alguna manera conmigo; o al menos, esa fue la impresión que me dio.

-Deja ya de decir majaderías -insistió su mujer-. ¿Cómo iba a querer comunicarse contigo una... -vaciló antes de pronunciar la repulsiva palabra- miserable cucaracha? ¿Es que no estás en tus cabales? Anda, termina de desayunar y no me vuelvas a hablar más de algo tan desagradable.

El hombre obedeció en esta ocasión a tan firme conminación, pero no por ello dejó de pensar en el pasado incidente. En su mente se agolpaban de forma caótica recuerdos de antiguos documentales de televisión y de noticias de periódico en los que se entremezclaban datos acerca de la antigüedad de las cucarachas, existentes ya en tiempos de los dinosaurios, de su adaptación al hábitat humano y de su resistencia extrema a todo tipo de inclemencias climáticas, ausencia de comida, sustancias químicas tóxicas e incluso a una hipotética guerra nuclear capaz de arrasarse hasta el último vestigio de la humanidad. ¿No había leído por algún sitio que serían éstas una de las pocas especies vivas capaces de sobrevivir a un cataclismo a escala planetaria?

-¡Bah, tan sólo era un bicho! -pensó para sí mientras pelaba otra magdalena, al tiempo que oía sin escuchar la poco atractiva propuesta de visitar a sus cuñados ese fin de semana.

LA RATONERA

Yo, Pelayo Rocaforte, conde espartario del duque Witerico de Tingitania, procedo por orden de mi señor a relatar fielmente todo lo sucedido durante nuestra expedición militar por la frontera sur del ducado, poniendo a Dios por testigo de que todo cuanto aquí expreso es cierto, tal como pueden confirmar quienes me acompañaron.

Como es sabido, el ducado de Tingitania no cuenta con fortificaciones ni con guarniciones en su frontera sur. No son necesarias, puesto que ésta está protegida de forma natural por los montes Atlas y por el gran desierto que se extiende tras ellos, alzándose en una barrera infranqueable frente a las posibles incursiones de los bárbaros idólatras del sur. Pero en ocasiones estas abruptas montañas se han convertido también en refugio de fugitivos de la justicia o de malhechores, razón por la que mi señor acostumbra a enviar expediciones periódicas a tan remotas regiones. Y fue a mí a quien cupo el honor de comandarla al frente de un centenar de soldados reforzados con un pelotón de caballería.

Era una tarea lenta y fatigosa que nos ocuparía varios meses, pero la asumimos con entusiasmo. Durante las primeras semanas las tareas de reconocimiento del terreno se desarrollaron sin nada digno de reseñar, pero al atravesar uno de los abruptos valles que atraviesan el macizo central descubrimos algo que no debería estar allí: una fortificación encaramada en lo alto de un abrupto risco.

Dado que me constaba que esa fortaleza no era nuestra, supuse que habría sido levantada por algún ejército presumiblemente enemigo, ya que se encontraba en el interior de nuestro territorio. Descartados los toscos habitantes del sur, incapaces de cruzar el desierto por sus propios medios y todavía más de levantar una construcción de esa magnitud, la alternativa que quedaba era la de nuestros vecinos orientales, los bizantinos asentados en Cartago, aunque el hecho de que la paz se mantuviera entre ambas naciones desde hacía varias décadas restaba credibilidad a este supuesto.

En cualquier caso la fortaleza estaba allí, y mi obligación era averiguar todo cuanto pudiera acerca de ella para poder informar a mi señor. Puesto que desconocía la magnitud de su guarnición, acampé a mis tropas al abrigo de un recogido valle, fuera de la vista de sus centinelas, y envié varios exploradores a indagar sobre su naturaleza. Eran éstos naturales del país y conocían perfectamente su intrincada geografía, razón por la que confiaba plenamente en ellos.

Sin embargo, cuando retornaron al campamento varias horas después su informe me dejó completamente perplejo. Al parecer la fortaleza se hallaba abandonada y su puerta abierta sin que nadie la custodiara ni la vigilara, pero por precaución no se atrevieron a entrar en ella. Se trataba de un hecho totalmente insólito, razón por la que apresté un

pequeño grupo de voluntarios para que, yendo más allá, inspeccionaran su interior con objeto de confirmar la impresión de los exploradores.

Y la confirmaron. La fortaleza estaba realmente abandonada, pero para sorpresa nuestra se encontraba como si hasta la víspera hubiera estado ocupada, tal era su estado de pulcritud. Incluso en la cilla abundaban los manjares, extraños pero apetitosos tal como pudimos comprobar posteriormente, y en cuanto a los aposentos tan sólo tuvimos que tomar posesión de ellos, puesto que hasta los lechos estaban preparados.

La alegría de mis soldados, tras varias semanas de padecer penalidades y reposar en incómodas tiendas de campaña, fue evidente. Yo seguía sin tenerlas todas conmigo, pero en un consejo que mantuve con mis oficiales éstos llegaron a convencerme de que, con toda probabilidad, la guarnición debía haber abandonado precipitadamente la fortaleza al percatarse de nuestra presencia, quizá temerosos de tener que enfrentarse con las tropas del duque, representante en la Tingitania del poderoso rey de las Hispanias. En cualquier caso, se trataba de una magnífica construcción militar que bien podría ser aprovechada para nuestros propios fines. Así pues, mis planes fueron los de retornar a Tingis conforme apuntara la aurora, dejando en el castillo una guarnición suficiente para defenderlo de posibles enemigos hasta que el duque pudiera enviar las tropas suficientes para convertirlo en un puesto de avanzada.

Hecho esto, y tras una copiosa comida en el refectorio común, durante la cual corrió en abundancia un desconocido pero poderoso licor mucho más embriagador que nuestro vino, tanto los oficiales como la tropa nos retiramos a nuestros respectivos dormitorios salvo aquellos que tuvieron la mala suerte de ser designados para la guardia nocturna. Me despedí de mis compañeros y tras entrar en mi aposento, posiblemente el reservado para el gobernador de la plaza fuerte, procedí a desnudarme fijando golosamente mis ojos en el mullido lecho. Aunque no había bebido demasiado ya que nunca he sido demasiado aficionado al vino, el embriagador licor me había sumido en una extraña euforia.

Fue gracias a mi perro, el fiel Valiente, como logré evitar la catástrofe. Mientras todos nosotros, desde yo mismo hasta el último soldado, estábamos completamente confiados y satisfechos por nuestra buena suerte, el perspicaz can no había dejado de mostrarse receloso desde el mismo momento en el que franqueamos el umbral de la fortaleza, olisqueando aquí y allá y gruñendo continuamente obedeciendo a regañadientes mis órdenes.

Pero cuando me vio, sin cota y en camisa, dirigirme hacia el lecho, se interpuso en mi camino fingiendo una ferocidad que yo sabía que no era real, pero que constituía la única manera que tenía el pobre animal de mostrarme su extrema preocupación por lo que él estimaba un peligro inminente... y ciertamente no le faltaba razón.

Irritado pero a la vez extrañado, eché mano a mi espada, que había dejado apoyada contra un mueble y, desenvainándola, aparté a Valiente, que adivinando mi intención obedeció en esta ocasión a mi orden. Con cuidado levanté el cobertor con la punta del arma, sin notar nada extraño. Pero como el perro continuaba expectante, opté por pinchar suavemente el colchón, cuidando de no rasgar el lienzo... y fue en ese momento cuando comprobé que, efectivamente, algo no andaba como debiera ser. La cama, contra toda lógica, se estremeció tal como hacen las muchachas cuando se les cosquillea en ciertas partes de su cuerpo.

Profundamente intrigado opté por hundir la punta de la espada unas pulgadas en el colchón y, Dios me perdone, sentí el aliento del diablo a mi alrededor cuando el maldito lecho se estremeció igual que una persona herida por el acero, emitiendo además un inhumano quejido.

No me cabía duda de que se trataba de una perversión diabólica, pero como con nosotros no había venido ningún sacerdote, prescindí de rituales religiosos optando por acuchillar despiadadamente al maldito lecho, descubriendo con pavor que éste se comportaba igual que un animal intentando evitar la furia asesina de mi acero, cuyos tajos dejaban al descubierto una extraña e inhumana carne surcada de profundas heridas de las que manaba una espesa sangre de oscuro color morado.

Consciente de la trampa en la que tan ingenuamente nos habíamos introducido corrí a la estancia contigua en la que se había alojado mi lugarteniente, y tras echar abajo la puerta de una patada corrí hacia el lecho... descubriendo que había llegado demasiado tarde. Ni rastro había de mi infortunado compañero, pero las rítmicas pulsaciones de la cama eran buena muestra de lo que había ocurrido. La acuchillé sin piedad, descubriendo entre los trozos informes de carne maldita que arrancaba en mi frenesí un amasijo de huesos y ropas en los que no me costó demasiado identificar los tristes despojos del que hasta poco antes fuera un excelente oficial.

Imbuido por un desconocido pavor busqué al músico temiendo que hubiera sido también devorado, pero por fortuna lo encontré completamente borracho en el refectorio, donde había continuado la juerga con varios amigos suyos. Tuve que ponerle la espada en el cuello y amenazarle con cortárselo para que se despejara lo suficiente para poder atenderme, pero finalmente logré que tomara su instrumento y tocara la llamada a tropas como única medida posible -en esos momentos no se me ocurrió otra- de evitar la catástrofe.

Por fortuna mis soldados estaban bien entrenados y respondieron inmediatamente a la llamada... los que pudieron, ya que tras recontarlos comprobé con desaliento que había perdido a la mitad de mis tropas. Pero puesto que nada podía hacer por ellos, mi obligación era intentar salvar a los que todavía estaban vivos, y para ello resultaba imperioso huir de la ratonera en la que estábamos atrapados.

Al parecer el ser demoníaco que nos retenía en su interior sólo era peligroso en los lechos que constituían sus infernales bocas, pero como no podíamos estar seguros de ello, tras recoger nuestros equipos -y confieso que sentí un estremecimiento cuando tuve que volver a mi aposento a por la cota y el resto de los arreos- hicimos una piña en el refectorio, aparentemente la estancia más segura del recinto. Tras advertir a los soldados de lo ocurrido -tal como sospechaba pude comprobar que los que habíamos sobrevivido éramos aquellos que no habíamos llegado a acostarnos-, les di instrucciones de ir a buscar a los caballos, que habían sido recogidos en las caballerizas, y abandonar inmediatamente esa casa de Satanás.

Pero no iba a resultar tan fácil. Pronto supe que tanto las monturas como los caballerizos habían pasado a engrosar el número de las víctimas; en este caso no se trataba de lechos devoradores, sino de que en el propio edificio de las caballerizas la puerta y las ventanas habían desaparecido, fundiéndose con los muros y encerrando en su interior a nuestros desventurados compañeros junto con los animales que custodiaban. Así pues, tras encajar este segundo revés conduje a lo que quedaba de mi tropa camino de la puerta de acceso a la fortaleza... que también había desaparecido, sustituida por un férreo muro que se soldaba con el resto del lienzo de muralla.

Estábamos atrapados, y esta vez sin vías de escape puesto que no había otra salida al exterior que la que se había esfumado frente a nosotros. Y aunque ignorábamos el potencial agresivo de nuestro enemigo, cabía esperar que éste encontrara la manera de atraparnos aun cuando evitáramos los lugares peligrosos. En último extremo, no tardaríamos demasiado en perecer de hambre.

Urgido por la necesidad, llamé a los dos zapadores que formaban parte de mi pequeño regimiento y les ordené que atacaran con sus picos el lugar en el que tan sólo unas horas antes existiera una puerta. Éstos eran dos mocetones fornidos y se aplicaron a la tarea con ímpetu, aunque para ello tuvieron que vencer la repulsión que les causaba ver agitarse y gemir a aquel muro de falsa piedra cada vez que era herido por sus aguzadas herramientas.

Pronto vimos que eso no sería suficiente. Sí, mis muchachos habían logrado abrir un hueco en aquella extraña carne que palpitaba y sangraba la nauseabunda sangre morada, pero por más que se esforzaban no conseguían perforarla lo suficiente como para llegar a atravesarla por completo. Y el tiempo se agotaba, al igual que las fuerzas de los dos zapadores...

Acababan de ser relevados por otros dos soldados cuando alguien -nunca llegué a saber quien fue- musitó la idea salvadora que a mí, he de reconocerlo, no se me había ocurrido:

-Quizá con fuego...

Percibiendo lo acertado de la propuesta, ordené que se encendieran varias antorchas - disponíamos de un buen puñado de ellas, en previsión de las noches oscuras en las que nos veríamos obligados a caminar- y que éstas fueran aplicadas al hueco, o herida, que habíamos logrado abrir en la carne del enemigo.

El resultado fue inmediato. Por muy demoníaco que fuera, el inhumano ser que nos tenía atrapados no era invulnerable a la mordedura del fuego, como no lo era tampoco a las armas. Al aplicar las antorchas los labios de la herida se convulsionaron, supuraron un repugnante líquido y se contrajeron con brusquedad ensanchando notablemente el orificio.

Este triunfo, aunque parcial, nos sirvió de acicate permitiéndonos redoblar los esfuerzos. Así, mientras varios soldados arrimaban las antorchas y otros continuaban con su tenaz labor de zapa, una nueva idea inspiradora surgió, esta vez, sí, de mi mente.

-¡Todos los que no estéis atacando al muro! ¡Rápido! -ordené- ¡Coged antorchas encendidas y prended fuego a todo cuanto podáis! ¡Vamos a darle a este engendro del averno más medicina!

Mis muchachos, percatándose al instante de mi idea, se apresuraron a obedecerme, de forma que poco después la práctica totalidad de los edificios -o lo que fueran- que constituían la ciudadela comenzaban a ser pasto de las llamas.

No puedo evitar sentir estremecimientos cada vez que recuerdo la espantosa escena del monstruo retorciéndose agónicamente mientras ardía, al tiempo que unos inhumanos aullidos golpeaban nuestros oídos y un nauseabundo hedor a quemado invadía nuestro olfato. Mientras tanto, y seguramente debilitadas sus defensas por nuestro masivo ataque, el agujero avanzaba a buen ritmo, consiguiéndose poco después alcanzar la superficie exterior -¿la piel?- del muro. Ayudados por la labor conjunta de las antorchas, que carbonizaban inmisericordemente la diabólica carne, los picos consiguieron horadar un túnel lo suficientemente ancho como para que todos nosotros, de uno en uno, pudiéramos escapar de la pesadilla que había estado a punto mismo de engullirnos.

Fueron, no obstante, angustiosos los minutos que tardamos en salvar la barrera, siempre con el temor de que nuestro enemigo recurriera a algún ardid no esperado; pero bastante debía de tener con el fuego que le consumía, lo que nos permitió escapar sanos y salvos, yo el último y mi fiel Valiente, al que debíamos todos la vida, de un ágil salto inmediatamente tras de mí. Una vez fuera nos alejamos hasta una distancia prudencial y contemplamos desde allí, con una satisfacción no exenta de sentimientos de venganza, cómo nuestro enemigo quedaba reducido a un informe montón de humeantes pavesas.

Poco más hay que relatar del resto de nuestra aventura. Volvimos a Tingis por el camino más rápido, y tras informar al duque de nuestra aventura éste envió allí inmediatamente a un importante contingente militar al que acompañaban varios sabios de

su corte. Los primeros poco tuvieron que hacer salvo remover las todavía calientes y malolientes cenizas; fuera lo que fuera el engendro, estaba definitivamente muerto. En cuanto a los sabios, éstos dictaminaron que debía de tratarse de algún ser infernal llegado del inframundo para corromper a los cristianos, razón por la que recomendaron el envío de varios exorcistas que pudieran expulsar a los espíritus malignos supervivientes para, posteriormente bendecir de nuevo el lugar. Creo que llegaron a proponer, incluso, la erección de un monasterio en el emplazamiento del engendro, pero esto último el duque no lo consideró necesario.

Hasta aquí llega el relato objetivo de mi aventura. En cuanto a mi opinión personal, pienso que no es necesario recurrir a criaturas demoníacas para explicar la existencia de ese monstruo, ya que de haber sido cierta su naturaleza infernal no creo que hubiera sido tan vulnerable al fuego, algo por lo demás consustancial al reino de Satanás. Dicen algunos viajeros que en tierras remotas, donde jamás nieva ni soplan vientos helados, existen unas plantas que devoran insectos, para lo cual les ofrecen néctar y fingen un entorno agradable para ellos, logrando hacerles caer en la trampa. Por ello, me pregunto si no podrá existir, venido de vete a saber qué remotas y desconocidas regiones del orbe, su equivalente capaz de capturar y devorar humanos, tal como ocurrió con la mitad de mis soldados. Dios me perdone si incurro en herejía, pero por desgracia el mundo dista mucho de ser el paraíso del que gozaron en su día nuestros padres Adán y Eva.

En Tingis, en el día del Señor de 25 de mayo de 1085

Pelayo Rocaforte, Comex Espartario

LAS ESPADAS MÁGICAS

Hotep II, Gran Señor del Imperio Medio, dudaba. Las tribus nómadas de las estepas que desde hacía generaciones rondaban más allá del limes, las cuales nunca habían resultado problemáticas para las aguerridas guarniciones fronterizas, habían sido desplazadas por las mucho más peligrosas hordas katumes, llegadas inopinadamente de las ignotas tierras situadas más allá de los mortíferos desiertos orientales.

Los katumes, al mando de su kan Togasi, se habían convertido en poco tiempo en un peligroso enemigo que codiciaba las innumerables riquezas del próspero Imperio Medio, compensando su salvajismo ancestral con un ardor guerrero que tenía seriamente preocupados a los estrategas imperiales.

Ante Hotep se planteaban dos posibles alternativas. La primera consistía en plantar batalla al enemigo en su propio territorio antes de que éste se hiciera más fuerte, pero sus generales le habían advertido que la campaña sería dura y de resultados dudosos dado que el Imperio tendría que volcar todo su potencial militar en un territorio agreste y poco conocido, así como alejado de las grandes poblaciones del reino, en el que resultaría difícil mantener el avituallamiento de los soldados y el suministro continuo de los pertrechos bélicos.

La segunda alternativa pasaba por intentar negociar con Togasi para que, a costa de una importante merma en el tesoro real, y quizá también a cambio de la blanca mano de alguna de las muchas princesas imperiales, éste consintiera en firmar un tratado de paz olvidando sus apetencias sobre el Imperio, al menos durante algún tiempo. Posteriormente, los hábiles diplomáticos al servicio de Hotep se encargarían de convencer a éste para que dirigiera sus ojos, y a ser posible también sus soldados, hacia el vecino reino de Arab, enemigo ancestral del Imperio Medio con el cual mantenía éste un frágil y tenso armisticio. Si se conseguía, argumentaban sus consejeros, se habría matado dos pájaros de un tiro.

Pero tampoco era seguro que los katumes accedieran, siendo lo más probable que interpretaran los intentos de negociación del para ellos decadente reino como un signo de debilidad que se apresurarían a aprovechar invadiendo los estados de Hotep.

Incapaz de adoptar una decisión, el monarca optó al fin por consultar al oráculo de Puna, el más afamado de todos los existentes en su reino. La respuesta de éste, tan crítica como de costumbre, fue la siguiente:

“El fragor de la batalla endurecerá tu cuerpo.”

Lo cual Hotep interpretó como un augurio favorable para la guerra. De esta manera, organizó con gran rapidez un gran ejército al cual, encabezándolo, condujo en busca del enemigo allende la frontera, convencido por el oráculo de que el triunfo sería suyo.

Cuentan las crónicas que hubo una gran y cruenta batalla, la mayor de toda la historia, y que las tropas imperiales sufrieron una humillante derrota a manos de los bárbaros katumes. El propio Hotep fue capturado y llevado ante el salvaje Togasi el cual, tras humillarlo públicamente de forma ignominiosa, decidió sacrificarlo a sus falsos ídolos como ofrenda para que éstos le resultaran propicios en la inminente conquista del inermes Imperio.

La muerte del desdichado Hotep no pudo ser más cruel, ya que fue arrojado todavía vivo al horno donde los katumes fundían el hierro con el que forjaban sus armas, convencidos de que mediante tan bárbara práctica lograrían que el espíritu del monarca vencido pasara mágicamente a sus espadas proporcionándoles una calidad excepcional capaz de romper las armas enemigas y de traspasar sus escudos.

Evidentemente los katumes carecían del menor conocimiento de química, y por lo tanto ignoraban que el carbono y el nitrógeno orgánicos de sus víctimas se alearían con el hierro fundido, dando como resultado un acero mucho más duro que el hierro de las espadas imperiales; paradójicamente, sus creencias idólatras les habían conducido sin saberlo a una realidad científica.

Además eran temibles guerreros, por lo cual no les costó demasiado esfuerzo conquistar y asolar al aterrorizado Imperio Medio, al que dejaron convertido durante siglos en un yermo páramo incapaz de alentar el menor esbozo de vida.

Retornados a sus tradicionales estepas, los bardos de los katumes cantaron innúmeras sagas, transmitidas de padres a hijos durante generaciones, en las que se afirmaba que el triunfo sobre los otrora orgullosos imperiales había sido posible gracias a que las espadas de sus guerreros habían absorbido, durante su forja, el espíritu del gran Hotep.

EL CONCURSO DEFINITIVO

El relamido presentador, todo maquillaje y lentejuelas, avanzó por el recargado escenario bajo los acordes de una estruendosa fanfarria y los destellos multicolores que semejaban querer taladrar ese homenaje triunfal a la estética kitsch que constituía una de las principales señas de identidad de la cadena junto a su completa falta de escrúpulos a la hora de inundar la parrilla de telebasura.

-¡¡Hooooola, hooooola, hooooola!! -exclamó, arrastrando exageradamente las oes, una vez que estuvo situado en el centro del recinto-. Aquí estamos, una vez más, con una nueva entrega de vuestro programa favorito: ¡ESTÁS PARA COMERTE! -aulló en una lograda imitación del grito lobuno-. ¡EL PROGRAMA DE CITA A CIEGAS MÁS, MÁS, MÁS Y MÁS DIVERTIDO DE LA TELEVISIÓN, POR MÁS QUE LE FASTIDIE A LA COMPETENCIA!

Evidentemente esta afirmación podía ser cuestionada; pero cierta o no, una estruendosa salva de aplausos enlatados fingió avalar tan descarado triunfalismo. Aunque no se podía decir que el espectador medio del programa fuera especialmente crítico, y ni tan siquiera exigente, lo cierto era que los índices de audiencia avalaban, semana tras semana, la fanfarronada.

-Y ahora, mis queridos amigos -prosiguió el verborreico presentador-, demos la bienvenida a nuestros dos nuevos concursantes: ¡JESSICA Y KEVIN!

Nueva fanfarria, nueva pirotecnia luminosa y nueva salva de aplausos mientras los aludidos entraban, uno por cada lado, hasta confluír con el maestro de ceremonias.

Él, con cierto aire antropoide, lucía unos brazos profusamente tatuados, un corte de pelo a lo mohicano, una argolla en el tabique nasal y dos dilatadores de orejas en los que hubiera cabido holgadamente una bobina de hilo. Nada se podía añadir del resto de su anatomía, puesto que ésta aparecía cubierta por una camiseta de manga corta rotulada con el nombre de un grupo cañero, unos vaqueros raídos con la entrepierna caída y unas gruesas botas de diseño militar.

Ella, de porte rubensiano, calzaba una blusa y unas mallas, de colores chillones y varias tallas menos, que remarcaban sin inhibiciones las rotundas curvas de su generosa anatomía. El pelo, teñido de verde y peinado a lo afro, y una abundante guarnición de tornillería capaz de hacer saltar la alarma de un arco detector de metales, completaban su atavío.

-¡Bienvenidos a *Estás para comerte!* -saludó el anfitrión-. Kevin, Jessica, vamos a empezar preguntándoos un poco acerca de vuestra vida.

-Yo... -comenzó ella-. Tengo veintisiete años y actualmente estoy sin trabajo, aunque me gustan mucho los niños y tratar con la gente.

-Yo tengo treinta y uno -añadió él-, trabajo por mi cuenta y me gustan el fútbol, el heavy metal y tomar unas birras con los amigos.

-Estupendo, estupendo... -zanjó el presentador retomando la iniciativa-. Estoy seguro de que los dos sois buenos chicos y que probablemente haréis buenas migas, que es por lo que habéis venido aquí. Y ahora, os dejo solos para que podáis conoceros mejor.

Dicho lo cual hizo mutis mientras un espectacular cambio de tramoya convertía el decorado en una imitación razonablemente conseguida del apartado de un restaurante. Ambos tomaron asiento en la única mesa e inmediatamente después unos falsos camareros de ambos sexos les sirvieron unas copas.

Una vez solos en el escenario, los dos concursantes iniciaron un diálogo que pretendía ser el remedo de un cortejo, ignorando o fingiendo ignorar que millones de espectadores seguían con avidez sus palabras y sus gestos.

En realidad poco había de interesante en su manida conversación, pero éste era tan sólo el preámbulo. La situación se fue calentando poco a poco y, algunos minutos después, los dos concursantes pasaban del lenguaje oral, para el que ninguno de los dos estaba especialmente dotado, al gestual... en el sentido más literal de la palabra. Primero fueron las manos, luego otras partes del cuerpo y, finalmente, las bocas quedaron ferozmente entrelazadas.

El programa se acercaba al clímax. Mientras ambos prolongaban, para deleite de los espectadores, el tórrido beso, sus manos derechas asieron a tientas los dos cuchillos llamativamente afilados que se encontraban sobre la mesa. El desenlace fue rápido, con un intento mutuo de apuñalamiento en el que él fue más hábil, o estuvo más afortunado, al acertar en el corazón de su compañera, que se desplomó como un saco sin haber logrado más que asestarle un tajo poco profundo en el hombro.

Una nueva fanfarria saludó el dramático final del acto al tiempo que el presentador hacía acto de presencia de nuevo, en esta ocasión acompañado por unos figurantes ataviados con batas blancas que procedieron a atender a los dos concursantes, parte de ellos restañándole a él la herida mientras el resto se arremolinaba en torno al cuerpo inerte de ella, que finalmente fue llevada fuera de escena en una camilla.

-Bien, bien, bien... -intervino el maestro de ceremonias-. Ya conocemos el resultado del duelo; Kevin fue más certero y la pobre Jessica, tal como me acaban de confirmar, ha pasado a mejor vida, aunque no por ello concluye aquí su intervención en el programa. Kevin, cuéntanos, ¿te ha resultado difícil?

-Bueno -balbuceó éste haciendo denodados esfuerzos por articular un discurso mínimamente coherente-, así es el juego, unas veces se gana, otras se pierde... y yo he tenido la suerte de ganar.

-Pero tu puñalada ha sido certera, justo en mitad del corazón... eso no puede deberse tan sólo a la casualidad.

-Bueno, yo... a mí siempre me ha ido el rollo militar, pero no conseguí entrar en el ejército; éramos muchos, y había pocas plazas. Así pues, me junté con unos amiguetes y nos apuntamos a unos cursos de supervivencia. Fue divertido.

-Divertido y práctico, por lo que veo... lástima que Jessica no nos pueda dar su opinión. Sin duda habría alabado tu destreza.

-Yo también lo siento, parecía una buena chica... pero las cosas son así.

-¡Claro que son así! -remachó el engolado presentador-. En la vida, como en el deporte, sólo puede haber un ganador, y *Estás para comerte* es real como la vida misma, aquí no nos andamos con falsos fingimientos y mostramos las cosas tal como son, guste o no guste a algunos. Y ahora, tras unos minutos de publicidad, pasaremos a la segunda parte del programa. ¡No se vayan, porque todavía nos queda por ver lo mejor! Kevin, magnífico luchador tal como nos acaba de demostrar, tendrá que hacer valer sus dotes de cocinero ante nuestro exigente jurado preparándonos un succulento menú en el que Jessica tendrá un protagonismo estelar. Porque *Estás para comerte*, a diferencia de otros *dating show*, no es sólo un programa de cita a ciegas, es también un afamado concurso de alta cocina en el que los ganadores de la primera fase deberán volver a competir con sus víctimas demostrando sus habilidades culinarias... y no les resultará fácil, puesto que pueden acabar siendo derrotados por éstas ¡INCLUSO DESPUÉS DE MUERTAS! *Estás para comerte*, el concurso de-fi-ni-ti-vo, sólo en Telecero, la única cadena que ofrece a sus telespectadores todo lo que éstos desean ver sin cortapisas hipócritas de ningún tipo. ¡Telecero, tu cadena cómplice!

Diecisiete minutos y medio después, una vez terminado el corte publicitario, las cámaras volvieron a enfocar el escenario de *Estás para comerte*, ahora transformado en el remedo de una cocina, con el concursante superviviente ataviado de cocinero y su víctima, despojada de sus ropas y abierta en canal, yacente sobre una mesa de inmaculado mármol.

-Bien, Kevin, ya estamos de vuelta -introdujo el estomagante presentador-, y ahora deberás mostrarnos tus habilidades ante los fogones. ¿Qué nos vas a preparar?

-Bueno, yo... empezaré con una sopa de menudillos aderezada con hortalizas frescas, especias aromáticas como el hinojo y el cilantro y una reducción de vino de oporto que le da un ligero toque a madera que a mí personalmente me gusta mucho.

-Vaya, eso suena bien... ¿y de plato principal?

-Bueno, había pensado en un solomillo con salsa de cabrales, picado de chirivías y guarnición de ciruelas pasas, orejones y patatas moradas, pero acabo de comprobar -señaló al cadáver- que la pieza no es demasiado buena. Así que he optado por un secreto al horno aromatizado con ajos negros y aceto balsámico, con guarnición de tartar de patatas panaderas y queso Arzúa-Ulloa salpicado con una reducción de sirope de arce.

-Eso también tiene buena pinta -alabó su interlocutor-. ¿Y el postre?

-Bueno, dada la calidad de la materia prima -volvió a señalar a la inerte Jessica-, voy a preparar unos mantecados con aguardiente de anís, ralladura de limón y cobertura crujiente de almendra caramelizada salpicada con huevo hilado.

-Ciertamente envidio al jurado, que tendrá ocasión de degustar estas exquisiteces -respondió el presentador fingiendo pesar-. Además de todo esto, ¿nos guardas alguna otra sorpresa?

-Bueno, sí... también voy a preparar como aperitivo unas mollejas a la zamorana con vino blanco, pimentón, ajo, guindillas, cebolla, orégano, perejil y laurel junto con mi toque personal, una pizca de salsa de soja.

-Lo dicho, para chuparse los dedos... pues adelante, Kevin, te dejo en tus dominios.

Dicho lo cual llegó otro corte publicitario.

DELITO ECOLÓGICO

La excentricidad es considerada habitualmente como un defecto, excepto cuando quien la practica es alguien lo suficientemente rico como para convertirla en un arte. Por suerte o por desgracia yo nunca he caído ni en un extremo ni en el otro, pero los azares del destino me convirtieron en amigo de uno de los excéntricos más notables del país, el famoso Ángel Bobadilla, oficialmente un empresario de éxito pero en la práctica -sus negocios eran maquinarias bien engrasadas, al mando de unos gestores eficaces, que funcionaban solas- un *bon vivant* dispuesto a exprimirle a la vida hasta la última gota del jugo del placer.

No se me entienda mal; Ángel, sin ser un santo, distaba mucho de ser un crápula. De hecho, para muchos pasaría por lo que tampoco era, un puritano. Él solía afirmar que tan sólo tenemos una vida y que por ello resultaba absurdo maltratarla con placeres artificiales y, a la postre, efímeros que a la larga siempre han de acabar pasándonos factura. Por esta razón el hedonismo de mi amigo seguía otros caminos mucho más tranquilos y por supuesto infinitamente menos perjudiciales: viajes por todo el mundo, alojamientos en hoteles de lujo, un refinado gusto por la buena mesa y la buena -y tasada- bebida, visitas asiduas a museos, teatros y auditorios de todo el mundo... en resumen una vida regalada, pero en modo alguno frenética sino más bien relajada y sencilla. De haber nacido siglos atrás, Ángel habría sido sin duda alguna un notable epicúreo.

No obstante, una de las principales aficiones de Ángel era el coleccionismo... no de algo en concreto, sino el coleccionismo en sí mismo. Lejos de la obsesión monomaniaca que suele afectar a muchos coleccionistas, él se limitaba a recolectar aquellos objetos que le gustaban, por muy dispares que éstos pudieran ser, sin más criterio que sus impulsos estéticos -he de reconocer que refinados- y, por supuesto, siempre con un exquisito gusto. Su *museo*, como gustaba llamar a su heteróclita colección, era completamente dispar y no se ceñía a ninguna norma, formando parte de él desde un cuadro clásico -los tenía muy buenos- hasta una tablilla de arcilla babilónica o una mariposa tropical primorosamente conservada para evitar el deterioro de sus frágiles alas. En principio cualquier objeto tenía posibilidades de pasar a formar parte de ella, sin más limitaciones que la de haber llamado su atención y, aunque no necesariamente, la de ser artísticamente valioso, sin que le obsesionara la posesión de algo en función tan sólo de su carácter único o de su precio especialmente elevado. Como solía decir, no tenía el menos interés en comprar humo.

En mi condición de amigo y, en ocasiones, casi de confidente suyo, yo tenía acceso libre a su vivienda, una cómoda residencia campestre rodeada por un frondoso jardín, por lo que cuando mis obligaciones laborales y personales me lo permitían y coincidía con uno de sus frecuentes descansos entre dos viajes, solía hacerle una visita con el convencimiento de que sería bien recibido.

Había olvidado decir, por cierto, que Ángel permanecía soltero -nunca hablaba de su vida privada, ni yo por supuesto se lo preguntaba-, un estado civil que yo compartía, por lo que ambos nos reuníamos en su mansión sin más compañía que la de la discreta servidumbre.

Aquel día estábamos arrellanados en los cómodos sillones de la que él denominaba jocosamente la *sala de no fumar* -huelga decir que ninguno de los dos teníamos ese vicio, ni habría consentido que nadie lo hiciera-, charlando de nuestras cosas al tiempo que saboreábamos una copa del exquisito brandy andaluz que nunca faltaba en su bien surtida bodega. Ángel acababa de volver de un viaje por Italia, un país que según decía él jamás lograría abarcar pese a sus frecuentes visitas, y me estaba describiendo con entusiasmo las bellezas ocultas de la Italia interior que, pese a su gran valía, todavía se encontraban felizmente a salvo del molesto y dañino turismo de masas que había acabado echando a perder incluso a la mismísima Venecia.

De allí la conversación fue divagando por diferentes temas hasta recaer, como casi siempre, en su gran pasión, el coleccionismo. Huelga decir que había traído del viaje un puñado de cosas interesantes, pero no eran éstas las que más le entusiasmaban sino un objeto peculiar -y digo *objeto* porque se negó ladinamente a relatarme su naturaleza hasta mostrármelo- que recientemente había comprado a un alto precio en una chamarilería de una capital de provincia española, uno de los pocos establecimientos tradicionales que todavía habían logrado sobrevivir al embate de las nuevas y no precisamente agradables prácticas comerciales.

Una vez picada mi curiosidad, y manteniendo en todo momento el secreto sobre el misterioso objeto, mi amigo comenzó a excitar mi interés dándome diferentes pistas acerca de lo inusual de su condición y lo difícil que le había resultado conseguirlo, convencido como estaba de que se trataba de una pieza única al menos en nuestro país. Eso sí, me exigió una discreción absoluta dado que, pese a que su origen no era en modo alguno ilícito, su uso e incluso su posesión estaban tajantemente prohibidos y, aunque él no tenía otra intención que la de conservarlo cuidadosamente, de correrse la voz de su existencia podría ocurrir que le obligaran a deshacerse de él, algo que en modo alguno estaba dispuesto a hacer.

Tras hacerme cumplir escrupulosamente con el largo proceso de promesas y declaraciones varias que me exigió, finalmente accedió a mostrármelo. Yo dudaba entre sentirme divertido o irritado por tan insólito comportamiento, y dudaba de que el misterioso objeto pudiera ser en realidad tan excepcional como él pretendía hacerme creer, pero conocedor de su vena extravagante en lo referente al tema -y sólo a éste- del coleccionismo, opté por condescender. Al fin y al cabo todos los coleccionistas, incluso yo a mi modesto nivel, pecábamos en mayor o menor medida de ello, y no dejaba de ser una concesión inofensiva.

Una vez satisfecho, no por ello renunció al resto del ritual. Se levantó del sillón indicándome que le imitara y, con aire solemne, me condujo al ala de su vivienda en la que tenía instalado su heteróclito museo. Cruzamos varias de las abigarradas habitaciones, para mí familiares, y nos dirigimos a la sala blindada en la que guardaba sus más preciadas pertenencias. Abrió la puerta, que en poco tenía que envidiar a las de las cámaras acorazadas de los bancos, y haciéndome un gesto para que esperara -ni siquiera a mí me permitía entrar en su *sancta sanctorum*-, cruzó el umbral sumergiéndose en su particular cueva de las maravillas.

Instantes después salía portando en sus manos una caja de madera primorosamente taraceada de unos cincuenta centímetros de lado por alrededor de diez de altura, la cual depositó con cuidado en una mesa para cerrar la puerta blindada. Acto seguido se volvió hacia mí y, percatándose de que tenía la vista fija en la caja, me explicó:

-Preciosa, ¿verdad? Tiene más de doscientos años, y está confeccionada en su totalidad con maderas nobles: caoba, ébano, teca... Es una auténtica joya, pero no era esto lo que quería enseñarte, sino lo que guarda en su interior.

Tras lo cual retomamos el ritual haciendo el camino inverso hasta la *sala de no fumar*, con Ángel remedando -o al menos eso me parecía a mí- a las solemnes figuras oferentes de los relieves mesopotámicos o egipcios. Pero en vez de dirigirse a los sillones y a la mesita baja situada frente a ellos, se encaminó hacia el extremo opuesto de la habitación, ocupado por una imponente mesa de despacho en la que depositó la caja con afectado ademán.

Una vez se hubo asegurado de que yo estaba a su lado, y sin mostrar la menor intención de sentarse -yo le imité, permaneciendo también de pie-, la abrió teatralmente. Lo primero que aprecié fue que el interior de ésta estaba primorosamente forrado con una fina tela de raso, antes de fijarme en el objeto que ocupaba su interior: una prosaica y nada espectacular bolsa de plástico.

Más que verla, ya que me daba la espalda, Ángel debió de adivinar mi expresión de sorpresa, rayana con la perplejidad, puesto que sin volverse siquiera me advirtió que, pese a su vulgar apariencia, se trataba de un objeto sumamente valioso. Y como fui incapaz de responder, añadió:

-Sí, ya lo sé, es una bolsa de plástico, concretamente de polietileno, pero no es una bolsa cualquiera sino una muy especial. Fíjate en el logotipo.

Así lo hice. Aun plegada con cuidado, se apreciaba que era una de esas bolsas estampadas con un logotipo comercial que años atrás, antes de la prohibición, se utilizaban en todas las tiendas para entregar al cliente las compras que habían hecho, proscritas ahora por su capacidad de contaminar el medio ambiente. En su momento habían sido muy comunes, sobre todo las de los grandes centros comerciales, pero ésta, impresa en unos

austeros tonos blanco, negro y rosa, correspondía a una marca que, aun resultándome familiar, no acababa de identificar.

-Mírala bien. Era de unos grandes almacenes desaparecidos hará unos cuarenta años... bueno, en realidad todavía perduraron algunos años más, pero fueron la agonía previa a su muerte definitiva, absorbidos por quien durante décadas fuera su gran competidor. Además esta bolsa es de las antiguas, ahí donde la ves tiene más de medio siglo; y como puedes comprobar, está intacta. Jamás llegó a ser usada.

-Pero... -objeté yo- no deja de ser una bolsa de plástico.

-Sí -concedió con un cierto tono de desagrado en la voz, al tiempo que impedía mi amago de tocarla con la yema de los dedos-. Pero insisto en que no es una bolsa cualquiera. Para empezar se trató de una edición limitada que fue retirada poco después por razones que desconozco y sustituida por otra con un diseño ligeramente modificado, por lo que llegó a haber muy pocas de éstas; todavía menos si sólo consideramos las nuevas. Además está confeccionada con un plástico tan resistente que, pese al tiempo transcurrido, ni siquiera tiene el más mínimo desgaste. Está como el primer día -concluyó orgulloso.

-Si está sin usar tampoco es de extrañar -osé aventurar.

-En parte tienes razón -respondió condescendiente-; pero también influye, y no poco, el hecho de que estuviera confeccionada con un material muy resistente e impresa con unas tintas indelebles de gran calidad. Bien conservada, como la tengo yo, podría décadas, incluso siglos.

-Ya no las hacen así -me burlé.

-Desde luego que no -al parecer no había captado mi tono irónico-; de hecho ya no las hacen de ningún tipo de material plástico. Pero incluso cuando éstas fueron reemplazadas por otras, la calidad distó mucho de ser la misma; recordarás como se desgarraban o se rompían con mucha facilidad, y que desteñían manchando de tinta las manos o cualquier otra cosa que estuviera en contacto con ellas. Eso sin hablar de esas birrias presuntamente degradables que daban en los años previos a la prohibición, las que se rompían antes incluso de llegar a casa. Te aseguro que se trata de un ejemplar si no único sí extremadamente raro, por lo que no es de extrañar que valga una fortuna máxime teniendo en cuenta la prohibición actual de las bolsas de plástico.

-Pero la prohibición se refiere a su fabricación y a su uso, no a las bolsas antiguas que puedan quedar por ahí... -objeté.

-Eso es lo que crees tú -refuté-. Según la última normativa, podrá ser multado cualquiera al que se le vea llevando encima cualquier tipo de bolsa de plástico, y por supuesto ésta le será requisada. Sin excepción.

-No creo que tú la vayas a sacar a la calle -gruñí; la obsesión de mi amigo comenzaba a incomodarme-. Nadie va a venir a tu casa a pedirte que le abras la sala blindada para quitarte una simple bolsa.

-Estás equivocado. Si existen indicios fundados de que alguien pudiera estar en posesión de una bolsa de plástico, aunque la tuviera guardada, cualquier inspector de Prevención Ecológica podría proveerse de un mandato judicial autorizándole a registrar tu casa y llevársela, sin indemnización de ningún tipo y sin perjuicio de la multa que te caería por ello. Incluso se contemplan penas de cárcel para quienes posean clandestinamente un determinado número de ellas. Y como comprenderás -añadió, acariciando amorosamente con los ojos a su trofeo-, aunque la multa me dé igual, tengo dinero de sobra para pagarla, me destrozaría verme despojado de mi querida bolsa.

Dicho lo cual cerró de golpe la caja, como si temiera que alguien pudiera estar espiándonos, y mientras la perplejidad me mantenía inmóvil, él aprovechó para poner a buen recaudo su tesoro. Antes de que quisiera darme cuenta ya estaba de vuelta con las manos vacías.

-¿Qué te ha parecido? -me preguntó fingiendo una indiferencia que en modo alguno sentía-. Puedes estar seguro de que eres uno de los pocos privilegiados que han tenido o tendrán la ocasión de contemplarla.

-Yo... yo estoy muy sorprendido -y no mentía, aunque por otros motivos imaginándome el dineral que podía haberle costado la broma-. No cabe duda de que eres propietario de algo único.

-Así es -respondió satisfecho-. Sobre todo teniendo en cuenta esa absurda cruzada contra los plásticos; admito que no estaba bien que se abusara de ellos, pero ni tanto ni tan calvo... ¿sabes que cada vez me cuesta más trabajo conseguir bolsas para la basura? Y menos mal que por ahora me las traen clandestinamente de China, porque si no dime tú como me las iba a apañar. Mucho hablar de reciclar, pero a la hora de la verdad cada vez te lo ponen más difícil. Díselo a mis criados, a los que cada vez les cuesta más trabajo deshacerse de la basura sin riesgo de que cualquier inspector sin nada mejor que hacer acabe descubriendo el *delito*. Y luego dicen...

Tras lo cual, una vez desahogado su mal humor, volvimos a retomar nuestra interrumpida conversación.

FECHA DE CADUCIDAD

M. es una pequeña ciudad orgullosa de su pasado, ciertamente notable, pero no tanto de su presente, ya que a raíz de las desamortizaciones del siglo XIX se replegó sobre sí misma sin que el desarrollismo de los años finales del franquismo, ni la posterior prosperidad económica lograda por España al abrigo de la Unión Europea, le llegaran a rozar siquiera,; éstos se quedaron en la vecina villa de V., antaño una aldea de M. hacia la que los M...eños siempre han mostrado no una rivalidad, algo imposible frente a una población tan plebeya, sino un aristocrático desdén incrementado todavía más cuando ésta comenzó a crecer en industrias y habitantes hasta llegar a desbancar con creces a su antigua metrópoli en todo excepto en historia.

Confortablemente instalados en sus recuerdos, esta falta de modernidad no preocupa demasiado a los M...eños -cada vez menos, según las estadísticas de población-, aunque casi de tapadillo, que tampoco era cuestión de que sus calles se vieran invadidas por hordas de turistas tal como sucede en Venecia, su ayuntamiento muso en marcha hace algún tiempo una tímida campaña de promoción turística apoyada en el principal monumento de la ciudad, la Colegiata -en realidad ex-colegiata, puesto que perdió este rango tras la firma del concordato de 1851- en la cual se custodia el cuerpo incorrupto de san Opropio.

Tal como desde siempre se ha enseñado a los niños en el colegio, san Opropio fue un santo varón profeso en el monasterio premonstatense de San Filiberto, en el cual falleció en olor de santidad a principios del siglo XV. Conservado milagrosamente su cuerpo, éste fue venerado durante siglos en la propia iglesia del monasterio y, tras la desamortización de éste en 1835 -sus edificios, situados a las afueras de M., están ocupados ahora por una instalación agropecuaria-, fue trasladado a la Colegiata, donde se exhibe todos los años el día de su festividad.

San Opropio, huelga decirlo, fue siempre el abogado celestial de los M...eños, al que invocaban cada vez que un mal se abatía sobre la ciudad. Y, según afirman las crónicas locales, con una eficacia notable, puesto que son numerosos los casos que se le atribuyen de salvaguardia frente a epidemias, hambrunas, plagas, inundaciones y otras catástrofes naturales o artificiales como las guerras, siendo notorio que gracias a su intercesión M. se librara de la invasión de las tropas francesas durante la Guerra de la Independencia, por más que algún descreído llegara a afirmar que en realidad se debió a su secular carencia de carreteras y a su nulo valor estratégico, aunque algo de eso debió de haber cuando todavía siguen reclamando un enlace con la autovía.

Últimamente andaban preocupados en M. por el hecho de que su santo protector parecía mostrarse más indolente no sólo en el caso de la autovía, sino también en otros no

menos importantes para la ciudad como el cierre del instituto, la falta de cobertura telefónica o el descenso del equipo de fútbol local a categoría regional.

A ello se sumaba la aparición de un preocupante tono verdoso en la piel de la cara y las manos de san Opropio, únicas partes de su cuerpo que quedaban a la vista, ya que el resto estaba recubierto en su totalidad con ricos ropajes.

Por esta razón, el abad de la Colegiata -en realidad era tan sólo párroco, aunque seguía ostentando el título de manera honorífica- decidió encargar un estudio a unos técnicos especialistas en momias del Museo Arqueológico Provincial. Éstos llegaron a M. y, tras cubrir con una lona la reja de la capilla en la que reposaba el santo, iniciaron su discreta labor.

Nada de particular encontraron en el color verde, que atribuyeron a un hongo y prometieron eliminar con un tratamiento químico adecuado, pero lo que les llamó la atención fue una frase aparentemente tatuada -aunque los análisis microscópicos no revelaron indicios de tinta- en la espalda del cadáver que hasta entonces había pasado, al parecer, desapercibida. Ésta estaba escrita en latín y constaba de dos párrafos que, traducidos, decían lo siguiente:

**CREADO EL 5-5-1415 A.D.
USAR PREFERENTEMENTE ANTES DEL 5-5-2015 A.D.**

Los técnicos fueron incapaces de entender su significado, aunque corroboraron su antigüedad determinando que correspondía a la época del fallecimiento. El abad, por el contrario, lo adivinó de inmediato.

-¡Ha caducado! -musitó desolado, antes de salir disparado hacia el obispado para solicitar instrucciones sus superiores... incluyendo el permiso para borrarla, por si acaso.

SIR ROGER Y EL DRAGÓN

Sir Roger Southampton, barón de Limerick, tenía una gran pasión, la caza. Y también tenía un problema, su extrema miopía, pese a lo cual no renunciaba a practicar la primera pese a que la segunda le limitaba bastante. De hecho, se vio obligado a prescindir de los auxiliares desde que por error disparara a un montero que por fortuna sobrevivió, aunque los responsables de sus perreras -para su desgracia a estos animales no les era posible rehusar- no daban abasto a cubrir las bajas que provocaba en la jauría el desaforado afán venatorio del cegato sir Roger.

Así pues, partió de su castillo una mañana de primavera sin mayor compañía que el caballo alazán que montaba -por fortuna para el corcel éste se encontraba a salvo de la mala puntería de su amo, al menos mientras éste lo cabalgara- y media docena de perros más acobardados que de costumbre, puesto que la mayoría de ellos eran curtidos supervivientes de las peligrosas cacerías del barón.

El cielo estaba despejado y sin una nube cuando éste divisó una sombra que se cernía sobre su cabeza. Pensando por el tamaño que pudiera tratarse de una gran rapaz, sir Roger no lo dudó y, alzando el arma, le soltó un escopetazo que le dio de lleno, precipitándose la presa al suelo.

Instantes después un jubiloso sabueso -quizá más por haberse librado del disparo que por ser él quien la cobrara- le entregaba la pieza. Sir Roger la cogió y la miró con extrañeza, ya que no acaba de identificarla; y aunque tampoco veía bien de cerca, pudo apreciar más por el tacto que por la vista que ésta carecía de plumas y sus alas eran membranosas.

Pensando con disgusto que había cazado algún tipo de murciélago de gran tamaño, lo que impediría darle un uso culinario, lo colgó del arzón para mostrárselo a su montero mayor, que *oportunamente* afectado de calentura había quedado guardando cama en el castillo. Sin duda él sabría identificar al animal, ya que aunque sir Roger lo había tildado de murciélago, no dejaba de extrañarle tanto su tamaño, similar al de un buitre, como el hecho de que estuviera volando a plena luz del día.

Así pues, encogiéndose de hombros llamó a sus perros y se encaminó de vuelta a su residencia.

Nunca llegaría a alcanzarla. Sir Roger ignoraba que lo que había cazado era en realidad un cachorro de dragón que estaba ensayando sus primeros vuelos. Su madre, preocupada por su ausencia, partió en su búsqueda descubriendo que éste colgaba exánime de la silla de montar del barón.

Así pues, actuó como habría actuado cualquier otra madre en idénticas circunstancias, con independencia de su filiación zoológica. Describiendo un amplio picado descendió sobre el asesino de su hijo al tiempo que desplegaba todas sus armas agresivas, que no eran pocas dado que se trataba de un magnífico ejemplar de *Draco rex*, la más peligrosa de todas cuantas clases de dragones han sido catalogadas por la ciencia.

Los perros aullaron aterrorizados y el caballo se encabritó, pero nada de esto sirvió para salvar al desdichado noble ya que su escopeta, amén de descargada, de poco le hubiera servido para defenderse de la furiosa dragona.

Cuando le encontraron todo lo que quedaba de él, junto con los restos del caballo y de los perros que no hubo manera de separar, cupo en una caja de pequeño tamaño, ya que como es sabido los *Draco rex*, además de su terrorífica dentadura y de sus no menos peligrosas garras, cuentan con un aliento ígneo capaz de calcinar todo cuanto se ponga a su alcance.

Moraleja. Nunca juegues con dragones, ni siquiera cuando son tan sólo unas crías.

EL SEÑOR DE LAS BURBUJAS

El cárdeno resplandor de la aurora iluminaba con tintes sangrientos el perfil de los dos ejércitos enemigos que, desplegados el uno frente al otro, pronto habrían de batirse en duelo mortal en el campo de batalla elegido por sus generales, la llanura que separaba las dos colinas en las que habían asentado sus respectivos campamentos, las cuales habrían de servir, una vez desatadas las hostilidades, como puestos de mando y observación para ambas planas mayores.

Conforme sonaban los agudos toques de corneta y los recios redobles de tambor, los dos ejércitos se aprestaron a formar en orden de batalla con esa precisión que tan sólo es posible encontrar entre las gentes de armas. Los caballeros, brillantes sus bruñidas armaduras bajo la luz del naciente sol, hacían caracolear a sus fogosas monturas, impacientes unos y otros por entrar en combate. Los infantes, a las órdenes de sus sargentos y alféreces, se aprestaban a formar en cuadros distribuyéndose según las instrucciones de los oficiales. Arqueros y ballesteros formaron en los flancos, mientras balistas y catapultas se resguardaban a retaguardia ya que su misión no era la de batir con sus proyectiles el campo de batalla, donde no podrían distinguir entre soldados amigos y enemigos, sino la de defender la posición de su puesto de mando frente a un hipotético ataque enemigo.

Conforme aumentaba la claridad del día, comenzaron a hacerse visibles los vistosos estandartes. El del ejército que ocupaba la colina situada al norte, era rojo escarlata y llevaba bordadas en blanco las letras sagradas que todos sus soldados habían jurado defender hasta la última gota de su sangre: *Buena Toda*.

En el del ejército del sur campeaba orgullosa la bandera azul y roja de su archienemiga *Easy Soda*, la única bebida refrescante que había logrado mantener incólume su independencia frente a los dictados de su poderosa rival. También ellos habían jurado obediencia ciega a su logotipo, y asimismo estaban dispuestos a defenderlo hasta la muerte bajo el grito de *¡Atrévete a cambiar!*

Junto a estos estandartes cerraban filas los de sus bebidas vasallas: *Tanta*, *Capricornius* y *Espíritu*, entre otras, en el bando de *Buena Toda*; *Brinda*, *Mucho Más* y *Siete* en el de *Easy Soda*. Más allá, en un discreto segundo plano, ondeaban las enseñas de sus respectivos aliados: *Directa*, *Estabuena*, *Austral* y *Quini*, alineadas todas ellas con *Buena Toda*; *La Granjera*, *Burbujeante*, *Chicago Drink*, *Don Pepe* y *Todofrutus*, formando coalición a favor de *Easy Soda*. Por último, estaban las turbas villanas de las marcas blancas, más salteadores de caminos que soldados, pero útiles a la hora de apuntillar a un enemigo vencido y en retirada.

Ambos ejércitos eran poderosos, y ambos estaban decididos a medir sus fuerzas hasta la extenuación en defensa no sólo de sus respectivas divisas, sino también de las inviolables fronteras de sus cuotas de mercado. Quien venciera impondría su soberanía en Villar de Berlanga, uno de los escasos lugares en los que ninguna de las dos grandes compañías había logrado imponer todavía su soberanía. Era mucho lo que se jugaban sus respectivos generales, y ellos lo sabían.

Cuando el sol estuvo suficientemente alto sobre el horizonte...

* * *

-¡Basta ya! -exclamó el editor, cerrando de golpe el texto impreso que había estado leyendo-. ¿Qué es esto? -rugió blandiendo el cuadernillo con indignación-. ¿Una tomadura de pelo?

-No... no, señor -balbuceó su acobardado interlocutor hundiéndose en el asiento-. Es... es lo que le dije, una novela que describe una sociedad neofeudal ubicada en un futuro remoto...

-¡Y un cuerno! -explotó-. Esto no es más que un miserable pastiche, un vulgar refrito sin el menor valor literario. En cuanto a la humorada de bautizar a los contendientes con nombres de compañías de refrescos, le diré que no le veo la gracia por ningún lado, eso sin contar posibles querellas por uso indebido de marcas registradas, publicidad negativa y yo que sé cuantas cosas más que se les pudieran llegar a ocurrir a sus abogados. ¿Es que se ha vuelto loco? ¿O acaso me ha tomado a mí por un imbécil creyéndome capaz de publicar esta bazofia?

Y para enfatizar su rechazo arrojó el original sobre la mesa, conteniendo los deseos de habérselo tirado directamente a la cara.

-No le he engañado -se defendió el frustrado escritor con gesto de dignidad herida-. Acepto que no le guste y que no quiera publicarla, pero no que me tilde de falsario o de estafador. Simplemente me limité a extrapolar la situación actual a un hipotético futuro en el que los nuevos señores feudales serían las compañías multinacionales, de refrescos o de cualquier otro tipo de productos... éstas, por cierto, salen más adelante. Si tiene usted paciencia y sigue leyendo...

-No necesito leer más para hacerme una razonable idea de por donde van los tiros de la novela -refunfuñó el editor-. Y siento tenérselo que decir, pero no me gusta. La encuentro... cómo lo diría yo; forzada, artificial, rebuscada... amén, claro está, de manida. Pero hombre de Dios, ¿cómo se le ha podido ocurrir utilizar nombres de marcas actuales para ambientar un futuro lejano? Suponiendo que su hipótesis pudiera ser cierta, lo más probable es que esas empresas feudales fueran completamente inexistentes en nuestros días. ¿Por qué no recurrió a nombres ficticios?

-Porque quería denunciar el abuso de poder de las marcas actuales y la manipulación a la que estamos sometidos por la publicidad -confesó-; en el fondo, mi novela no es más que una metáfora para denunciar la alienación del hombre actual, que...

-Ya -le interrumpió el editor, frunciendo el ceño con preocupación-. La verdad es que su empeño es muy loable, pero me temo que se ha equivocado de lugar; nuestra línea editorial es la literatura de entretenimiento, no la de denuncia social, y no me vale con que usted pretenda envolverme sus ideas con un ropaje de aventuras presuntamente medievales.

-Yo... pensé que quizá...

-Lo siento, amigo, otra vez será -zanjó el editor con falsa amabilidad, recogiendo el original y entregandoselo-. Eso sí, usted siempre tendrá aquí las puertas abiertas. En cuanto a esta novela, le sugiero que pruebe en otras editoriales, al fin y al cabo cada una tiene sus propios criterios y quizá encuentre una en la que encaje. Créame que no es en modo alguno un juicio de valor ni menosprecio, es que realmente no encaja en ninguna de nuestras colecciones.

-Está bien -masculló con humildad el alicaído autor-. Lo entiendo perfectamente.

Y tras guardar el fallido libro en una cartera, se despidió marchándose sin volver la vista atrás.

Al verle desaparecer tras la puerta el editor soltó un suspiro de alivio y, desprendiéndose de su máscara profesional, esbozó un gesto que, de haber tenido ocasión de contemplarlo, hubiera alarmado a su recién despachado visitante. Porque desde luego, nada bueno decía de la opinión que le habían causado tanto la someramente entrevista novela como su propio autor, al que mentalmente había calificado ya como un perfecto cretino.

-¡Habrase visto el imbécil ese! -exclamó desahogándose-. Menudo truño me quería enchufar. Ni que uno se anduviera chupando el dedo a estas alturas.

Para olvidarse del mal trago pasado, y puesto que disponía de un rato libre dada la rapidez con la que se había desembarazado del inoportuno visitante, pidió a su secretaria que le trajeran una cerveza con algo para picar de la cafetería de enfrente y decidió relajarse echando un vistazo a las ediciones electrónicas de los periódicos. Encendió el ordenador, cargó la página de su cabecera favorita y leyó el titular que aparecía en portada:

“Una multinacional que ostenta casualmente el mismo nombre que un pequeño pueblo castellano, ha ganado el pleito que le interpuso éste por presunto uso indebido del mismo. El portavoz de la

compañía ha afirmado que acudirán a su vez a los tribunales para exigir que sea el pueblo quien cambie de denominación. Por su parte, los representantes del municipio dijeron que su precaria situación económica les impedía seguir adelante con una reclamación que consideraban justa, pero que lucharían con todas sus fuerzas para intentar impedir que les fuera arrebatado un nombre que, según los historiadores, databa de la Edad Media.”

Lo cual le dejó pensando si el rechazado escritor no tendría, en el fondo, siquiera un atisbo de razón. Pero ya era tarde para volverse atrás, y además su orgullo se lo habría impedido.